Carmen Iriondo

Memorias de una niña rehén
(*High society*)



libros del
Zorzal

Iriondo, Carmen
Memorias de una niña rehén (High society) -1a ed.- Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2009.
224 pp.; 20x13 cms

ISBN 978-987-599-138-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Buenos Aires, Argentina
Printed in Argentina
Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de este libro, escríbanos a: <info@delzorzal.com.ar>

Asimismo, puede consultar nuestra página *web*:
<www.delzorzal.com.ar>



hartazgos de agrado son peligrosos
Baltasar Gracián

Tengo hambre y quiero volver a casa. Desde el piso 12 donde estoy, se ven unas piernas con pantalones de hombre de oficina esperando el ascensor. Bajo por la escalera para tomarlo en el piso 11.

Las piernas llaman el ascensor que sube con un sonido sospechoso. Al entrar, un escalofrío me recorre la espalda.

Entonces el ascensor se suelta. Cae en picada. Caigo aterrorizada desde una altura de veinte metros, el estómago en la garganta.

Una explosión me ensordece y la frenada del carro me tira al piso. Me muero. Estamos muertos. Me matan. Grito con una voz que no es mía: "¿Qué pasa, por favor?". Y las piernas del hombre se agitan descontroladas. Parecen sufrir un ataque de epilepsia. Lo que es peor, se sacuden sin advertir que estamos suspendidos en el aire del hueco del ascensor.

—¡Quedáte quieto!—grito desesperada.

Un humo espeso entra desde una pequeña abertura y algo se derrumba encima de nuestras cabezas. El humo espeso es para mí la señal de un incendio. Nos morimos calcinados. Dispuesta a zambullirme ante la mínima luz si se abren esas puertas dobles de metal, adopto la postura de preparación para una carrera, una atleta ciega y a punto de correr: el pie derecho sobre la línea blanca.

El ascensor se suelta otra vez. Otra vez explota, otra vez se cae, otra vez gritamos.

Del lado de afuera retumban voces de hombre. Trato de escuchar atentísima para aferrarme a la posibilidad de no morir. Gritan:

—¿Cuántos son? ¿En qué piso están? No se asusten, no se muevan, quédense quietos que ya llamamos al portero y viene con la llave de seguridad.

No les creo.

Estoy sentada en el suelo y veo, con una mirada líquida, un zapato de hombre debajo mío. Mis brazos se enlazan a una pierna con pantalón gris. La aprieto muy fuerte y apoyo la cabeza contra este último sostén, antes de romperme como un vidrio.

El paracaídas de un oscuro y polvoriento ascensor me devuelve a la vida. Ningún grito podrá detener los recuerdos que se han soltado en esa caída ciega.

It is no use to tell you how much we have loved you because these are commercial matters.

Kisses,

Abelo

[Es inútil decirte cuánto te hemos querido porque éstas son cuestiones comerciales.

Besos,

Abelo]

(Nota encontrada en el escritorio de mi abuelo durante su último viaje a Europa, junto a las indicaciones para el banco e instrucciones para la caja fuerte en caso de emergencia.)

No, gracias

La calle Montevideo era triste y aburrida. Ese barrio contradictorio, de mujeres bien arregladitas que iban a misa a la Iglesia del Socorro o a la del Pilar, mezclaba carros de caballo que vendían algo. La empleada de mi casa esperaba ansiosa la bosta de regalo para su planta de batata en eterno crecimiento hacia el cielo. El portero, gallego llamado Pepe, lavaba demasiado la vereda, ensimismado seguramente en recuerdos melancólicos o en fantasías de una vida más interesante para él y su familia.

Barrio Norte reprimido. Micros grandes que nos llevaban a colegios extranjeros que quedaban muy lejos surcaban las madrugadas oscuras. Pepe, con la manguera en la mano, preguntaba siempre lo mismo:

—¿Qué llevas para el recreo, niña?

Y la pregunta funcionaba como única despedida para una chica asustada por falta de información.

Perón y Eva eran los chivos expiatorios de una clase social que, como decía mi abuela, no supo defender sus privilegios. Desde muy temprano yo me preguntaba qué tendría esa señora para que tantos chicos la quisieran tanto. Y también la mucama, Rafaela, la única de la casa que se hacía cargo de mí.

No hay peor cosa que nacer en el lugar equivocado, ni que volverse anoréxica para demostrar científicamente la equivocación. "Me voy a morir de hambre –decía cada uno de mis gestos–, para ver si ustedes se dan cuenta de que no se puede tapar todo con esa cara de nada". Mi madre, drogada hasta la extrema paquetería, me pedía por favor que comiera "algo", llorando sobre un plato de pechuga de pollo que disimulaba la espinaca de adentro para que no me "anemizara". Mi abuela decía que mi padre era un opio, un "abogado del interior". Jeroglífico uno, que yo trataba de desentrañar en el silencio de mi casa materna. El "interior" era para mí como las tripas, algo parecido al cuerpo humano pero malo. "Abogado" sonaba mejor a mis oídos nuevos, asociado a médico, a doctor, a señor que leía fuerte mientras caminaba a pasos largos por el pasillo del departamento de la calle Montevideo, y en voz muy alta repetía palabras raras que me mantenían alerta por si anunciaban alguna catástrofe.

Por las noches, mis padres se peleaban, borrachos. Gritaban, se pegaban, golpeaban puertas. "Me mato, te mato, me vas a matar, me estás matando", y dale con el circo gozoso de una pareja para la que debieran haber pensado en legalizar el aborto. Yo, aterrorizada, pensaba en un oso que tenía y siempre me quedaba rondando para que no lo fueran a romper. También estaba atenta a un tocadiscos a cuerda que me había regalado mi abuela, donde yo escuchaba un solo disco hasta el cansancio.

No me acuerdo cuál era, pero me quitaba el susto. Mi temor era que con esos gritos lo terminaran rompiendo. No dormía casi nunca. Vigilaba con los ojos bien abiertos, bebiendo la oscuridad tensa y palpable de un cuarto triste y sin deseo, considerado infantil porque tenía una mesita blanca. Rafaela dormía lejos, ni pensar en que me rescatara. Salir de mi habitación, imposible. Hubiera sido presa de los golpes. Sentía que me odiaban. Y que además yo tenía la culpa de haber hecho las cosas mal. Hasta el día de hoy.

Sin embargo, el producto de la unión de estas dos monaditas no sufría lo que podría suponerse. Se limitaba a observar atónita el comportamiento de los "grandes". A qué llamar la atención de ellos mediante pataletas, gritos o amenazas. Me dediqué a dejar de comer. Tampoco tuve éxito, salvo en dos felices ocasiones en las que mi mamá me rogó llorando que comiera.

El bar de los espejos

La comida me daba asco. Cualquier color, sabor u olor me producía asco.

El asco nació con una niñera irlandesa. Vieja, con la piel pecosa y el pelo ralo, rubicundo. Un pelo como de lanita, apolillado, artificial, "achampañado" y con canas en la raíz. Esta vieja vomitaba todas las noches en el lavatorio de *mi* baño. El ruido de ese ritual secreto me producía, además de miedo, una repugnancia que nunca más he vuelto a sentir con tanta intensidad. *Miss* Helen tenía otra costumbre: bebía la colonia importada de Inglaterra que la abuela compraba para después de mi baño. Por lo tanto, iba *Miss* Helen por la vida hediendo a un ácido agrio, etílico y sucio. Su piel era como cartón rugoso y de manchas lisas y chatas. Parecía un animalito feo. Pobre *Miss* Helen. Tampoco a ella la controlaban. Dejaba el lavatorio con algo amarillo y a mí me daban ganas de salir corriendo.

Ese asco inaugural se fue mezclando con casi todas las comidas que me preparaban. La carne de vaca me producía incredulidad, no podía creer que alguien encontrara comestibles esos pedazos sangrantes de carne de ser, con olor a animal, el mismo olor que tenía en la boca un perro que yo adoraba. Como lo amaba, al perro

le perdonaba todo. Cuando me obligaban a comer bife, mantenía el bocado durante minutos y minutos dando vueltas en mi boca y esperando una distracción de los mayores para poder escupirlo. Las chauchas verdes me provocaban arcadas, eran un manojo de inmundicia intencional destinada a perjudicarme. Mi comportamiento producía una ira muy espectacular en mi madre, que habitualmente no mostraba sus sentimientos o su interés por mí.

—¡Mocosa malcriada, ojalá te mueras de hambre, para que veas lo que es bueno! —súbitamente cambiaba de tono y se ponía melosa— Gooorda, por favor, trata de comer algo, no puedes vivir así a pan solo, te vas a enfermar. No me hagas esto —casi llorando, pero impaciente— aunque sea un bocado y te doy agua, si no, no hay agua ni dulce de leche, no seas pava, abre la boca, por favor —como en un ejercicio teatral, de pronto muy severa—. ¿No ves que no puedo más?

Pienso que ella buscaba con estos cambios bruscos de tono pescarme con un anzuelo que me enganchara en su manejo. Si yo comía, ella podía retirarse tranquila.

Nunca después pude comer chauchas, las odio, tienen un gusto amargo como las borracheras de mi mamá. Son feas de color y feas de forma.

El olor a pucho, viejo y frío, los ceniceros, a veces con agua, repletos de cigarrillos sin filtro, eran peores que las quemaduras de cigarrillo que me hacía mi mamá

cuando estaba muy borracha o drogada. La náusea ante esos papeles de color ocre, húmedos, malolientes, con el tabaco suelto y flotante me obligaba a un esfuerzo para distraer mi atención con cualquier otra cosa... que también me asqueaba. Además de los orejones, las ciruelas secas, el pollo, el queso, la espinaca, la zanahoria, la leche... Supongo que también me daría repugnancia lo que le veía hacer a mi madre desparramada en los sillones con su amante de turno. Tenía un "novio" ciego que medía más de dos metros. Me pedía: "Gorda, llévalo a Alejandro a comprar cigarrillos a la esquina", con voz cantarina y arrastrada. Yo le tomaba la mano al gigante y, con mis cinco años y mis pocos centímetros, lo conducía a la calle Montevideo para que volvieran a llenarse los ceniceros de la casa tapada por el humo. El hombre se hacía llamar Rasputín. No sé cómo se las arreglaba para escribirme tarjetitas pinchadas con púas de tocadiscos que representaban, según él, pelos de su barba. Tenía los pies monumentalmente grandes y cuando se tiraba encima de mi madre en el sillón del *living*, yo veía esos zapatos subir y bajar en un movimiento ondulante que se aceleraba progresivamente. Parecía un barco en la tormenta, agravándose en un maremoto con esos dos timones que marcaban un rumbo peligroso. Mami emitía un sonido grave de animal herido o enojado. ¿Eso que hacían los dos, era bueno o malo? ¿Qué pensaría la abuela,

que calificaba todo en términos de "Eso es bueno para ti" o "No te conviene porque es malo para la salud"?

En el *living* había un mueble alargado al que se le abría la tapa. Despedía olor a fábrica u hospital. Mi madre abría Sésamo y adentro se reflejaban vasos y botellas. El mueble estaba forrado de espejos y tenía unas bisagras envejecidas de bronce.

Ponía hielos en un baldecito, después en un vaso, servía *whisky* con tres golpes, el pucho siempre en la boca y los ojos entrecerrados y me preguntaba: "¿Quieres?".

Una noche me ofreció soda. Ya tenía mi piyama puesto para irme a dormir y me tendió un vaso.

—¿Por qué no tomas?

—Porque tiene globitos y me da asco.

—Siempre la misma pesada, dale, que es rica la soda.

Pensé en tomar un trago así me dejaba tranquila. No quería irme a dormir sola porque tenía terror a quedar en el cuarto verde con sillón a rayas blancas y verdes, con una ventana abierta a paredes sucias de un pulmón interior.

Ni bien tragué la soda, vomité sobre la alfombra. Mi madre me dio un bife y me gritó:

—¡Boluda!

El asco era imprevisible, aunque se agravaba de noche. Al atardecer, mi madre sufría de una forma vespertina de tristeza, lloraba a menudo e iba perdiendo con

el correr del día la escasa compostura que había logrado con la luz del sol. Me escondía debajo de una mesa que había dejado mi padre cuando acabó por irse, a la que previamente tapaba con frazadas que oficiaban de cortinas o telones para resguardarme. Era mi casita de salvación. Temía la llegada de la comida nocturna. La mucama Rafaela ponía un plato sobre la mesa de madera y mármol viejo de la cocina, y el color y el olor de su contenido me revolvían las tripas. Pensaba a propósito en *Miss* Helen (que salía los fines de semana) y me provocaba el asco deseado. La escena de los ruegos beodos de mi mamá se repetía, y al final partía sin probar bocado al cuarto verde para abrazarme a un tigre roto, regalo de mi tío, que oficiaba de fetiche, para no escapar tirándome por la ventana usando como parapente el batón acolchadito celeste cielo.

Por tu culpa

Las anteojeras religiosas se usaban para resolver conflictos y desatar crueldades. Mi abuela era tan católica pero tan católica que me repetía que yo debía dar gracias a Dios porque ellos me criaban y me daban de comer y me compraban la ropa y me mandaban a un buen colegio. Yo lo que recuerdo es pedirle a ese Dios que me ayudara a no tener tanto miedo. Supongo que le tenía miedo al mismo Dios que me amenazaba con el infierno porque yo era una chica tan mala pero tan mala que ni sus padres querían quedarse con ella.

Gracias, catecismo, por tus primeras y prístinas enseñanzas; por haberme hecho sentir culpable y responsable de todas las desventuras que sucedieron en mi casa. Una vez, mi madre me contó que yo no hubiera tenido que nacer, pero como ella ya había abortado otras dos criaturas, se ve que en este embarazo justo le agarró temor de Dios o distracción o alguna esperanza de que yo arreglara su vida. Vacío y plenitud: mi anorexia selectiva infantil me enseñó a no tragarme todo. De una manera mortífera y riesgosa, aprendí temprano a decir no, y a preferir el armado de un rincón para continuar con mi vida. Mi madre seguía en la cama, despatarrada y mirándome, arrastrando las palabras y repitiendo la paradoja:

—Gooooooorrrrdaaaaaaa, ¿por qué no te vaaaas a tu cuarrrrto un raaaaato?

Recién a los doce años me enteraría de que esa manera de hablar respondía a una mezcla de alcohol, pastillitas y jarabe.

Mi tío era hermano de mi madre. A mí me parecía hermoso, gracioso, casi un semidios, pero raro. No se asemejaba a nadie que yo conociera. Le decía Clitemnestra a mi abuela, se reía de mí y me llamaba "culona", y me regalaba anillos de fantasía que eran a todas luces no apropiados para una niña de mi condición. Tenía como amigos a Paco Jamandreu, el modisto de Evita, un personaje teatral rebosante de entusiasmo y de ironía aplicada: imitaba a sus clientas con una exagerada gestualidad y me hacía reír cuando me pedía que no dijera nada a nadie de lo que estaba oyendo. Dibujaba con las manos vestidos sobre su propio cuerpo, parado frente a la cama de mi madre. Parecía una bailaora revoleando los brazos para describir volados, pinzas, "jabots", solapas y largos de faldas. Alfredo Alaria era otro de los *habitués*. Un bailarín de cierta fama que usaba mangas de infinitos volados hasta el codo, como alas de mariposa macho, y andaba así vestido por la calle. Hablaba de los bailarines de su grupo con interjecciones que me hacían comprender admiraciones o rechazos. "Vieron que tiene el culito parado, no como el de la primera fila que parece una pera madura"; y: "Uau, qué papito, mirá lo que tiene".

Otro amigo usaba aros de argolla, valga la expresión literal. A mí no me llamaban para nada la atención. Muy por el contrario, era divertido verlos conversar entre humaredas y vasos repiqueteantes, entre pulseras y aros y carcajadas estrepitosas. Mucho más entretenido que lo que podía ofrecerme el jardín de infantes. Una de sus virtudes era su absoluta indiferencia hacia mi persona de cinco años. Me consideraban de otra especie: mujer, niña y malquerida.

Mi tío perdió la vida en un curioso episodio ocurrido a sus treinta años. Mi investigación llegó hasta el probable asesinato-suicidio, pero mi abuela me dijo que había sido del corazón. Además, me aseguró que había muerto por culpa mía. Porque yo ocupaba las habitaciones que se suponían proyectadas para él, junto a sus padres que eran ellos, mis abuelos. Por mi presencia en la casa, mi tío se vio obligado a irse a vivir solo y entonces... le pasó "eso". Y yo, mala persona, quedé viva y en su cuarto mientras ella perdía lo único que había querido en su vida. Olé.

Homicidio de mi tigre

El tigrecito peludo, regalo de mi tío Gustavo, dormía apretado contra mi cuerpo. Hacía rato que yo intentaba conciliar el sueño mientras entrecerraba los ojos para imaginar en la penumbra las rayas verdes que empapelaban el cuarto. Había comido nada y, como siempre, no podía dormir. Frío, calor, temor a algo debajo de la cama, al vuelo repentino de un murciélago, un ladrón o una araña tarántula. Un miedo nuevo se había agregado a mi lista: el terremoto. Mi abuela me había contado con detalles cómo en un lugar de la Argentina con nombre de santo, la gente había quedado aprisionada debajo de sus propias casas, aplastadas por los árboles porque la tierra se había movido tanto que se produjeron agujeros y grietas gigantes. Por allí también se caían los más chiquitos, los animales, los viejos y desaparecían los pueblos enteros. Sentía que la cama se movía debajo de mi nuca, el piso temblaba:

—¡Oíme bien, escuchame bien lo que te voy a decir! —gritaba mi mamá—. No te aguanto más, estúpido. ¡Andate de acá que la chica se va a despertar!

Silencio. Me incorporo en la cama y el tigre se cae al piso. Manoteo en la oscuridad y no lo encuentro. La

cama se mueve, el edificio parece doblarse y temblar. No me animo a llamarlos.

—¡No me grites! Vos también me tenés harto. ¡Des-con-si-de-ra-da!

Escucho la voz entrecortada de mi mamá que grita, pero a la vez sopla en secreto algo sobre que se van a morir.

—Matate —dice—, de una vez. No amenaces. Ni se te ocurra amenazarme...

Otra vez silencio largo. Pasos arrastrados, swiiiissssh, swiiiish, van a la mesa bar. Ruido de vasos y hielo y la puerta del baño se abre y cierra de un portazo.

¿Será nomás un terremoto? Tengo prohibido levantarme y prender la luz. Me deslizo hasta el suelo, el piso está frío y no se mueve más.

—¡Dale, tomate este traguito y se te pasa todo! —llora y ríe al mismo tiempo mi madre, como la bruja de Blancanieves.

—Quiero dormir —levanta la voz mi papá—. Por favor dejame en paz. Dame ese vaso a mí. ¡Basta! ¡Noooo!

Cachetada. Así le pegan al perro de la abuela. Los cachetes se le bambolean y entonces siento ganas de abrazarlo. Es un *cocker* con las orejas muy, muy largas, blanco y negro, todo manchado.

—Me quiero morir —dicen los dos.

Me repito en voz alta el número de teléfono de mi abuela por si me quedo sola y la tengo que llamar. En ese instante, encuentro el tigre a ciegas y lo estrujo contra mi cara ayudándome con la mano libre para subirme a la cama.

Vasos. Retintín de cucharitas en el vaso. Todo está demasiado quieto y cuando es así, siempre termina mal.

—Tomá. Matate de una vez. Es una mezcla de pastillas para la tos con *whisky*. ¡Jajajaja! Espero que no me vayan a romper mi tocadiscos a cuerda y que no me saquen el tigre si lo suelto.

—¿Ahora estás contento que ni respirás? La voy a llamar a tu mamita para que te venga a buscar ya que se quieren tanto. Dale... ¡Abrí los ojos, imbécil! Abrí los ojos, por favor. ¡Movete!

El tigre peludo se me metía adentro de la oreja y sin poder casi respirar, lo aprisionaba contra mi cabeza cada vez más fuerte. Tim se llamaba el tigre. Tim, repetía yo. Tim. Tim. Golpes en las puertas. Tim. Corridas, gritos, voces de hombre, aullidos de mi madre, la voz de Mamita Tere aguda como la de un gallito, la reconocí y me aterré: un pájaro dolorido que grita y grita sin parar. Tim. Salto de la cama y abro la puerta. *Miss* Helen no está.

Me topo con un médico de delantal blanco posando un aparatito sobre el pecho de mi papá, que está en el suelo tirado boca arriba. Una mujer con guardapolvo

celeste como mi maestra de jardín apura la partida empujando una camilla y al verme, dice:

—Cuidado con la nena. ¿Y esta nena?

Retumban palabras: ambulancia, coma, muerto, en boca de mis abuelos paternos. Los maternos no han llegado. Mi papá está muy enfermo y no lo voy a volver a ver.

Había visto un perro morir en el campo. Tenía la boca abierta y respiraba con mucha dificultad. Un ruido a serrucho le sonaba en la garganta. Así estaba mi padre acostado sobre el piso de parqué del pasillo de mi casa. Una camilla con ruedas de goma se lo llevó a la velocidad de un auto de carrera. Mi mamá se tiró en la cama y llorando me pidió que no fuera "pesada" y me durmiera rápido. Cuando me acerqué a su cama estiré mi mano para tocarla y me temblaba como a los viejos amigos de mi bisabuela.

—No puedo más, gorda. Andá a dormir. ¡Ya!

Extraño al abuelo y a la abuela. Tengo miedo. El tigrecito peludo se salvó esta vez, pero no me parece suficiente.

Una cajita alargada

Una cajita alargada, de plata, una forma atractiva, casi un juego o un útil escolar, descansaba desde siempre en la diminuta mesa de luz de mi madre, junto a cantidades indescriptibles de remedios. Adentro había una jeringa de vidrio opaco, muy agradable a la vista como lo son ciertos objetos de adorno, pintada con números y rayitas azules inscriptas en el vidrio igual que en mi termómetro para tomar la fiebre. Parecía inofensiva. Pero la cajita plateada se transformaba como por arte de magia en calentador pequeño, mediante un dispositivo de la tapa que permitía apoyarlo sobre una base. La caja se llenaba de agua, se prendía la pequeña mecha y se ponía a hervir la jeringa. Como los huevos que *Miss* Helen pasaba por agua. A mí me resultaba misterioso y despertaba mi curiosidad. Cuando este caldero en miniatura hervía, Mami sacaba la jeringa con una pinza de cejas y le colocaba una aguja negra, larga y gruesa que sacaba de un paquete. Como haciendo malabares, tomaba un frasquito con tapa de goma, lo invertía, pinchaba la jeringa con la aguja y el émbolo se movía al compás de la absorción de un líquido que no parecía tener más poder que el agua de la canilla. Me miraba sonriente:

—¿Te animas?

—Nooo. ¡Por favor, no!

—Qué tontuela.

Se subía el camisón con picardía y destapaba el muslo. Algunas veces estaba sin bombacha y sus pelos púbicos me impresionaban mal, como si fuera un bicho desconocido que no debiera estar ahí.

Comenzaba la coreografía montada para la ocasión. Un teatro de títeres perfecto que seguía con los hilos el movimiento previsto. Apoyaba la jeringa llena sobre el mármol de la mesita con una sola mano (Mami era ambidiestra), con la otra colocaba un pedazo de algodón sobre un frasco de alcohol Padilla destapado previamente y lo mojaba, invirtiéndolo. Pasaba el algodón húmedo por el muslo y seguía sonriendo:

—¿Te da miedo?

—Sí. ¿Qué es?

Con la otra mano tomaba la aguja separándola de la jeringa y se la pinchaba en el lugar preciso como si existiera una marca obligatoria. Era tan fuerte esa visión para mí que comenzaba a lloriquear. Mami prendía un cigarrillo con la aguja clavada, y le daba unas pitadas, contenta con mi terror. Demoraba así la inyección del líquido mientras yo no sabía si me iba a quemar con el cigarrillo como otras veces o iba a inyectarse en la pierna.

—No te asustes, gorda, no es nada. Me duele la cabeza. Ay, no llores, gorda. ¿Ves? No me duele.

Entre lágrimas y con cierta fascinación me tapaba los ojos y espiaba entre mis manos cómo se iba inyectando el líquido en la pierna. Me daba mucha impresión, pero reconozco que admiraba su valentía. Como respuesta a mi miedo, ella se reía satisfecha.

Terminado el ritual, me pedía que me retirara de su cuarto. Si yo no obedecía, me amenazaba:

—Entonces te pincho. Mira que te pincho.

Así las cosas, una tardecita depresiva en la que caía la luz mala sobre Buenos Aires, yo trataba de jugar en el cuartito verde. Alguna pantalla amarillenta por la nicotina, filtraba la luz opaca y de bajísimo voltaje e iluminaba el humo, acentuando el olor a pucho reinante en toda la casa. De pronto, un ruido fortísimo. Un golpe seco, vidrios rotos, dos gritos. Aterrada, salí al pasillo. Mi madre yacía tirada en el suelo con los ojos cerrados igual que la noche de mi papá: estaba muerta junto a la cajita plateada desparramada a su lado, la jeringa rota en mil pedazos y un vaso hecho trizas que despedía hielos resbaladizos.

Tomé mis cinco años a cuestas y fui hasta el teléfono negro de la entrada. Llamé al número que mi abuela había escrito en números negros, grandes, cifras elegantes que permitieron que las dos sobreviviéramos una y otra vez.

La careta

La última noche que pasó mi padre en casa con mi mamá, se pelearon. Gritaron borrachos. Yo me tapaba los oídos con los índices hasta hacerme doler, y soltaba intermitentemente para probar si los chillidos se oían más fuerte. Mi madre dejó marcado en mí un único alarido, comparable a los momentos álgidos de las películas de terror. Ese grito animal, solitario y aislado de la discusión, me hizo saltar de mi cama y zambullirme fuera del cuartito verde.

Yo también grité: frente a mí se encontraba un ser deforme, monstruoso, con las orejas enormes y la boca torcida para la derecha, narigón, casi sin pelo y de piel gomosa y amarillenta. No me di cuenta enseguida de que llevaba puesta una careta de goma. Era mi papá. Se la había colocado pasándola por sobre su cabeza y, tras golpearle la puerta del baño en el que ella lloraba encerrada, la había sorprendido con esa cara espantosa que coronaba su cuerpo, menudo y desproporcionado. Mi padre había deslizado una careta gelatinosa y cubierta de verrugas hasta su cuello delgado y envejecido, aunque era muy joven. Sus piernas delgadísimas contrastaban con la cara verdosa de un demonio salido del infierno pintado en los libros de papel finito que no me dejaban

leer. Un monstruo enfermo. Emitía ruidos con la garganta. Parecían arcadas. Yo no podía parar mis alaridos ante aquella visión de la muerte.

Lo que pasó después se precipita como un final buscado. Mi padre comienza a llorar, a pedir perdón, mi madre gesticula enojadísima, yo digo que tengo miedo y repito las palabras por favor, por favor, con mis cinco años de desesperación ya vieja, vuela un vaso por el aire y se rompe en pedazos, el líquido amarillento corre por el parqué oliendo mal. "¡Cuidado con los vidrios!", me asusta mi madre. Papi se desliza casi desvanecido por una pared, se sienta en cámara lenta en el suelo y llora cada vez más fuerte. Es tremendo descubrir que los padres lloran así. *Miss* Helen se despierta y balbucea: "Poor favvouuur silencioou que está la chica, be careful please, señoura...". Me quiere conducir al cuarto verde de la mano, pero yo tironeo y quiero saber qué pasa.

A la mañana siguiente, mi padre no está. Pregunto adónde fue. Mi madre, desgreñada, sucia y maloliente, no sabe. Cree que desapareció. *Miss* Helen me consuela contándome que se sentía muy mal de la barriga y se fue a que lo cuidara su mamá. Hasta el día de hoy ésa sigue siendo la explicación de su abandono. Un dolor de panza y su madre que quería cuidarlo.

Después de ese escándalo, mi madre parecía pegada a la cama. En posición fetal sollozaba con los pies fuera de las sábanas. Nunca soportó los pies abrigados, durmió

durante toda su vida dejando al aire sus pies chiquitos, blancos, bellos por haber caminado poco, intocados, casi de japonesa. Andaba descalza por la casa y odiaba calzarse o ponerse medias. Un extraño signo de su deseo de libertad y desnudez.

Los pies de mi madre se asomaban siempre con abrupta picardía. En pleno invierno, era tema de conversación obligada en la familia. Cada vez que podía se sacaba los zapatos y las medias, y sus pies descalzos permanecían siempre cálidos, como independientes de la temperatura que reinaba afuera.

Cuando era una beba, y existen muchas fotos que lo atestiguan, restregaba sus piernas y se quitaba los escarpines aunque le pusieran unos que habían inventado adrede, con elástico ajustado para impedirle su decidida acción. Ni bien comenzó a caminar, lo hizo descalza. Seguiría amando el contacto de los pies sobre la tierra a lo largo de toda su vida. Probaron con zapatitos blandos, de napa, de gamuza, de tela. No había caso. Se los quitaba sin hacer escándalo, con la tranquilidad de la convicción, y caminaba descalza. Con los dedos del pie, levantaba todo lo que encontraba en el suelo para no agacharse. La ropa tirada, un peine, un libro, un diario. Pinzaba el objeto en el piso con el dedo gordo enroscado al segundo dedo, y con esta habilidad circense, conseguía seducir a los que la prevenían sobre el frío y la "pulmonía" que se iba a agarrar por no hacer caso. A mí también me pasó

esta "sabiduría" heredada del Pitecantropus. Levanté del suelo todos los objetos livianos sin agacharme y hasta llegué a tocar del do al sol en el piano, usando tres dedos del pie sobre las teclas.

Con respecto a su rareza térmica, una fotografía la muestra en París, a upa de su padre, en pleno enero y en medio de la nieve. Aparece vestida con un tapadito de piel de leopardo (en esa época no existía la militancia ecológica), unas polainas de gruesísima lana y un gorro con orejeras a juego con el abrigo. Sobresale su carita blanca, redonda, las cejas pobladas y oscuras, la boca bien marcada, y se ve la nieve cayendo tupida. Mi abuelo está sumamente arropado, con gorro y guantes.

Los pies. Los pequeños pies al aire más blancos que la misma nieve, colgando relajados. Contaban en mi casa que mi abuelo había soportado varios insultos de mujeres que lo retaban en francés a los gritos por maltratar a una niñita. Nadie podía explicarse ese fenómeno.

Esta costumbre representaba a Mami en todo su esplendor. Para mí era como su nombre, una maña propia. Dentro de la casa "vivía descalza", así decía mi abuela sin darse cuenta de que era una de las pocas formas poéticas con las que se refería a su desdichada hija. Sus pies impecables, a veces negros por la cera del piso, jamás tuvieron el callo plantar que hubiera sido de esperar. Esos pies vírgenes de la aspereza del mundo, de la hostilidad y de la violencia de la naturaleza (Mami caminaba sobre

el césped cubierto de cardos, o en los caminos de piedritas) posiblemente expresaran su decisión de no dejarse apresar por el frío que sentían los otros.

—¿No tienes frío en los pies?

No contestaba jamás a esa pregunta. En vez de eso, se pintaba las uñas de un rojo claro, intenso, como los malvones del aljibe que mi abuela detestaba.

Jugaba yo en la alfombra al día siguiente, mirándola de reojo para que no se muriera. Una sola frase dijo. Con esa voz grave de las mujeres fáciles del cine norteamericano de la época.

—Qué solas nos dejó.

Cortarse las venas

Poco tiempo después de que mi madre envenenara a mi padre con pastillas y alcohol (ella siempre sostuvo que eran solamente píldoras para la tos), sucedió lo más temido:

—¿Y Papi?

Silencio denso como respuesta. Largo mutismo de un cuerpo sin tono muscular desparramado en la cama de bronce con dosel y angelitos volando.

—¿Y Papi?

Un ronquido animal salió de la cabeza negra, boca abajo, enredada en el pelo sucio y tupido.

Como un robot pequeño me dirigí a su placard, casi sonámbula, agotada por otra noche sin dormir. Al abrirlo me asaltó otro monstruo más: estaba vacío. Salvo por una sola y única corbata *bordeaux* que colgaba de una percha de alambre. Una corbata abandonada, oscura, familiar, de hilo de algodón. Yo la llamaba la "lavable estirable" y eso a mi papá le hacía mucha gracia. Me refería al material, un tejido abierto y me gustaba tironear de ella y jugar con su cuello; seguramente el nombre respondía a algún aviso de radio de esa época.

La corbata *bordeaux* se agigantaba como si la viera a través de una lupa. La veía demasiado. Atraída por esa

visión, entré en el ropero. ¡Qué olor a mi papá! Mezcla de colonia y tabaco. Olor a hombre.

Tomé la corbata entre mis dedos pequeños, la estiré, cerré la puerta del placard, con trabajo, porque adentro no tenía manijas y me enrosqué la corbata "lavable estirable" alrededor del cuello. Apreté fuerte una vez, le di otra vuelta y apreté más hasta que el dolor y el ahogo me produjeron una sensación placentera. Escuchaba de lejos, como en un pozo, los gritos de *Miss* Helen.

—¡Carmen! *Where are you*? *Please*! ¡Salgas prounto!

La puerta se abrió de golpe, la luz me encegueció, vi la melena rala de *Miss* Helen y me ligué una feroz cachetada. Fin del duelo. Principio de mis ideas suicidas.

Nunca supe ni sabré cuánto había de cierto en mis fantasías de muerte. Si realmente pensaba en matarme, o si era una estrategia histérica para llamar la atención. O si había descubierto otra forma de goce. Pero lo concreto es que me pensaba muerta. Chiquitita y muerta. A mi bisabuela Bita la vi muy de cerca cuando murió a los 97 años y me trepé a la cama, con la ayuda de mi abuela, que me alzó "para que la veas mejor, m'hijita". Como el lobo de Caperucita. Parecía tranquila y aliviada. Tenía un ramito de orquídeas entre las manos blancas y una cruz de flores a sus pies. Mi madre entró de golpe y le gritó a mi abuela:

—¡Necrófila! ¡Déjela a la chica tranquila que no tiene nada que ver! ¡Bájela de ahí, carajo! ¡Es usted la que

tiene amor a la muerte, la chica es mía y no quiero que vea a la abuela muerta!

Mi madre trataba a la suya de usted, mi abuela la trataba de tú, lo cual hacía difícil caer en insultos: "Váyase a la mierda", "Ándate tu primero", "Tú eres una ordinaria", "Y usted es una conchuda".

Esta primera lección impartida por mi abuela me permitió ver a una muerta sobre y desde la cama, mortaja incluida. Sin proponérselo, me enseñó a dejar de respirar. Lo hacía a menudo y contaba hasta cien equivocándome todavía en el orden de los números. El corazón me latía a mil por hora y de pronto, escupía desesperada como un faquir al salir del encierro de un cajón de vidrio blindado. Me imaginaba dejándome atropellar por un auto en la calle. La abuela se asustaba mucho cuando le soltaba la mano y corría por la vereda derecho hacia la plaza. Tenía las dificultades que las de su clase tienen para gritar, la educación que sufren las contiene de tal modo que no les sale ni la voz. Desafinaba como si estuviera cambiando la voz en la adolescencia. Se oía un sonido interplanetario:

—Caaarmen, ten cuidado m' hija, cuidadito.

Pasaba un auto y yo me imaginaba tirada con las tripas afuera y a mi abuela llorando por la culpa. Había escuchado a las mucamas gallegas decir que el gas de la cocina mataba.

—Olle que si te queda una llave abierta que tienesh que tener cuidado, hombre, que te mata enhseguia y pobre tu abuelita shi te pasha algo, niña.

Yo sabía prender la llave maestra y antes de dormir me regodeaba con esa escena. La llave abierta, yo trepada a la mesada de mármol, cayendo sobre mí misma y enroscándome como mi madre en la cama, casi dormida, pero muerta.

Fue mi mamá quien me enseñó, desde muy chiquita, la manera de cortarme las venas rápido y sin dolor. En su baño tenía una silla de hierro pintada de blanco, amarillenta por la nicotina. El asiento estaba calado con pequeños agujeritos en forma de trébol. Mami comenzaba su acto didáctico tomando dos hojas Gillette y las colocaba con los filos para arriba.

—¿Ves?

—Hmm.

Sin llevarlo a cabo, me mostraba cómo atarlas a los agujeritos de modo que quedaran paradas, perpendiculares a las muñecas del usuario. Levantaba los brazos en ángulo recto con los puños cerrados. Súbitamente daba dos golpes secos simulando cortarse contra el filo refulgente y agregaba, tranquila:

—Después te metes en la bañadera ya llena de agua bien calentita.

—¿¿??

No me parecía mal. Mami ya lo había intentado dos veces. No sé si con esa "técnica", pero la había salvado la urgencia de la Cruz Azul. Jamás supe si eso era una filial de la Cruz Roja o una secta de los Rosacruces que

nombraban en mi casa a la hora de comer, o algo de la masonería que tampoco sabía qué era (los adultos cuchicheaban siempre acerca de quién era o no masón), o una crucecita de esmalte azul que mi abuela guardaba en un alhajero repleto de medallitas. Lo que sí tuve el gusto de ver cada vez que mi madre se emborrachaba, eran las dos cicatrices como lombrices marroncitas en sus muñecas blancas de venas muy azules. Me las mostraba orgullosa.

Mi abuelo tenía en el campo una escopeta, un revolver y un rifle. Salía a cazar con los amigos y era un pésimo tirador. A veces me llevaba en el auto y lo único que oía era la palabra "cuidado". Tienes que tener cuidado porque esto tiene balas y salen con una velocidad que si te pegan no cuentas el cuento. No pongas el dedo nunca, nunca, nunca en el gatillo, nunca pongas el arma apuntando a ninguna persona ni para arriba ni la toques ni la mires porque te mata. ¡Pum! Una perdiz grande agonizaba bajo los faros del auto. Aleteaba desesperada. Yo me ponía en su lugar y no me parecía terrible. Me parecía peor estar en ese auto lleno de hombres fumadores haciendo de valientes que al final mataban pajaritos y liebres indefensas. Esos machos con olor a pucho y a sudor que nunca se habían animado ni se atreverían a decirme qué era lo que pasaba con mi madre y por qué mi padre se había ido para siempre.

El secuestro

Una noche, mi madre aullaba como una Medea insomne mientras yo trataba de dormir abrazada a mi tigre peludo. Los oídos tapados con los deditos de uñas comidas, timbrazo y golpes en la puerta principal, y la entrada a paso rápido de los abuelos. ¿Dónde está? Aullido. ¿La chica está durmiendo? Aullido. La puerta se abre y entra la luz amarillenta del pasillo. Sin mediar palabra, la abuela despierta a *Miss* Helen y la apura:

—La llevamos ya.

Tenía puesto mi batón celeste. Cosido en cuadraditos rellenos con espuma. *Matelassé.* En casa todo era en francés: *ton sur ton, quadrillé, trompe l'oeil, sang de boeuf, louche.* Me persigue hasta hoy la visión de esa tela celeste con globitos cuadrados a mi lado durante el viaje de ida que emprendí junto a mis abuelos en esa noche fría y neblinosa. Miraba hacia fuera, con los ojos muy abiertos, a través de la ventanilla del Oldsmobile de mi abuelo. Percibía los árboles que se movían ante lo que parecía ser un auto quieto. Me helaba la oscuridad y la enorme dimensión que cobraba la cercanía de la *robe de chambre* celeste, agigantada como en una percepción de sueño. Mi mamá había gritado muchísimo ante mi partida: "¡Hijos de puta! ¡No se la lleven! ¡No me dejen sola!

¡La chica es mía!". Pero gritaba acostada en la cama, sin agarrarme de los brazos que yo estiraba hacia ella.

Las luces eran tenues, farolas europeas que cercaban la calle Quintana, hacia donde nos dirigíamos. La abuela llevaba una perchita con un delantal a cuadritos, perdón, *quadrillé*, amarillo y blanco. Era el atuendo del jardín de infantes que mis abuelos se empeñaban en llamar *kindergarten*. Y en otra percha, me colgaron a mí. Iban mudos, tiesos y callados en el asiento de adelante sin saber qué estaban llevando a cabo un secuestro. En el lugar más hondo yo sabía que ese viaje era definitivo, y que, aunque odiaba el cuarto a rayas verde y blanco, iba a extrañar a mi mamá.

Fui a parar a un escritorio junto al dormitorio de la abuela, en el elegante *petit hôtel* de tres pisos. La casa tenía una escalera gigantesca y señorial que conectaba los pisos entre sí. Yo bajaba a toda velocidad, montada en la baranda de estilo francés.

Allí, un sofá cama sería mi cuna de rehén, *Miss* Helen no estaría más, habían aprovechado para prescindir de sus servicios y de su bulimia. Una mucama preparó el sofá como si fuera una cama y la abuela me dijo que me acostara a dormir. Eso fue todo.

Plato único

A la mañana siguiente, después de una noche sin sueño ni sueños, la abuela me acompañó al comedor. Había un plato solo reposando sobre un individual de hilo blanco en la cabecera de una mesa inmensa. Una silla vacía, oblicua a la que supuestamente me estaba destinada, esperaba al "adulto responsable" que en este caso y por esta vez iba a ser mi abuela. El mucamo Jacobo, polaco y obediente, avanzó con una bandeja de pedazos horrorosos de pollo con piel y puré de verduras.

—Me da asco.

La abuela produjo en ese preciso momento una buena acción. Ni siquiera ella se enteraría de que lo que estaba haciendo me salvaría la vida: me preguntó qué quería comer.

—Puré y dulce de leche.

Ordenó ese menú a la cocina, y al rato apareció un plato humeante con puré de papa, simulando espuma de nieve. Me lo comí todo. De postre, dulce de leche. Rico. Como los abrazos distraídos de mi madre. Dulce como su mirada de nostalgia a la que yo confundía con ojos de amor.

Durante veinte años esos serían mis platos únicos. Matizados a veces con algún huevo pasado por agua o

una barrita de chocolate. Y pan. Lo demás, la otra comida, quedó fuera de mi mundo y de mi gusto. En la familia me reconocerían por esos "caprichos" y "manías" para comer. Yo comenzaba a saber, de a poquito, que ese rechazo sería una forma de venganza: al decir que no, negaba a toda esa gente que no me brindaba cariño ni me cuidaba. Después de ese almuerzo donde todavía recuerdo el asco que tenía que combatir ante la visión de la cabeza canosa de mi abuela, el cuerpo se me cubrió de urticaria. La aparición repentina de las ronchas inauguró una nueva era: el contacto inesperado y acariciador de mi abuela que cubría la erupción con una pomada de olor acre y con sus manos cuidadas y cálidas. En voz alta y al ritmo de las caricias, iba preguntándole al más allá cuál sería la causa de esa peste abrupta: "¿Manteca? ¿O chocolate, comiste chocolate? ¿El gato? ¿Una planta? ¿Pulgas del perro?". Me tocaba y el calorcito de sus manos y la textura de la pomada que patinaba sobre mis piernas, panza, espalda, me hacían ronronear de bienestar. Demás está decir que mi cuerpo se encargó de repetir muchas veces ese pedido de contacto. Pero no siempre logré aquella sensación de existir para alguien y de tener un cuerpo.

Sangre en la cabeza

—Tu padre es bígamo.

Otra vez una palabra de sonido familiar pero de tono insultante. ¿Qué querrá decir? Un asaltante, un malvado, un hombre bajito, un bicho, un monstruo o ¿ese señor que volaba hacia el sol con alas de cera?

Él se había ido después de la última pelea de la careta de goma, a vivir a casa de su mamita y papito. Cuando me llevaban a visitarlo siempre estaba en la cama, en el cuarto del fondo. Me parecía que el dolor de barriga del que me contaba *Miss* Helen iba a ser eterno y se prolongaría hasta que yo fuera una señora. Se mostraba lloroso y evitaba mis ojos.

Mi abuela paterna, Mamita Tere, vigilaba la visita desde una posición lejana y de disimulo. Con un trapito en la mano, en cuanto yo la miraba, se ponía a limpiar canturreando con buena afinación: "Clavelitos, a quien le dooooy... claveles... clavelitos... paraaa los chuurumbeles". La voz le temblaba de modo casi imperceptible, como cuando los adultos les dicen a los niños que no pasa nada durante la turbulencia fuerte de un avión en pleno vuelo. Usaba mi abuela Tere una pulsera de oro llena de dijes: una carretillita, una flor, un corazón, una inicial, una herradura, y todos ellos sonaban al son de su

tarareo. Con ese sonar de fondo, recorría la casa grande y bien decorada, prolija y acogedora gracias a esa señora bondadosa y asustadiza, sobrepasada por la vida.

En el cuarto de baño, amplio y con unas ventanas hermosas y altísimas con vidrios de opalina para que no se viera desde la vereda, ya que estaba en la planta baja, Mamita Tere había dispuesto unos cobertores de material plástico floreado para tapar el inodoro y el bidé. Florcitas marrones y rosa viejo, con ese olor característico y riquísimo del plástico, el hule y el *nylon*. Los cubrebidé e inodoro estaban terminados con voladitos fruncidos del mismo material, las flores se convertían en ramilletes más pequeños y fascinantes para aquella mirada de nena maricona y futura mujer con alma rococó.

—¡Ay, abuela, no sabes qué geniales que son los cosos que pone Tere en el baño arriba de la letrina! Son de hule blandito, con florcitas y hojitas... Me encantan. ¿Me compras unos así?

—Qué cache.

En la parte de servicio, en un dormitorio arreglado especialmente para ella, dormía la hermana de Mamita Tere, la Tía Pepi, solterona y activa. Junto a su cama, un fanal de vidrio encerraba a un niño Dios apenas tapado con una puntilla, durmiendo con placidez sobre un almohadoncito blanco. Mis ojos perforaban la parte de su sexo. Me preguntaba, confundida, qué tendría debajo de su pañal. No sabía entonces ni lo sé ahora, si el Niño

Dios tiene sexo o le dejaron la entrepierna sin tallar por los siglos de los siglos. Si bien el cuarto tenía una alfombra persa muy bonita y una cama de bronce de una plaza y media y cortinas de seda que hacían juego con la colcha, no dejaba de ser un cuarto de mucama arreglado. Desde este margen, la tía espiaba la vida de los de "la casa" con cierto resquemor, supongo, y con la inferioridad propia de quien no está ni siquiera casada y queda relegada al mapa de la servidumbre.

Un domingo, después de un acto en el jardín de infantes en donde hice de reina, fui a almorzar como de costumbre a lo de los abuelos paternos. No estaban todavía, mis primos tampoco y busqué a la tía Pepi en su cuarto. Me gustaban ese rincón encerrado y el gigantesco armario con un espejo enorme que parecía irse encima de la cama por las medidas reducidas del dormitorio. Entré y la vi paradita frente al ropero. Flaquita, de baja estatura y, para mí, viejita. Yo había conocido, el fin de semana anterior, lo que era jugar al *rugby* y me había impresionado mucho el ruido de los cuerpos golpeando y chocando con violencia legalizada por las reglas del juego. Ese domingo estaba toda vestida de blanco, con zapatos blancos de tiritas, y me miré en el mismo espejo en que se miraba Pepi. De golpe, se me ocurrió y le dije:

—Te hago un tacle.

—¿Un qué? —pareció no entender.

—Un ta —y me tiré de cabeza para tomarle las piernas y derribarla al suelo como había visto hacer a un primo y sus amigos en el campo de deportes. La tía cae arriba mío y me aplasta. Lo veo suceder como en cámara lenta en la imagen invertida del espejo. Ella grita. Yo me ahogo debajo de su peso y la mirada se me nubla de rojo. Cuando vuelvo a abrir los ojos estoy arrodillada en el suelo, frente al espejo. Chorros de sangre caen de mi cabeza sobre el vestido blanco que se tiñe de rojo y se empapa con algo calentito que sale de adentro de mi pelo largo. Un único alarido convoca a las mucamas. Pepi también se descontrola y reza a los gritos, mi abuela Tere que ha llegado en ese instante declara que se va a morir y yo creo que ya me he muerto. Sé que nada va a ser peor que esto en todo mi futuro y que Dios no me va a perdonar nunca y me va a llevar al infierno.

—¿Cómo que te agarró de las piernas? Si no tiene fuerza.

—Llamen a los padres, que vengan los dos que se va en sangre.

—La abuela se va a morir y nos va a matar.

—Fue culpa de ella. Se le tiró encima a Pepi, es una bestia la chica esta.

Pasó un tiempo eterno y llegaron mis padres que no parecieron sorprenderse. Mi madre me agarró de la

mano y me tironeó hacia la puerta de calle. Mi padre me espetó:

—Pobre Mamita Tere, mirá cómo la pusiste de nerviosa.

"Pobre yo", alcancé a pensar mientras tocaba mi pelo mojado en sangre con la mano que mi madre había dejado libre. No dijeron ni ¡ah! ni ¡oh! ni ¡auch! ni nada. Mis padres parecían fastidiados por la molestia, pero nunca asustados de ver a su única hija con un trozo de cuero cabelludo colgando y empapada en lágrimas y sangre entre sollozos espasmódicos.

Mi padre tenía muy mala cara y estaba furioso conmigo porque la había hecho llorar a su mamá. Me subieron a un auto, me tiraron atrás sola en el asiento. Daba lo mismo. Ellos discutían en el asiento de adelante, algo que tenía que ver con la culpa que había tenido la familia de mi papá. Yo rezaba "ángel de la Guarda, no me desampares ni de noche ni de día" para que se dieran vuelta y me miraran como una señal de interés. Acostada, veía pasar rápidamente los árboles vistos al revés con la luz del sol encegueciéndome y sentía el gusto salado y dulce de mis lágrimas. El movimiento del auto me fue tranquilizando hasta que me obligaron a bajar, no sin antes reprocharme por haber manchado el asiento de tela.

Estamos en el sanatorio. Me atan a una camilla con correas de cuero y viene un médico también enojado que masculla:

—¿Y ahora qué? Es domingo hoy, no estoy para esto. A ver, nena...

Una enfermera seria rapa mi hermoso pelo de un solo lado. No recuerdo haber gritado tanto ninguna otra vez. Me parecía que se me salía la lengua y los ojos se me reventaban. El médico amenazaba con "dormirme" del todo, y yo veía muy de cerca la aguja, el hilo y lo peor, sentía las puntadas en mi cuero cabelludo. Una vez había cosido cuero en el jardín de infantes. Era lo mismo, pero en mi cabeza y tenía miedo de perder las ideas. Me dieron siete puntos. Ya en la calle, mi madre le hizo señas a un taxi y el conductor le pidió "cuidado" al verme vendada. En la calle Quintana, me recibió mi otra abuela con un rictus amargo, y sin saludarme, de la mano me condujo hasta su dormitorio donde me sentó en el sillón. Entró mi tío que pareció divertirse con mi vendaje. Me dijo sonriendo:

—Pareces un indio.

Se fue y al rato volvió con una pluma de plumero. Me la colocó paradita dentro del

vendaje y haciendo el característico sonido y golpeándose la boca con la mano, me bautizó Reina India de la Tribu de los Mapuches.

La mesa está servida

—¡No puede ser! El platito de pan está a la derecha. *Le pain à gauche! Le pain à gauche!* —masculla con tensión agresiva la abuela ante la mesa puesta. Abre la puerta de la cocina y llama a una de las mucamas. Jacobo ha salido a comprar betún incoloro para los zapatos y la mesa fue tendida por Rolinda, una gallega con el pelo más largo y más poco que se haya visto, unas hebras finas, canosas y larguísimas, casi hasta la parte interna de la rodilla.

Rolinda hace su entrada arreglándose el pelo mediante una hebillita fina que toma sus mechas como hebras de gramínea. Está intentado no morirse de susto. Trae unos platitos del mismo juego del que yace sobre la mesa, prolijo, perfecto, pero acompañado por platitos de pan de cristal o vidrio... a la derecha del comensal.

—No, Rolinda. No. Los platitos de vidrio no tienen ninguna importancia. Lo que sí importa es que el plato de pan siempre tiene que estar a la izquierda. ¿Ve? La persona tiene que tomarlo a su izquierda, al lado de la copa de agua, la de vino va a la derecha y la de agua a la izquierda y los cubiertos de pescado van hacia fuera y los del plato principal hacia adentro y debajo de las copas

tiene que poner así: el cuchillo, tenedor y cuchara de postre. ¿Entiende, Rolinda?

—No, señora, la verdad es que me marean tantas cosas —balbucea Rolinda al borde del llanto.

—Debajo de los individuales de hilo... ¿Ha visto unos cuadrados de paño lenci marrones que hice cortar por la modista? Van debajo de las carpetas para que no patinen y el lustre de la mesa no se resienta con el calor del plato. Búsquelos y después le muestro —solicita con firme paciencia la abuela. Queda moviendo cada pieza con un dedo, al milímetro. Corrige, apenas empujando, la posición de un vaso, de un cubierto o un salero. Junta las servilletas y me pide:

—Carmen, anda ya a buscar servilletas de hilo blancas. Diles así: de hilo blancas con el monograma blanco. Éstas son muy bonitas pero no pegan con los individuales que tienen un poquito de dorado en la punta.

—¿Es tan importante? —pregunto, a pesar de que sé que una cuestión de Estado se juega en el intercambio de piezas. Agrego para aflojar los nervios:

—El centro de mesa es bárbaro. ¿Se llaman "alverjillas", no?

—No. Son ar-ve-ji-llas. Flores divinas para acompañar estos platos que eran de Mamita Guerrico.

"¿En qué quedamos?" Las "alverjas" no son arvejas. Arvejas es cache. Las flores no son "alverjillas", sino arvejillas. Me dispongo a ir para la cocina, lugar que la

abuela morirá sin conocer. Aparece Jacobo enrojecido por haber llegado tarde. Como un mago con sus guantes blancos dispone cada pieza, cada copa en su lugar. Desliza una belleza infinitesimal con cada movimiento. Es cierto que sabe mucho de poner mesas. Su tic bocaculito-de-paloma está en el pico de frecuencia y velocidad. Deduzco que algo crucial está sucediendo para él. La abuela parece haber recuperado la compostura interior como si su familia hubiera vuelto sana y salva de la guerra. Relajada, me sugiere:

—Hoy sí quieres puedes invitar a una amiga y comer en tu cuarto.

Antes de retirarme escucho una disertación acerca de poner o no al final de la comida unas azucareritas individuales de plata que por supuesto hay que lustrar y decidir si van a acompañar un postre complicado que para ciertas personas va con azúcar.

—Miejor nada, siñora, miejor. Muchio cosa junta todo en mesa yiena no caber.

—Tiene razón —la abuela obedece a los consejos y la experiencia de los mucamos rápidamente. Estos saberes, me dijo el abuelo, son incorporados por el servicio y al final saben más que sus patrones. Una vez el abuelo me mostró unas fotos de esclavos en el África que se vendían en la plaza. A veces los cambiaban por comida, porque eran muy pero muy pobres. Eso sí que era un horror, no si el platito de pan va a la derecha o en el medio.

—Vamos a poner el florerito en la entrada, Jacobo. En cambio, en el centro de mesa va el *chaud-froid* de plata que pongo cuando viene gente de noche. Las flores son demasiado...

—¿Quí és chofuá? No entiender...

Camina la abuela alrededor de la mesa. Una calesita que no se detiene, siempre hay algo que mejorar. Y cuando pregunto para qué sirve la liturgia me dicen que para la "ética" cuando sea grande. ¿Y para qué servirá perder tanto tiempo alrededor de los platos de la mesa? Ahora lo descubro: hay algo que hace que los que no saben de esto se sientan irremediablemente idiotas.

Cuando llega el postre, el mucamo coloca por la izquierda de cada invitado un plato con un bol de vidrio lleno de agua. Por lo general, se produce en la mesa el mismo suspenso que en una película de terror. Los comensales que desconocen este ritual entran en confusión mental y miran con desesperación a derecha e izquierda, para abajo, pensando para qué demonios puede servir el recipiente. Para tomar agua ya están los vasos. Para mezclar o condimentar no se utiliza el agua. Con sadismo, los dueños de casa hacen siempre lo mismo: simulan estar relajados y tranquilos hasta que un invitado intenta tomarse el agua o rociar el pan como en las bendiciones o ponérselo en la cabeza como en carnaval o suicidarse, y entonces recién ahí el abuelo coloca el bol a la izquierda del plato de postre y avanza Jacobo con una fuente

llena de cerezas. En la otra mano lleva una salsera con crema. La gente se sirve las cerezas con la mano. Esto también es desconcertante porque se supone que lo fino es lo contrario pero en este caso es así. La señora que casi se toma el agua dice descompuesta:

—No, gracias. Necesito ir al "toilé".

La abuela se sirve un enorme racimo de cerezas rojas con la mano, las va comiendo de a una, escupe el carozo dentro del cuenco de la palma, y cuando termina, ejecuta una ablución dentro del agua y se lava los dedos. Una pila bautismal inesperada. Sólo faltaría que se persignaran después de comer la fruta.

La señora del "toilé" aparece con la tez color marfil y los rasgos marcados como una momia que hubiera envejecido cien años en el transcurso de su ida al baño. No es para menos. Antes del episodio de la fruta hubo otro que la preparó para una internación en el frenopático donde la internaban a mi mami. El primer plato consiste en una cantidad considerable de choclos. Una fuente de plata impecable, repleta de choclos en una pila piramidal. Maíz humeante, como el que comen los chanchos en el campo, pero calentitos. A la izquierda de cada plato están posados los pinchos *ad hoc*, unos choclitos de plata, en este caso terminados por un pincho en punta. Hay que tomar estos elementos decorativos por las puntas e introducirlos en los bordes del choclo para poder así no quemarse ni ensuciarse los dedos con la manteca

que previamente se coloca con un cuchillito que está en el platito de pan, a la izquierda. La señora y su acompañante hacen exactamente eso. Después de una esmerada observación de los otros, proceden a pinchar los choclos con elegancia. A la señora se le patina instantáneamente el choclo hirviente, enmantecado, que salta como con vida propia hacia el centro de la mesa lustrada de caoba de la bisabuela de mi abuela. Un borde blanco, como cuando aterrizan platos voladores, se marca en el acto sobre la tabla lustrosa. El señor se asusta tanto que se distrae. Y su choclo patina también con peor suerte. Cae sobre la falda de la abuela quemándole una pierna. Ella emite un gritito:

—¡Ay! No se mueva nadie. No pasó nada. Está bien. ¿Jacooooobo? —mientras patea como una loca el timbre debajo de la mesa y sostiene el choclo con las uñas para no quemarse.

Idos los invitados, se repiten las letanías:

—No puedo creer que se quemó el lustre de la mesa. El lustrador vive en un lugar rarísimo. En la calle Rivadavia y no tengo quién me lleve a buscarlo para que la arregle aquí mismo en casa. M' hija, fíjate en la libreta mía el señor Walter Weinmann que vive en una calle como si te dijera Castelli o algo así. Y mi vestido irá a la tintorería para sacarle la mancha de grasa. Oye, mañana no voy a poder porque viene el que escarda los colchones de lana. Qué horror y esa mesa así no sé, le pondré un

mantel hasta que pueda venir el señor del lustre que es todo un señor elegantísimo. Usa sombrero, con eso te digo todo. Estoy harta de estos almuerzos que se complican siempre y a tu abuelo le da todo lo mismo. De paso al lustrador le voy a dar un cajoncito del costurerito que está flojo y la *marqueterie* se ha ido soltando. Si me pongo a mirar, todos los muebles necesitan arreglo, pero este hombre no puede vivir acá conmigo. Y a ti te veo de mal color hace unos días, color cacatúa. El Marqués de Gastando preguntaba: ¿E perché mía? cuando yo decía cacatúa. Caca túa. ¿Entiendes el chiste?

De grande, cada vez que leía que el Dante o Pavese o Quasimodo escribían "tua" en sus memorables escritos, me saldría: ¿E perché mía?, en un automatismo brusco que seguro resume mi secreto amor por la abuela.

Estamos todos sentados a la mesa con el pan a la izquierda. La puerta del comedor que da a la cocina está tapada por un biombo. Pero el *criiiiiccc* característico anuncia la pronta entrada de Jacobo, fuente en mano. En la derecha, como acróbata chino, una fuente pesadísima con una tonelada de pescado con ojos y bigotes, perfectamente fileteado, abrazado por unas papitas redondas y limones cortados. Lo menos parecido al fondo del mar. En la otra mano lleva una salsera de porcelana que tiembla en el plato ante el incipiente ataque de pánico que el mucamo está por sufrir. Un tropezón, y se tiene que volver a Polonia.

La señora del invitado más importante –que es un señor de la comitiva de la Sociedad Rural Argentina– se llama Perlita y no está acostumbrada a servirse por la izquierda, con el pan a la izquierda y todos esos cubiertos que la oprimen. Mira desesperadamente a los cuatro vientos, buscando señales de cómo se hace para comer con todo ese despliegue de armamento gastronómico frente a ella. Estoy acostumbrada a ver cómo mi familia somete a sus invitados a la tortura de desvirgar la fuente en manos de Jacobo. Le toca siempre a una señora que, por ser diferente a los hombres en fuerza y en todo, entrecierra los ojos deseando no estar ahí. ¿Por qué la ceremonia de la comida tiene que ser un padecimiento? A mí no me gusta comer, y ese pescado vivo pero muerto, con ojos de persona, seguramente repleto de espinas que todos se sacan de la boca con disimulo y van escupiendo en los platitos de pan… a la izquierda, no puede ser de ninguna manera bueno para la salud. Las guerras empiezan así, por una aparente duda, un sometimiento, un no sé. Así después se inventó la bomba atómica, que tiraron desde un avión llamado Enola Gay, que no era un avión homosexual sino algo gravísimo que cambió la historia del mundo.

Perlita está con cara de paseo en la Montaña Rusa, los ojos para afuera como una amiga de la abuela que sufre de "tiroides". Desaforada, va preparando los dos brazos para hacer fuerza con los cubiertos enormes "de

servir". La miro fijo, deseando, como en el fondo uno desea en el circo, que el truco salga mal. Empuja con la cuchara y el tenedor hacia abajo, desesperada por despegar el pez de su base y cortarlo con golpecitos, pero está a años luz de lograrlo. En vez, Jacobo enrojece como un fósforo e intenta susurrarle en polaco:

—Más asssí siñora coidado costado punta de fuente…

Perlita quisiera ser quemada en la hoguera de Juana de Arco. Preferiría estar en la cárcel. Pero, tenaz, lucha contra el pescado. Jacobo va haciendo un *demi plié* doblando las rodillas y con la mano izquierda levanta la salsera para equilibrarse. El pelo del marido de Perlita corre riesgo de teñirse de rosa con la salsa que oscila sobre su cabeza. Cerca del suelo, Jacobo está por apoyar la bandeja en el piso y Perlita al borde de quebrarse una costilla de tanto doblarse hacia el costado. La salsera de porcelana tirita enhiesta en la otra mano de un Jacobo convertido en Estatua de la Libertad. El abuelo me echa una mirada cómplice y siento que me voy a tentar de risa.

—¡Pierdón, siñora, empiesemo de vuelta! ¡Yió le corto piescadó! —aúlla desesperado Jacobo.

En cámara lenta, va levantando primero el brazo de la fuente. Como la pesa de un gimnasio. Cada vértebra y cada hueso se acomodan otra vez, Perlita está al borde de un accidente cerebro-vascular; muy decidido,

el mucamo apoya la salsera en el borde de la mesa y gira hacia otro mueble que hay detrás de él. Recorta el pescado y su "tic" culito- de-paloma acompaña la tarea con ritmo enojado. Presenta la fuente, esta vez, con todo cortadito y desprolijo.

—¡Qué bonito amarillo de otoño tienen los árboles de la placita! —exclama la abuela para distraernos.

Me tengo que levantar porque la risa me atraviesa y me sale con ruido. Cuando vuelvo a sentarme, haciéndome casi invisible para que no me reten, capto con el rabillo del ojo que Perla ha abordado el pescado con los cubiertos del segundo plato. La Tierra va a dejar de girar y se va a desprender del espacio: los cubiertos de pescado descansan ignorantes de semejante error, a los costados del plato de esta pobre señora que no volverá nunca jamás a almorzar a esta casa. Y en la pesadilla de esa noche, la querrá violar una merluza envuelta en una servilleta de hilo blanco con los mismos ojos de Jacobo, mi mucamo preferido.

Las esclavas y el diablo

Llegó el momento obligado de "hacer" la comunión. Una extraña manera de hablar caracterizaba a mis familiares. Decían "dar" clase por "tomar" clase, y "hacer" en este caso, por "tomar" la comunión. Ya vivía yo con mis abuelos, y éste era un reinado en donde lo que se decía, se hacía. Tomando, haciendo o dando. Mi abuela me explicó que yo iba a un colegio "laico", otra palabra de significado oscuro para mi corta edad. Lo relacioné siempre con "lácteo" debido al tambo, que conocía porque iba seguido al campo, aunque no entendía por qué la abuela usaba un tono de desaprobación al pronunciar "laico" en forma peyorativa. Como ese colegio no tomaba en cuenta la educación religiosa como debiera ser, y mi madre había pedido como única condición que el colegio fuera "laico", mi abuela me iba a "anotar" –no a "inscribir"–, en Las Esclavas del Corazón de Jesús de la calle Montevideo, esa calle triste y aburrida cercana a mi casa, para que la mucama pudiera llevarme a "hacer" la comunión.

Así fue como una tarde me encontré agotada después de una jornada de colegio, mirando monjas de cerca. Todas tenían bigotes y algunas, hasta cara de buenas. "Hacían" de buenas y nos obligaban a memorizar el

catecismo. Nos contaban que casi todo era pecado, que el padre era Dios, que el hijo era Dios, pero que eran tres personas distintas junto con el Espíritu Santo, que nos íbamos a ir al infierno, que nos íbamos a tener que confesar, y que en el infierno había un reloj cuyas agujas oscilaban como un péndulo de un lado al otro. De un lado estaba escrito NUNCA y del otro JAMÁS.

Para que nos quedara claro que de ahí no se salía hasta el infinito y que las llamas nos seguirían quemando sin fin y que teníamos que portarnos bien durante toda la vida, nos miraban fijo y nos decían "niñas" pronunciando "níniiiiias" y acompañando todo el tiempo esa palabra con otra: cuidado. De ese modo empezaron las descripciones del Espíritu Santo, que era a su vez una paloma, y dibujos de ángeles y demonios. Hablaban del diablo, de Belzebuth y Lucifer. Lograban aterrorizarme. Yo seguía sin saber qué querían de mí. Las monjas tenían una forma rara de pensar. Muchas veces tampoco entendía las explicaciones de matemáticas, y era parecido. ¿De qué estarían hablando?

Las monjas estaban obligadas a bañarse vestidas en unas bañaderas gigantes, excitando mi imaginación que siempre fue frondosa, hacia una dirección que no conducía precisamente al cielo.

No tenía éxito con mis preguntas:

—Hermana, no entiendo lo del cuerpo de Cristo. ¿Él no es un ángel?

—Niñas, vamos a continuar con la Sagrada Eucaristía en la página 4. Y tú, Carmen, hazle esas preguntas a tu madre que es quien las debe contestar...

—Ella está en la cama y no quiere que venga acá.

—Niñas, ale, vamos a colorear la parte del cáliz en dorado.

Llegaba a mi casa aturdida con esta nueva información. Mi madre, adormecida por los efectos de algo llamado demerol o sedol o similar, no estaba en condiciones de contestar mis preguntas acerca del infierno y sus efectos flamígeros contra los bomberos celestes o acerca de la existencia del cielo dibujado en el juego de la rayuela, y por supuesto tampoco sobre el destino de las llagas de todos nosotros pecadores, despellejándose para y por siempre. Una monja me había contado que su compañera se había quedado dormida mientras rezaba para ayudar a unas "ánimas" a subir del infierno al purgatorio. Me lo decía así nomás, como si fuera normal. Entonces, a la mañana, como había dejado los brazos afuera de las sábanas, al costado del cuerpo, éstos, sus brazos, se habían calentado tanto que el resultado era una quemadura en la tela de las sábanas que reproducía fielmente la sombra negra de los brazos de la monjita. Como cuando se quemaban las tostadas y las tiraban arriba de un repasador.

Cuando llegaba la hora de dormir y la mucama Rafaela apagaba la luz de golpe, yo permanecía largo rato

abriendo grandísimos los ojos. Intentaba no reproducir en mis retinas las imágenes terroríficas que la historia de los castigos a los malos y el fuego eterno del infierno me sugerían. Pero como una flecha punzante entraba la imagen de la monjita con los brazos quemados. Yo peleaba por taparme hasta las orejas, cosa de que ningún pedazo de mis brazos quedara al descubierto y a merced del soplete hirviente del diablo de turno. Si sacaba un brazo afuera para taparme bien los hombros, me asustaba la posibilidad de quemarme instantáneamente y marcar la ropa de cama con el negro de la monjita. A la mañana todos se darían cuenta de la presencia de las ánimas del purgatorio y de sus enojos contra mí que era mala, y a lo mejor me matarían otra vez. Metía los dos brazos pegados al cuerpo debajo de las sábanas como un soldado en posición de firme y con la misma actitud de portarme bien, si me quedaba un pedacito de hombro o cuello afuera, volvía a tironear y me invadía el terror por el brazo quemado. Al cubrirme, y así hasta el infinito, corría otra vez el riesgo espantoso de quemar mis sábanas y ser descubierta.

Cuando *Miss* Helen escuchaba mi llanto, enojadísima, prendía la luz:

—*What the hell is it now?*

Mademoiselle

Entre las flores hermosas que decoraban mi jardín de fantasía, brotó un día otra rara especie importada de Europa: *Mademoiselle* Luz Samitier. La abuela había tomado la decisión irreversible de que yo aprendiera a hablar francés en forma excelsa y pudiese leer a Verlaine y a Flaubert en idioma original y además agasajar a cualquier persona o personalidad que viniera a Buenos Aires de visita a su casa y agggggastrara las eggggес como yo había escuchado en más de una oportunidad. Al cumplir los cinco años, cuando yo todavía pasaba la última temporada con mi madre, la abuela nos convenció de que además de María Mercedes Mujica Morino, que se encargaba de mi formación renacentista en piano y liturgia, yo padecería a *Mademoiselle* una vez por semana y el sábado o domingo. Me acompañaría a museos y a ver películas o eventos culturales. Me machacaría el idioma sin dejarme nunca más hablar una sola palabra en castellano.

—Dale, Mádmua, si vos me entendés —rogaba a punto de tener el paladar lastimado por el esfuerzo.

—Caggmen, *en français, je vous en prie, en français*!!! —con una voz chillona como lechón al que matan para faenarlo.

Mádmua era un personaje salido de un libro de cuentos. Vestía una ropa muy anticuada de telas pesadas, oscuras, en gamas de marrones y morados, zapatos redondos de tacos anchos y un peinado de dama antigua que lucía levantado a los costados formando una banana hacia arriba. Esta especie de escultura de pelo se sostenía con unas enormes horquillas de carey y su raya al costado terminaba en una peineta gruesa que yo le pedía prestada. La había traído de París, de donde era oriunda. Ésa fue la primera peineta que luego haría serie en mi vida hasta que cambié la colección por hebillas. Su cara estaba cubierta de pelusa oscurita, un conejito ralo. Ese vello núbil derivaba en un enorme y franco bigote negro, resistente a todas las afeitadas.

Luz Samitier no era fea, por el contrario, tenía rasgos muy lindos, una nariz armónica, los ojos verdosos bajo unas cejas también peluditas, y linda boca, con forma de dibujito ideal, boca-corazón carnosa, pero igual era rara. El sonido de su voz estridente y agudo punzaba una cuerda como en un violín mal tocado. Creo que aprendí francés en forma velocísima con tal de no escucharla gritar. Pero luego gritaría de entusiasmo:

—*Comme elle est intelligente la petite*!!! *Elle n'est pas du tout bête* —y cuando decía *bêêêête*, parecía que iba a empezar a balar como las ovejas del abuelo.

La imitaba mucho porque era gracioso verla, y arrancaba a veces una sonrisa en mi abuela.

Mademoiselle fue mi primera admiradora, tenía un aprecio genuino por mí y carecía de esa mala intención envidiosa de todas las otras personas de mi casa a las que no había manera de contentar. Por el contrario, Mádmua festejaba como una niña en un cumpleaños, cada vez que yo incorporaba una palabra nueva a mi vocabulario y ya podía preguntar (*est-ce que*?) y negar (*je ne l'aime pas*) y nombrar imitando muy bien la pronunciación, cada uno y todos los objetos inútiles que existen en el mundo escolar y en las librerías: lápices, gomas, reglas, maestras, canastos de papeles, sacapuntas, pizarrones, borradores, tizas, forros (de libros, en esa época no había preservativos en el lenguaje de las niñitas), tinteros, plumas, mapas y compases. Si en ese momento de mi vida me hubiesen abandonado en Francia, hubiera tenido que hacerme entender por medio de este léxico:

—*Moi je veux la gomme pour aller voir le tableaux noir. Où est l'encre, monsieur ? Je n'aime pas les crayons ni la craie. Merci beaucoup, au revoir.*

Y así hubiera seguido perdida como lo estaba en ese tiempo en la vida, sin juegos y sin amigos de mi edad.

—*Allez, Cagggggmen. Mon rêve familier, de Paul Verlaine.*

—Uy, qué opio, Mádmua, no por favor sea buena, *je ne veux pas de la poésie.*

Cara horrible y amenaza de grito:

—*Je fais souvent... allons... qu'est-ce que je fais souvent?... je fais souvent*

—Ufa, *ce rêve étrange et pénétrant...* Mádmua, tengo hambre, bah, *j'ai faim, mademoi... je suis "harte"*—y con un chiste así la hacía reír y me perdonaba.

Recitaba ella sola todo el resto del poema, que yo recordaría para siempre por las inflexiones exageradas y la musicalidad con que decía cada verso.

Mademoiselle vivía sola como yo, y sabía muy bien que yo soportaba mi situación de rehén con dignidad. Pero por las noches, no había poeta ni escritor que pudiera describir la sensación de devastación que me causaba un sofá-cama perfectamente grande, limpio y helado. Muy de vez en cuando, me aparecía la cara de mi madre justo antes de dormirme reflejada en mis párpados cerrados: una luna contenta. Cuando salía de noche por el campo, siempre relacionaría la luna medio llena con el consuelo de ese instante que me permitía dormir por un ratito.

Las desgracias

Mi abuelita divina me obligaba a leer, leer y leer. Me inculcó una idea parecida a que sin lectura, la gente se transformaba en algo peligroso. Había que darle gracias a Dios por estar viva y no había derecho a no leer si teníamos ojos y tiempo libre. Pensándolo bien, no era tonta la vieja, y sabía que podía iniciarme en una adicción de las buenas. El primer libro entero y completo que leí fue en francés: *Les malheurs de Sophie*, con unas ilustraciones bonitas en blanco y negro que mostraban a una chiquita llorando, sola, castigada, o con orejas de burro en un rincón. Me identifiqué mucho con ella: era torpe, hacía todo mal, no conocía a su padre y era sistemáticamente ridiculizada por su madre, a la que yo confundía con la autora del libro. La autora, Sofía Fiodorovna Rostposchin, era conocida como Condesa de Ségur, el apellido de su esposo, quien a pesar de ser conde, era pobre. Esta buena señora se sentía abandonada por su marido como las señoras de todos los tiempos, y habiendo cumplido cincuenta años comenzó a contar historias para sus nietos. Ella escribió, y yo leí a los cinco, un libro sobre las "niñitas modelo" para que el reproche interior de las pequeñas lectoras fuera creciendo como un Alien.

A Perrault, autor de "Caperucita", "Cenicienta" y "El gato con botas", los leía en francés de un libro con ilustraciones efectistas y de colores vivos. Mi abuela me regalaba siempre los libros en francés y desde que aprendí a leer en castellano, Luz Samitier se encargó de adoctrinarme eficazmente y con afecto en los misterios de ese idioma. Dos cuentos de Perrault me marcaron a fuego: "Piel de asno" y "Barba Azul". El primero cuenta el enamoramiento de un padre que quiere a toda costa casarse con su hija, razón por la cual ésta, aterrada, tiene que escaparse con la piel de un asno tapándole el cuerpo. Al final, el padre se cura cuando ella conoce a un príncipe que la va a amar para toda la vida y es hermoso. A mí no me resultaba creíble que el padre quisiera casarse con su hija, el mío apenas me visitaba. No me parecía posible que se quisiera casar conmigo. "Barba Azul" me daba miedo, ponía a sus mujeres a prueba entregándoles las llaves de un cuarto al que les prohibía entrar. Ninguna resistía la curiosidad y cuando él salía de viaje cedían a la tentación. Entraban a espiar y se topaban con sus antecesoras, colgando muertas del techo de ese cuartito.

Mi abuela era un ser necrófilo, le encantaba ir al cementerio, a los velorios en los que el muerto se velaba en la cama de su dormitorio. Comentaba lo fuertes y bien que estaban los deudos porque no lloraban ni hacían escandaletes; eso era propio de gente ordinaria. Llegaba a describir mortajas y orquídeas "preciosas" que el muerto

llevaba en cruz sobre su pecho. Al no tener otra referencia, a mí no me parecía fuera de lo común. Ante sus relatos me subía, eso sí, un ligero viento por la nuca, como piel de gallina alrededor de la cabeza, sobre todo cuando los muertos eran niños o jóvenes. Ella me hablaba muy seguido de una caja guardada en uno de sus múltiples armarios con un letrero escrito y pegado por ella: "EN CASO DE QUE ME PASE ALGO". Un día me la mostró. Estaba en el último estante y era floreada, violeta y larga, imponente en comparación con mi tamaño de entonces. Toda vez que pasé por ese ropero no pude dejar de mirar hacia arriba con la feroz intriga y la esperanza de encontrar allí la solución a todas mis tristezas y la Verdad sobre toda la familia. Un poco más crecida, me imaginé adoptada. No bien me enteré de que en el colegio había una chica que "no era hija" de los padres, inmediatamente me convencí de que ése era el problema: mis padres me habían comprado, y después se habían peleado y entonces mis abuelos me habían llevado con ellos porque ése era el único remedio. Solía observarme las manos y mirar enseguida las de mis abuelos. No se parecían en lo más mínimo. En el espejo no se reflejaba un solo rasgo semejante a los de esos dos señores mayores. Al fin y al cabo, no era hija, sino nieta de ellos. Y así me iba a dormir, sin saber si al día siguiente alguien me reclamaría, si volvería alguna vez a vivir con mi madre, o si me iban a dejar sola en un colegio de monjas, pupila

(qué palabra horrible), para que me educaran en la bondad y generosidad que desconocía por esa genética incierta de la que mi padre era culpable directo.

—Qué fresco tu padre, m' hija. Si vas a estar con esa cara, bien podrías ir a ponérsela a tu abuelo Iriondo que seguramente no te mandaría a un buen colegio y te trataría mal. Tu padre siempre fue débil y muy aburrido. Y dependiente de sus padres. No sirve para nada y tú eres igualita, buscás que te miren todo el tiempo. Ese exhibicionismo (otra palabra extraña) no es nuestro, esa manía es de ellos. Típica de gente del interior.

La caja de flores violetas que con su inscripción casi bíblica –"en caso de que pase ALGO"– llamaba directo a mi curiosidad desde el tope de un ropero, aguantó sin ser violada durante unos diez años más. Ya grande, le ordené a mi novio que hiciera de campana en la puerta principal y, harta de contener la tentación por tanto tiempo, me trepé a una escalera.

—Apurate, Carmen, no seas hincha que me van a pescar a mí —pedía desesperado mi cobarde secuaz.

Bajé la caja y traté de retener la forma del moño de cinta negra que la cerraba, para dejarla igualita. Tiré de una punta, solté la cinta de luto y la abrí. Un trapito viejo, color té, me provocó la primera decepción. Lo tomé con la punta de mis dedos y grité a mi cómplice:

—¿Qué carajo es esto? ¡Vení un minuto!

—No puedo, apurate, qué sé yo, qué te importa, si vuelve tu abuela…

—¡Ya sé! —descubrí de golpe—. Esto es ese trapo que se le pone a los muertos para atarles la mandíbula porque se les cae y queda abierta, ¿entendés? Lo leí en un libro de Poe. ¡No puedo creer que sea esto nomás! ¡Qué pelotuda!

Además, había un crucifijo roto, de carey, que había pertenecido a toda la familia y que ella quería que enlazáramos a sus manos en el cajón. Y un camisón largo. Pésimo gusto. Ninguna revelación. Ninguna carta acerca de mi verdadera identidad.

Cuando mi abuela murió en serio, muchísimos pero muchísimos años después, cumplí su deseo.

—Cuando vayas a visitar a tu madre trata de no darle disgustos, dile siempre que estás muy bien.

Cuando mi madre estaba "bien", teníamos algunos juegos que nos acercaban mucho. Entre nosotras estallaba muy de vez en cuando una intensa complicidad que me hacía suspirar feliz. Este juego no se parecía a ninguno de los que jugaban mis primas o mis amiguitas. Lo único que sucedía era que teníamos muchas ganas de reírnos y no lo hacíamos. Nos aguantábamos la risa a propósito y las amigas de mi abuela le llamaban a este estado "sentido del humor". Mami torcía la boca de labios gruesos para ambos lados produciendo una "zeta" exagerada. A veces quedaba como una loca. Me había enseñado ese gesto difícil cuando yo era muy chiquita. La gente se asustaba cuando lo hacía. Lo que yo buscaba reproduciendo "la morisqueta", como la llamaba mi abuela, era llamar la atención y además acordarme de mi mamá.

—Te va a dar un aire —me advertía seria la abuela— y vas a quedar así para siempre.

—¿?

"Un aire" era otra de las amenazas bélicas de mi abuela. Me lo decía cuando me ponía bizca, cuando sacaba la lengua, cuando hacía pruebas acrobáticas para las que

era dotada y cuando hacía morisquetas. Por suerte, gracias al Niño Dios de la Tía Pepi, nunca me pasó nada.

Lo cierto es que cuando Mami estaba de buen talante, empezaba a hablarme con los labios torcidos y con los costados de la boca en forma de zeta y yo le contestaba enseguida de la misma manera. La rutina seguía siempre igual y me ponía muy contenta: Mami comenzaba a hablarme en letras mudas, lenguaje que yo había aprendido y memorizado rápidamente. No me daban los ojos para seguirla porque lo hacía a toda velocidad:

—(En letras mudas.) ¿Qué hay en tu pie?

—Za-pa-to —tropezaban mis dedos torpes pero la zeta la hacía sin manos, con la boca sola.

—¿Cómo es un boludo? (siempre en letras mudas)

—No sé…

—Zo-pen-co. Boba. ¡Pum con la escopeta!

—Ca-za.

—(Aplauso.) ¿A los costados de la ruta?

—Mmmmm… ¡Zan-ja!

—¿Pizarrón?

—¡Ti-za!

—Bien. Te azuzo como Zaratustra con un lazo en un pozo zen.

—(Desesperada.) No entiendo. ZA-PIO-LA!!!!

Y ésa era una manera de despertar la alegría que todavía quedaba en ella y que yo habría de seguir descubriendo a lo largo de mi historia. Esa boca torcida que

no era de payaso era un secreto que mi mamá y yo compartimos con el orgullo henchido de saber que nadie era capaz de deformar la boca hasta ese punto.

Padre que se bifurca

Mi padre había logrado dejar a mi madre gracias a los oficios de una señora que ya iba por la tercera pareja y era lo más parecido a Eva Braun que encontraría en el futuro en láminas y fotografías. Lo supe mucho tiempo después, cuando la palabra "concubina" había sonado mil veces ante alguna pregunta mía acerca de él. Mi abuelo me decía que jamás, mientras él viviera, iba yo a conocer a la concubina de mi padre, que era prostituta, que tenía un hijo con otro señor que no era su segundo marido, y que el día que yo la viera, él, mi abuelo, se mataría. Que sus abogados le quitarían de inmediato la patria potestad a mi padre. Yo quedaría solamente con ellos que eran los únicos que se habían ofrecido a ocuparse de mí. Todo esto gritaba tirándose de la camisa, reventando sus botones y tratando de quitarse la corbata sin éxito, ajustando cada vez más el nudo.

—¿Qué puedes esperar de tu padre? Es hijo de primos hermanos, eso es peligrosísimo.

—¿Por?

—*In breeding*. Eso es lo que pasa con los animales, los defectos aumentan porque los llevan en la sangre y todo lo malo se multiplica; por ejemplo la nariz grande, o ancha o si eres tarada.

—¿Y yo?

—No parece por ahora. Pero tienes que esperar.

Los padres de mi padre eran primos hermanos. La madre vivía en Santa Fe y el padre en Buenos Aires. Se conocieron de jóvenes y se enamoraron enseguida. Según mi abuela materna, haciendo caso omiso de que es medio pecado, se casaron igual y tuvieron tres hijos.

—Conozco a una señora que se casó con el tío carnal y tuvo tres hijos con problemas gravísimos, uno se murió.

—¿Cómo con el tío? ¿Como yo con Gustavo?

—Sí, ¡has visto qué horror! —exclamaba mi abuela.

Ser la nieta de primos hermanos me hacía pensar en un líquido que corría por mis venas y que no era rojo ni era sangre. Tampoco podía precisar si era veneno. Un rasgo especial que podía notarse y que por lo tanto era mejor ocultar y que a lo mejor explicaba esa falta de amor tan marcada. El apellido de mi padre se repetía dos veces, y a mí me sonaba como esas historias del "gran bonete" que cuentan callejones sin salida y generan mucha impotencia al no poder resolver una pregunta repetida al infinito. *De* (¡preposición!) *Iriondo de Iriondo de Iriondo.* Cuando mi padre entraba a alguna comisaría por sus travesuras etílicas, el comisario que tomaba la declaración, sentado frente a una vieja y ruidosa máquina de escribir, se enojaba muchísimo ante la reiteración del apellido.

—¿Su nombre?

—Urbano Ramón José de Iriondo de Iriondo.

—¿Nombre del padre?

—Urbano de Iriondo.

—¿De Iriondo con "d" mayúscula?

—¡No! Preposición. "De" preposición.

—No me falte el respeto. No sé que es eso. ¿De la madre?

—María Teresa de Iriondo.

—¿Nombre de la madre?

—María Teresa de Iriondo.

—¡No me joda! No se haga el vivo. Nombre de la madre.

—De Iriondo, María Teresa.

—Va a terminar mal. ¿Quiere quedar detenido? Le voy a dar a usted, preposición. Tenga cuidado que la cárcel no es cómoda, hay ratas y cucarachas, señor.

***

A mi papá lo veía muy poco. Mis abuelos trabajaban eficazmente para que yo me olvidara de su existencia y jamás pensé en pedirle algo para mí. Pero la constante, en los encuentros con mi padre, fue la risa. A pesar mío, casi todo lo que él decía me causaba gracia. De pronto me encontraba sonriendo y festejándole los chistes que inventaba con prolífico ingenio. Era, sobre todo, un excelente imitador. Se convirtió sin saberlo en mi maestro de teatro. Me enseñó a mimetizarme detrás del absurdo de personajes y estilos y a olvidarme por un rato de quién era yo.

Papi adoraba a las *vedettes* del teatro Maipo. Contaba que conseguía entradas en la primera fila desde que usaba pantalón corto y pantorrillas peludas. Sabía reírse de sí mismo, en esas posiciones ridículas que adoptaba a veces en la vida. En el teatro de revistas memorizaba diálogos, *sketches*, rutinas y bailes varios. En cuanto podía, aprovechaba para poner en escena sus descubrimientos. En cumpleaños, almuerzos, fiestas en el hipódromo (del que era asiduo visitante), asomaba una media de hombre y una pierna flaca detrás de alguna puerta, y estirando la patita cantaba:

"Todas llevaaaaamos desde niñas / en nuestro pecho un ideaaaaal..."

Con pasos grandes y cruzados, se dirigía a sus espectadores imaginarios y despertaba alaridos y carcajadas, sobre todo en mis tías, que siempre festejaron nuestras bromas. Antes de su actuación explicaba que lo que sostenía imaginariamente en sus manos era un espejito redondo de cartera, y con ese objeto iba enfocando a cada hombre "del público" y cantaba con picardía:

"¿Es usted? No, no, no es él/ ni aquél otro tampoco, no,/ ¡es aquél!"

Mi abuela me llevó al Teatro Colón a ver mi primer ballet a los cinco años. El mágico parque con arbolitos y cercos, que apareció ni bien se abrió el telón, me produjo inmediatas ganas de vivir ahí y hacer de cuenta que era el jardín de mi casa. Súbitamente, como un aerolito, entró a

escena un bailarín con una calza clarita apretadísima y un bulto inmenso como no se ha visto bulto más abultado en la historia del arte. Pegué un grito:

—¡Uy!

—Ves, m' hija, eso es un *entrechat-quatre* —me tranquilizó la abuela.

—¿ESO se llama así? ¿¿¿Ese coso enorme es un anchacá???

—Es el dios Pan a la búsqueda de las musas. ¿Ves? Las de atrás que andan con una arpita.

—¡Abuela! —trataba de no levantar la voz—. ¿Qué tiene ahí? ¡Qué asco!

—Shhh. Te callas. Mira que bonita escenografía con plantas y montañas...

—¿Pero de veras es eso? ¿Eso que le aprieta?...

—Si sigues paveando te voy a encerrar en el antepalco.

Volvimos a casa envueltas en un silencio con ruido y supongo que, para elaborar la visión, comencé a imitar al dios Pan frente al espejo. Trataba de copiar su falsedad, su aplomo y señorío para caminar con las puntas estiradas, el puño sobre el pecho con aire de enamorado de la bailarina, su hipócrita humildad para dejarla saludar a ella adelante y, finalmente, que era lo que mejor me salía, la reverencia y posterior desaparición por una caja del escenario, salto abrupto e inesperado mediante y cara de sentirse el más divino ser de la tierra.

Cuando "debuté" con el personaje del bailarín en la casa de la calle Esmeralda frente a Mamita Tere, me puse un bollo de servilletas ataditas haciendo de bulto. Desperté aplausos rabiosos que yo confundía con amor profundo. Seguía, en general, a pedido del público, con una chica santafecina llamada Nelly que estudiaba canto popular en la ciudad de Santa Fe. Ponía la boca como un culito de gallina y decía las vocales todas distintas de lo que eran. La "a" era "euh" la "u" era "iu" y la "e" una "aehhh". Las canciones, muy nasales pero afinadas se escuchaban así:

"Euhres queme une espiniiiteuh que se me ha cleuhveudo en el carazeooon..."

También había un lado oscuro en la luna paterna. Mi papá me enseñaba canciones soeces a una edad en la que yo no tenía demasiados recursos para entender de qué se trataban y por qué suscitaban incomodidad en la gente cuando yo las cantaba. La orden venía así: yo tenía que cantar "al chiribiribín/ al chiribiribín/ al chiribiribín y al chín". Y él decía, según la imitación de un trío de españoles:

"Señores de sociedad": (cito NO de memoria)

"Un mono enamorado de sí mismo, dedicóse con furor al onanismo..."

Los recitativos tenían moraleja y ésta en particular concluía:

"Para el opio, el mejor remedio es el amor propio."

O bien:

"En China un mandarín usaba en el sobaco un peluquín,

"Y (no sé quién) en Calcuta..." (y aquí se terminaba con esa rima obvia).

También existían la señora de Pérez y sus hijas que comunicaban al público secular y sacerdotal:

"Han abierto un taller de chupar..." (en este caso la rima era con hijas).

"En la calle Santiago del Estero" (rima con clero).

Pese a todo, esto era para mí lo más próximo a la alegría y al cuidado de mí que podía ejercer un papá.

Volvía un domingo a la tarde de pasear con mi padre y la abuela me hizo la pregunta de rigor:

—¿Adónde te llevó tu padre?

—A un lugar divino lleno de puentecitos donde jugábamos pasando por encima de unos arroyitos de agua. Y había todos caballos en un camino en redondo, era genial...

—¡Al hipódromo! Tu padre está completamente loco, te ha llevado al hipódromo. Vas a ser jugadora de grande. ¡Vas a ir a la ruleta como tus tíos! Voy a hablar con el abogado, esto es un espanto.

—A mí me gustó —protestaba yo desconcertada ante la reacción de la abuela.

Nunca más iría al lugar de los puentecitos tan parecido a la escenografía que había visto en el Colón. Tampoco entendería por qué los caballos del campo eran buenos y los que corrían carreras, malos. Como yo.

Personajes

—¿Por qué los mucamos no comen con nosotros? —preguntaba yo sabiendo que me metía en terreno pantanoso.

—Mira, m' hija, hay cosas que son así y tú tienes que saber que no se puede hacer lo que a uno le da la gana. Yo siempre te digo igual que trates al servicio como si fueran de tu familia porque hacen todo lo que a ti no te gusta, pero de ahí a comer con nosotros... es más difícil.

—Bueno, pero Dios dice que somos todos iguales y que tendríamos que lavarles los pies a cualquiera y no hacer diferencias. La monja dice que es más difícil para los ricos ir al cielo que encontrar una aguja en un pajar. ¿Qué será "pajar"?

—A ésta le hizo mal que Ernestito la alzara en el cumpleaños de la tía Justa —interrumpe el abuelo—. Tiene el tema fijo de los ricos y los pobres, va a terminar mal...

Resulta que cuando mi tía Justa Lynch cumplió 100 años fuimos todos los de la familia a visitarla. Era una viejita de pelo muy blanco y ojos bellos, que todavía bordaba sin anteojos y se reía muy contenta, parienta muy cercana del padre de Ernesto Guevara, el que después

sería el heroico "Che", que a su vez era tío segundo mío. Cuchicheaban mucho acerca de ese chico porque cuidaba enfermos y era raro porque le gustaba la política. En el cumpleaños de la tía Justa, parece ser que me levantó en el aire con los dos brazos estirados muy cerca del balcón para jugar conmigo. Todos le gritaron que tuviera cuidado porque me podía soltar. Mi abuelo me dijo que yo me reía muchísimo y que nos habían sacado una foto. Hacían siempre chistes en la familia sobre esa escena. Cuando me rebelaba, cuando peleaba por algo que me parecía injusto...

—Abuelo, ¿tú sabes qué es "pajar"? En mi colegio hay chicas que no tienen mucamas y que las madres hacen todo en la casa. Cocinan, lavan y a mí me gusta más.

—Nosotros no somos tus padres —observaba secamente corta la abuela.

—Se ve que Ernestito la contagió con el virus revolucionario... Pobres los padres, que querían que fuera un médico serio. El comunismo es un desastre mundial. Pero a la chica las monjas le meten cosas en la cabeza, no la mandes más a religión —se divierte el abuelo mientras la abuela gira sobre sus talones y hace mutis por la puerta del comedor.

—Se enojó. Me parece que con lo de las monjas, no sé. Ven que vamos a inventar algo para hacer. Me tienes que pasar a máquina unas cosas de las ovejas.

Eso sí que me gustaba. Una Smith Corona con aspecto de tractor que picoteaba con las teclas como un pájaro carpintero. El abuelo me había enseñado a escribir de chiquita para ayudarlo. Y era de las pocas situaciones, además de estar en los escenarios, que me hacían sentir importante.

* * *

Algunas personas eran más importantes que otras. Pero no por "paquetas" sino por un rasgo inadvertido para mí, pero que a la abuela la inquietaba lo suficiente como para volverla "chupamedias".

—Hoy viene Manucho a almorzar —anuncia la abuela con la voz levemente cascada.

Demuestra cierto nerviosismo con determinada gente que visita la casa. Está más pendiente del jugo de tomate para antes del almuerzo, de conseguir "alverjas" bien verdes para acompañar el peceto cortado en rodajas finitas o para flotar dentro de unas cazuelitas con crema y huevo que hacen exclamar ohes y ahes a los comensales. Yo nunca los probé. Ni sé quién es Manucho. Pero le dan un trato especial.

—Tú, si quieres, puedes comer en la cocina con los mucamos —agrega y me da la razón: está nerviosa y me invita a no molestar.

Manucho viene seguido a almorzar. Lleva un bastón con una bola grande de color colmillo de elefante y se apoya sobre él. Tiene los dedos peludos y flaquitos, manos lindas y habla mirando hacia arriba. Usa un anillo que es un escarabajo. No veo nunca hombres que los usen y me divierte mirarlo mientras acompaña sus dichos con la mano del anillo. Parece un actor de teatro. Siempre creo que las cejas pobladísimas se le van a meter adentro de los ojos. Parece que también escribe libros y eso es lo que la pone nerviosa a la abuela. Otro detalle que me atrae de él es que tiene la letra más linda del mundo. La buena letra es una de mis obsesiones. En el colegio tenemos Caligrafía y esos renglones grandes me entusiasman más que cualquier juego de chicas "de mi edad".

—Dicen que le copió la letra a Larreta —asegura la abuela sin aclararme nada.

El mucamo polaco está más ansioso que de costumbre, se le nota en la repetición del tic. Trato de no mirarlo pero se me van los ojos y cuento las veces que lo hace y cuando no lo hace creo que se curó. Pobre Jacobo, no hay nadie, nadie familiar en su mundo. Salvo nosotros. Tiene cara de malo pero es divino conmigo. El abuelo llega temprano para el almuerzo.

—Hoy tenemos para el almuerzo la pluma y la palabra —comenta riéndose.

El ascensor se detiene con un ruido seco. Inmediatamente el palier se inunda de una particular algarabía: demasiada exageración, risitas falsas.

Irrumpe Manucho acompañado por un matrimonio infaltable que viene siempre a casa. Manucho usa capa, como San Martín, pero hoy no la trae puesta. Después, como siempre, subirá un señor solterón llamado Francisco que no se casó nunca según la abuela porque es muy prolijo. Y otra señorita muy vieja, pero señorita, que se llama Carmucha. A mí ni me miran ni me saludan. Escudriño muy entretenida este clima tenso.

Devoran unos canapés asquerosos y toman jugo de tomate que parece la sangre de Drácula.

—¡Qué buen tomate, Carmencita! —exclama Manucho—. ¿Es enano?

Están del tomate todos. Los tomates no son enanos, ni la "*ciboulette*" es enana, ni el limón es "gentil" ni el jazmín es del "país". Me tienen harta. Pasamos a la mesa previa apertura ceremoniosa de las dos puertas que dan al comedor.

—Istá sirvvido —nos invita y redunda Jacobo.

—Tú, Manucho, en la otra cabecera. *Merci*. Tú, m' hija, al final cuando todos se hayan sentado, te sientas ahí bien calladita.

Blá bla bla, comen los huevitos en cazuela. Le digo a Jacobo por lo bajo que no me gustan y devoro el pan roseta caliente mordiéndolo desesperada.

—¿La chiquita vive a pan? —pregunta Manucho—. Es graciosa con ese flequillo y la trompa. ¿Lees?

—Sí. Me encanta. *Les malheurs de Sophie* y *Robin Hood*.

—¿Vieron que Mallea tiene papada? —pregunta Manucho.

No sé quién es Mallea y qué es "papada". Supongo que se empachó con papas.

—No empecemos —pide el solterón—, miren que va a venir el hindú de Victoria y nos va a retar por criticones. (Otra adivinanza para mí.)

—¿Leyeron el último de Adolfito?

—Sí —contesta la abuela—. Es un espanto cómo cuenta sus amoríos, pobre Silvina. No le puede hacer gracia a nadie. Qué nos pueden interesar las señoritas con las que sale…

—Carmencita , no es él, es el personaje de la novela —la corrige con cierto fastidio Manucho.

—Ahí los que escriben en serio son Borges y Silvina —habla por primera vez mi abuelo.

—Me han traducido *Misteriosa* al francés.

—¡Qué maraviiiiilla! —muletea la abuela.

—¿Vieron que "ya saben quién" vive con un señor? Dejó a la querida en un departamento espléndido y con una renta mensual y se enamoró de otro hombre.

—*Attention avec la petite, je vous en prie.*

Inmediatamente me conecto. Esto suele ser como un pie dado en el escenario de un teatro. Sé que ahora viene la parte jugosa.

—Bueno, no tiene nada de malo. Patea para el monte, no va a ser ni el primero ni el último —dice Francisco algo colorado.

—No, no lo digo porque esté mal —se apura la abuela dirigiéndose al señor prolijo—, lo peligroso es que el novio se le va a quedar con toda la fortuna. Un clásico.

—¿No les parece que Victoria en *Sur* se está llenando de gente que no le conviene, de escritores que no piensan como uno? —intenta otro tema la solterona.

—Bueno, Carmucha, si es así mejor. La literatura es un poco eso, más mezcladita, más democrática, hay lugar para todos —le contesta Manucho y se frota el anillo contra la pierna del pantalón para lustrarlo.

—Hay que dejar que todos escriban.

—No es cuestión de "dejar"—se enoja el abuelo—, es cuestión de escribir bien.

Jacobo entra muy colorado. Le dice a la abuela (creo ver un agujero en su guante blanquísimo por donde asoma un dedo índice muy gordo) algo al oído, la abuela suspira preocupada, yo pienso que otra vez Mami se cortó las venas y ella anuncia:

—Ha habido una tragedia. Se hundió la isla flotante. Por suerte tengo ensalada de frutas.

Con la tal Victoria a la abuela le pasaba lo mismo. La esperaba temblorosa y abría la puerta de calle antes de la hora del almuerzo. Quería parecer tranquila pero no se quedaba quieta hasta que aparecía una señora como todas, pero con una particularidad. Entraba con anteojos negros y los marcos de los anteojos eran blancos. Grandota, con un vozarrón importante, preguntaba:

—*Ça va?*

—Hooola. Qué buena moza estás. ¿De dónde vienes?

—De luchar contra la gente. (¿Sería una soldada?)

—Silvina Bullrich es pava —decía sonriendo—, les voy a contar la última.

—M' hija, ¿por qué no vas a ver si Jacobo tiene algo para ti? —la abuela creía que yo era tarada.

Querían hablar de los amores de todas ellas y criticarlas...

Vuelvo al comedor y están sentados. Victoria lee un papel escrito a máquina. Espío. Es un poema. ¡Es un poema mío! ¿Quién se lo dio?

—"Estoy desando morir/ y me querría quitar la vida que Dios me ha dado./ Pero me pongo a pensar/ qué por qué lo voy a hacer/ siendo tan grave el pecado." Victoria lee fuerte y yo tengo una sensación doble, de orgullo y miedo por las caras que veo en los comensales.

Pero el tema cambia. Mi poema queda apoyado en la mesa junto a sus anteojos de marco blanco y a unos aros

con perlas enormes que se ha sacado quejándose de que la lastiman. No me puedo concentrar más. Espero que me diga ALGO. La abuela habla de las patitas *villeroy* y de qué caras que están las trufas, el abuelo come con ganas, Carmucha pregunta por la "Nena" Gándara y yo como pan. Espero.

El almuerzo se me hace eterno. Cuando nos levantamos, Victoria se acerca a mí y me da el papelito con mi poema. Los mira a los abuelos y con su voz grave los previene:

—Cuídenla.

Réquiem del cisne

La abuela está de luto. Parece el cuervo de un dibujo animado que siempre veo. La cara blanquísima con los eternos anteojos que ya parecen una parte de su nariz. Cuando anuncia que va a usar una camisa gris ¡zas! otra vez una muerte y toda de negro.

Deduzco que aquella tarde de domingo, el fallecimiento era de alguien cercano, pues estábamos las dos en el Teatro Colón, ella de riguroso negro. Una cintita negra cruzaba la solapa de pana de mi tapadito de lana verde. Estábamos sentadas en un lugar que parecía una nave espacial. Se llamaba palco "*baignoire*" debido a su forma de bañadera. Eran palcos cerrados al exterior por medio de una ventana oscura, cerrada por algo parecido a un mosquitero.

Nadie debía ver a una familia de duelo en plan de diversión. Lo lindo era que estábamos igual muy contentas pese a que alguien querido había muerto. ¡Pero lo importante era no ser vistas y sorprendidas con una sonrisa o con un entusiasmo!

—Lo que vamos a ver es *Lago de los cisnes* —me comunica la abuela ante mi absoluta fascinación con el cubículo cerrado y el telón desmesuradamente rojo y bordado que caía como plomo ante mi visión, desde

abajo borrosa. Las bañaderas estaban por debajo del nivel del suelo, de allí que mi mirada estuviera hundida y se dirigiera al cielo. Un palco muy bajo. Un palco-cárcel clausurado por rejas.

—¿No es la "Muerte del cisne"? —pregunto distraída.

—M' hija, no. Ése es un solo. Éste es un precioso *ballet* con todo el cuerpo de baile en el escenario. Te tiene que encantar.

Me asusta que nos descubran allí adentro. Seguramente estamos en pecado porque no nos importa nada de la señora que murió. Escucho a la abuela decir por lo bajo algo difuso sobre un príncipe llamado Sigfrido que se enamora de un cisne.

—Cuando Papi me lleva al lugar de los puentecitos, hay cisnes en el lago. Son como patos con cogotes largos.

—¿En el hipódromo? ¡Qué horror, qué bestia llevarte ahí! Tu abuelo va a hablar con el abogado, creo.

—¿Y por qué Sigfrido se enamora de un pato? ¿La gente se enamora de los animales? Tú me contaste de Leda y el cisne por ese cuadro que hay en...

—Shhhhhh. Cállate —interrumpe—. No preguntes pavadas —se fastidia otra vez la abuela.

Cuando se abre el telón quedo sin aliento. Demudada por el impacto de una luz azul y misteriosa que transforma el escenario en una noche peligrosa. Detrás

de las luces, árboles con perspectiva y un espacio donde aparece un lago. Con agua que ondula y brilla. Intento digerir semejante belleza, y de pronto el escenario se cubre de cisnes igualitos, blancos, plumosos, que parecen de verdad. Pero tienen zapatillas de punta como las que me regaló mi tío Gustavo. Y parece que fueran a volar.

Las bailarinas, idénticas entre sí, se mueven como los soldados de los desfiles a los que también me obliga a ir la abuela. Parejitas, igualitas. Pero lo hacen como pájaros de la noche. Me dan ganas de llorar.

—La música es de Tchaicovsky, m' hija.

No alcanzo a escucharla bien. Entra la bailarina principal, tiene coronita de más plumas y más brillantes, y el tutú es más frondoso. No cabe dudas de que es la mejor y se desplaza como si no tuviera pies y estuviera en un tapete movedizo. Tengo taquicardia y ganas de hacer eso en vez de vivir con los abuelos.

—Ella es Odette —me comenta la abuela en secreto.

—En el jardín de infantes hay una chica Odette...

—Shhhhhttttt. Haz silencio que se van a enojar.

Algo que entra por la transparencia de la ventana de la *baignoire* me sobresalta. Al principio no logro darme cuenta de qué es. Una amiga de la abuela que usaba malla de dos piezas me produjo la misma sensación. Le faltaba el ombligo debido a una operación estética (¡se lo tenían que volver a hacer!). Ahora tardé en

darme cuenta de qué era lo horrible que sucedía ante mis ojos.

Me lleva unos minutos ver un hilillo de sangre muy finito que desciende por la media color carne de la bailarina que ya no es un cisne para mí. Quedo captada por esa lombriz muy colorada que va haciéndose camino desde la entrepierna de esta primera estrella, la mejor, la cabeza de compañía, hacia la cara interna de la rodilla. De dónde surge la sangre, me pregunto. Percibo que no debo decirlo porque todo lo de ahí abajo termina en que Dios me va a castigar. Ya no puedo mirar el laguito, el brujo, el príncipe que tiene lo mismo allí abajo que el dios Pan. Lo único que me gusta mirar es ese hilito de sangre que baja cada vez más y se hace un poquito más ancho. Está muy lastimada, pienso. Pobre.

—Mira, mira allá cómo pasan los cisnes por el lago. ¡Qué lindos brazos! —señala la abuela para distraer mi atención. Me doy cuenta de que vio lo mismo que yo y está aterrada.

—¿Tiene algo ahí la bailarina? —cuchicheo con timidez.

—Ella ahora se va a transformar en Odile.

—¿Qué quiere decir "odil"?

—Te callas la boca. Siempre lo mismo contigo. Menos averigua Dios, y perdona.

—Pero el cisne tiene sangre en la pierna y se va a morir como en la "Muerte del cisne".

—Mira, m'hija, de acá no nos podemos ir porque nos van a ver, así que te callas ya —me secretea impaciente.

—Bueno, pero la bailarina tiene sangre en la cola y se puede morir.

El hilo se transforma en cordón y le toma la otra pierna. Igualmente parece estar contentísima levantando sin parar la pierna de atrás en lo que se llama *arabesque*. Yo lo sé por mi clase de danza. De la bombacha cavada de raso blanco, surge como un manantial. Más sangre. No quiero mirar. Le tomo la mano a la abuela y le susurro:

—Tengo miedo.

—No seas pava. Por favor. No le pasa nada —contesta, y ante mi asombro se tienta de la risa.

La primera y única vez en que la abuela no puede contenerse. Se sacude y parece que se fuera a ahogar.

¿De qué se reía la abuela? Cuando la volví a mirar en la oscuridad de ese palco fantástico, descubrí el parecido que tenía con mi mamá: reían igual.

Eme a, ma

Juego a la vez que repto en el piso del cuarto del abuelo. Lo veo, desde esa posición, como a un gigante. Sentado en su silla de siempre frente a la mesa de trabajo. La pierna derecha cruzada sobre la izquierda, dejando a mi vista la suela sucia con bosta de vaca de una bota vieja, pero de muy buena calidad, de cuero marrón. Le siguen para arriba unas bombachas de campo confeccionadas con la típica tela que se compra en los almacenes de ramos generales, y en cuanto me dispongo a revisar su camisa con la vista, me invita a treparme a sus rodillas.

—Ven. Ven arriba mío así te enseño a leer.

Con su ayuda, me siento en el hueco que dejan sus piernas en forma de 4 y estoy muy instalada y entusiasta con el desafío. Mi abuelo dibuja con la velocidad del rayo. Es un mago del lápiz y del color. Rápidamente le da forma a una letra "A" y le va agregando cara, pelo, bracitos, piernas, expresión hasta que representa para mí una personita, simpática y amiga.

—¿Cuál es esta vocal?

—Ay, abuelo, la "A" —respondo algo ofendida por la obviedad de la pregunta.

—¿Y a qué consonante busca?

—A la "M".

—No, a otra más difícil —pide siempre exigiéndole a mis cuatro años.

—A la que es una lombriz. La "S".

—¡Bien! —inmediatamente aparece la S como en una bandeja de revelado de fotografías, pero hecha por su propia mano. Le hace sombrero, barba, ojo de perfil, pestañitas, falda plisada, soquetes, mocasines y una cartera. La dibuja varias veces como si cobrara vida y corriera desesperada hacia su compañera. La coloca al lado de la A y antes de que él dude que yo sé, grito:

—SÁ. Y si no, AS.

La tarde va cayendo con MÁS, ASA, ASMA, MASA, y oscurece con una luz muy bella que hace gala al descubrimiento más importante que tuve en esos años de infancia: me podía meter palabras dentro de la cabeza y decirlas de otra forma que no fuera hablando. Podían resonar adentro de mi mente como si fuera el eco de un pozo de agua. Como cuando gritaba adentro del aljibe... Se podía inventar un sonido, buscarlo, imaginarlo, juntarlo, escribirlo y ¡leerlo!

Una vez más, el abuelo me había regalado algo nuevo. De las pocas cosas que me hacían sentir querida y contenta. Junto a mis escarabajos, choclos, caballos y pajaritos.

Experta en desciframientos, esta nueva forma de investigar con las letras me llenaba de excitación precoz. "CA...B...A...YO", "PE...NA"..."SSSSSSOO...LA", "MAMI".

Estaba tan agradecida con él que aprendía con rapidez supersónica a leer letras difíciles y a intentar escribirlas quebrando mina tras mina de sus preciados lápices. Me costaba mucho trabajo y seguía el movimiento de mi mano con la lengua.

—No escribas con la boca, escribe con la mano y la boquita cerrada...

—¿Cómo se pone "K...IE...RO"?

—Eso es difícil, después te voy a enseñar. ¿Qué quieres escribir?

—"TE KKKK...IE...RO".

Los ojos del abuelo se inundaban de rocío como el de la mañana temprano arriba del pasto verde azulado. Y yo sentía que también "kería" a la abuela cuando de noche me dejaba pasarme a su cama. En la penumbra iba a tientas a buscar su puerta, asustada por la posibilidad recurrente de que me dejaran sola.

—Abuelatengomiedo —lo decía siempre igual, de una vez, como una letra.

Ella, demostrando que había en su corazón un lugar enigmático de calor que aparecía en raras oportunidades, abría las sábanas del otro lado de su camera, en donde siempre durmió sola. Como estaba tan dormida, estaba blandita y buena. El gesto que hacía con el brazo era generoso y mientras duraba ese instante suspendido en el aire de mis temores, yo sabía que ella me amaba y me estaba permitiendo entrar al sitio más misterioso y parecido a ella: la intimidad cálida de la soledad de su cama.

Ortodoncia

Cuando nací, me abrieron la boquita y notaron que las encías de abajo cubrían las de arriba empujando una trompa sospechosa hacia delante. Esta condición se llama "prognatismo", según mi abuelo. En los animales, especialmente en las ovejas que él criaba, es suficiente para sacrificarlas de una cuchillada en la yugular. La razón de tanta violencia es que se sabe que van a tener problemas serios para alimentarse, los pastitos patinarán entre los dientitos mal emplazados, y morirán de todas maneras.

Mi abuelo tenía como profesión la crianza de ganado lanar. Junto con el dibujo y la pintura, era una pasión obsesiva que atenuaba con teorías racionales. Con ellas sostenía el amor por la lana *versus* el desprecio por el *nylon*, la nobleza de estos animalitos; a la vez, opinaba que las ovejas eran pelotudas. Las ovejas para la Cabaña crecían y eran mimadas con muchísimo esmero ya que competirían con otras en La Exposición Rural cual si fuesen modelos de esas que caminan por las pasarelas dobladas para atrás. Que les brillara la lana, que tuvieran tal o cual ondulación y color, que la proporción áurea entre los cuartos y la cabeza y finalmente... que los dientes fueran perfectos y cerraran correctamente. Al no existir ortodoncia para ovejas, los lanares prognáticos eran boleta.

Yo, recién nacida, prematura, ridículamente leve, azulada por la falta de oxígeno, era, por consiguiente, candidata al matadero.

—Mejor no nos encariñemos porque se va a morir, es demasiado chiquita y tiene mal color —parece que comentaba mi abuelo ante la visión de aquel bebito peludo y poco atractivo.

Mi madre contaba su parto con hondísimo dramatismo. Había caminado hasta el sanatorio, distante a más de veinte cuadras, chorreándole por las piernas las aguas de la bolsa rota. Como una india, sin la compañía del "monstruo de tu padre", que tenía algo más importante que hacer en ese mediodía. Sola, según ella, sola y asustada. Mi abuela por su lado contaba que había tenido que acompañar a mi madre en taxi ya que "el monstruo de tu padre" no estaba y la ruptura de las aguas anunciaba un parto prematuro y a lo mejor la muerte del bebé. Mi abuelo contaba que yo, por prognática nomás, hubiese quedado descartada en la cabaña de ovejas y además le daba miedo lo mínima que era mi talla. Por fin mi padre contaba que él había estado en el sanatorio todo el tiempo junto a mi madre y que siempre había querido tener una hija mujer. Decía que yo era divina desde chiquita. Menos mal que la verdad absoluta es un invento de la imaginación y de las religiones. Las fotografías muestran a una beba bastante satisfecha, trompuda, seria, con algo de adultez en el entrecejo fruncido.

Las distintas versiones siguen con una historia de amamantamiento prolongado por parte de mi madre. Con jactancia, oponiéndose a su propia madre que la tuvo que destetar por padecer una mastitis. Por lo tanto, mi mamá decía que había mamado pus en vez de leche y que mi abuela siempre había tenido mala leche. Mi versión es que en vez de leche pura, mamé Camel sin filtro. Mi madre era una empedernida fumadora de cuatro paquetes de cigarrillos diarios hasta que logró morirse, bastante joven. También succioné whisky en las rocas, Mami disfrazada de loba buena al estilo Rómulo y Remo, pero loba al fin. Sobreviví gracias a una enfermera diplomada en bebés prematuros que hablaba en irlandés y que acompañó a mi madre a la casa. Si hubiera sido por ambas, habrían seguido juntas hasta mi entrada en el colegio secundario. La una haciéndose cargo de lo que hubiera debido hacerse cargo la otra. Esta *nurse* me envolvía en un chiripá de hilo portugués que me inmovilizaba como un chaleco de fuerza. Sin querer nacía una futura bailarina y deportista hiperactiva dedicada a salir de la parálisis de un yeso metafórico. Parece que era buenita y dormía tranquila y seguramente la *nurse* se encargaría de doparme con los sobrantes de las pastillas de mi madre si era necesario.

Cuando ya a los once años estaba bastante adaptada a la casa de los abuelos, me llevaron a lo del dentista a colocarme el famoso aparato en los dientes para dejar atrás

el prognatismo que no me había matado. En realidad, había comido siempre poco y blando, no usaba los dientes, habría sobrevivido igual aun en la Cabaña del abuelo. El dentista me hizo hacer AAAHHH y me dijo:

—¡Cerrá! ¡Abrí! ¡Cerrá!

Una y mil veces. Le pidió a la abuela que mi padre y mi madre fueran a verlo con urgencia. La abuela se asustó y le dijo que estaban separados. El dentista le contestó que no debían estar separados para ocuparse de mis dientes. Quería averiguar si ese defecto espantoso era genético, si era la mandíbula, si eran los dientes o si era la posición que yo adoptaba de puro rara nomás. Nunca entendí la relación que estableció este dentista entre mis padres y mis dientes, pero el hecho es que logró un encuentro con ellos dos, mi abuela y yo.

Yo llegué con mi abuela, y ellos después, por separado. El dentista los miró de lejos con desconfianza y lo sentó a mi papá en el sillón. Con una palanca hidráulica pisó varias veces hasta que mi padre quedó en posición indefensa. Le hizo abrir la boca muy grande.

—Más grande, por favor —ordenaba secamente, y revisaba con atención aguda todos los recovecos y costados de sus dientes, muelas y encías.

—Hmmmm, a ver, póngase de costado, bieeen de costado.

Apuntaba una luz y lo volvía a someter a la inspección. Me parecía raro ver a mi padre tendido en esa posición

y apretado por las manos del dentista. No es que no lo hubiese visto antes en situaciones de sometimiento casi animal, pero allí me resultaba confuso.

Como quien invita a alguna mujer a bailar en un salón de barrio, con un cabezazo y sin palabras, el dentista invitaba a mi madre a sentarse en la silla eléctrica.

—Vamos a ver usted. Abra grande. ¡Más! —ordenaba enérgico y de mal modo.

Con una linternita fisgoneaba, espiaba, husmeaba y miraba de reojo. Revisaba sus dientes profiriendo sonidos: "Hummm. Ajá. ¿Ehhh?". En el ínterin, mi abuela estaba sentada en un banquito al lado del "monstruo de tu padre", con las mandíbulas apretadas, decidiendo en ese momento no abrir la boca nunca más de manera metafórica y menos para ese dentista desagradable que estaba por descubrir algún secreto familiar enterrado en las amígdalas.

Como en el juego de las sillas musicales, de golpe el dentista pedía:

—A ver usted, otra vez —y mi padre se levantaba como un resorte y de inmediato estaba sentado con la boca abierta mientras mi madre se apuraba a sentarse al lado de la suya, necesitada de cierta protección mayor que la mía. Yo me encontraba paradita como siempre junto a la abuela, y observaba con diversión ese baile de dos personas grandes a punto de aprender una coreografía que marcaba el dentista para un baile de salón.

La única vez que los vería actuando en algo parecido a un acto erótico, o al menos sensual, salpicado con unas gotitas de amor que salían del salivadero blanco del Dr. Olaviaga.

Después de sacarles radiografías y observarlas, dio su veredicto final. Afortunadamente no era el hueso, eran sólo los dientes y en uno o dos años estaría divina, como había dicho mi papá que había sido de recién nacida. No me tuvieron que sacrificar en esa ocasión, me dejaron vivir. Sentí que me marcaban el anca con el color de las ovejas que no iban a destajo, ni a consumo. Quedaban en los corrales cerca de la Cabaña como elegidas por la marca de la vida.

Piano y sangre

Cuando aún vivía en la casa de mi mamá, un piano de madera rubia, de media cola y de marca Pleyel, descansaba mudo en el *living*. Yo le abría la tapa muy seguido, curiosa y con el entusiasmo propio de alguien que necesita descubrir otra manera de andar por esa vida tan extraña que le ha tocado en suerte. Sus teclas parecían dientes de vieja, amarillentos y desparejos, pero el sonido era mágico. Me puse muy contenta cuando mi abuela anunció, en el curso de una visita, que "daría clase" con una maestra de La Plata que era muy buena según mengana, sultana, la Beba, la Nena y Chiquita. (Todas las señoras parientas tenían nombre de bobas.)

Había algo que me preocupaba mucho. Cada vez que levantaba la tapa y tocaba con el dedo índice alguna melodía de moda (tenía oído natural), Mami se levantaba furiosa de la cama y entraba al *living* como salida de una escena del *ballet Giselle*, el acto de la locura precisamente, en el que la bailarina se transforma y quiere matar y matarse con el pelo negro volándole sobre la cara.

—¿Tú no sabes que a mí me duele la cabeza y no puedo dormir de noche?

La entrada en escena de la profesora de piano, Doña María Mercedes Mujica Moriño, todo con eme, fue

trascendente. Cuando se iba después de darme clase, yo había inventado decir por lo bajo mientras ella bajaba en el ascensor: "Mandate a Mudar a la Mismísima Mierda", honrando todas sus "emes" juntas. Tenía una pierna dura y rígida que la obligaba a renguear y además le impedía enseñarme a usar el pedal del piano. Era petisita y Mami la miró siempre con un desprecio milenario. Era además profesora de catecismo y liturgia. La estrategia de mi abuela consistía en que a través de la música, que me seducía y encantaba, me siguiera entrando con sangre la idea de la existencia del infierno. Y con sangre literal, ya que la pianista dictaba clase en un conservatorio y tenía ocho dedos cuarteados por la tiza del pizarrón. No bien comenzaba a mostrarme cómo usar los dedos y las manos correctamente, golpeaba con una yema del dedo el do central y a la altura del re, empezaba a sangrar arriba de las teclas. Presagio de que si uno se dedicaba a esas dificultades elevadas, terminaría crucificada como Cristo en la cruz con los estigmas abiertos por Beethoven.

—¿Podés enchufar la lámpara que no veo bien la partitura, nena?

Tomé el enchufe de las patitas de metal, tenía solamente seis años, y la patada que recibí al introducirlas en el toma corriente me lanzó por el aire al centro del *living*. Con una contractura dolorosa quedé tendida como mi mamá que se caía a menudo en el mismo piso, y despatarrada como ella, que también "gustaba de" desmayarse.

María Mercedes se acercó. Abrí los ojos con dificultad y mientras preparaba un grito para poder llorar, escuché una frase bíblica:

—¿Viste, Carmen, que siempre hay que estar preparada?

Parece que otra vez me había salvado de morir. Chamuscada y llevándome a la tumba solamente un estudio de Czerny, dos estudios de solfeo y una pieza intitulada "El Sueño de Gertrudis" que no podría comparar con nada en términos de fealdad.

A medida que iba progresando, le tomé al piano mucho gusto y pasión. Cuando me sentaba a estudiar a la mañana, antes de ir al jardín de infantes, Rafaela –la mucama– cerraba con pavor todas las puertas que conducían al cuarto loco.

—Tocá despacio —pedía.

Ella no entendía que no se puede tocar despacio un piano de verdad. Yo había logrado una versión "*kinder*" e improvisada del *Concierto en Fa* de George Gershwin que le escuchaba a mi abuela. A lo mejor ella fantaseaba con serle infiel a mi abuelo. Siendo una persona introvertida y en apariencia controladísima y reprimida, cuando sonaba ese concierto en particular lo canturreba con una cadencia extraña, una contralto desafinada pero para abajo, un uoooa uuuouououaaaa muy grave que acompañaba un raro movimiento de ojos. Era un poquito bizca pero muy fina y como tal, todo se le notaba poco. Pero cuando sus ojos

se escapaban hacia arriba con aire de posible desvanecimiento, la situación se volvía sospechosa. Yo la miraba cautivada por esa suerte de confesión. No conocía a mi abuela alegre o satisfecha. Y trataba de escuchar atentamente la melodía para reproducirla.

En realidad yo apreciaba a Gershwin con deleite. Comenzaba haciendo fuerza para que sonara como en el disco y mi mamita, transformada en una bruja sibila desencajada, venía a los alaridos desde el fondo del pasillo. Los pelos negros alborotados sobre los ojos, aullando:

—¡Pendeja de mierda! ¡La puedes cortar!

Como ella no salía de la casa debido a su estado cada vez más deplorable al que solía llamar "panfobia" (otra palabra jeroglífica que significaba en verdad una cruda y simple borrachera), el piano me miraba con cariño y yo le pedía que nos tuviéramos paciencia.

Al finalizar la clase de piano y sin siquiera tomar un vaso de agua, partíamos a la mesa del comedor a "dar" clase de religión. Otra oportunidad para pensar en la palomita, el infierno, el espíritu santo y los dogmas que no podían cuestionarse. Nada de todo esto –un Dios infinitamente bueno y generoso que premia a los buenos y castiga a los malos–explicaba la conducta anormal de mi mamá, que parecía estar cada día más poseída por el diablo.

—Tenés que rezar mucho por tu mami, sabés nena. Y estudiá para la semana que viene los preceptos de la Iglesia que son cinco y los arpegios del libro de Hanon. Chau, tesoro.

Carmenes

Después de que mi papá se fuera y nos dejara solas, recorría el departamento de la calle Montevideo tarareando alguna melodía de moda que había escuchado en la radio de la cocina, y tomaba un lápiz entre el dedo índice y el mayor, como un cigarrillo Gloster, la marca que Mami prefería en ese entonces. Yo le daba pitadas profundas al Faber Nº 2 y tirando la cabeza para atrás, simulaba exhalar el humo. Iba apoyando el lápiz en los bordes de las mesas y mesadas, con la punta hacia fuera, en una perfecta imitación materna. Ella ya se había encargado de quemar todos los bordes de todos los materiales que existían en la casa. Arriba de su enorme cama de bronce, el techo mostraba una aureola amarilla redonda, un sol viejo producto de sus largas noches de insomnio fumando y fumando.

En el dormitorio de Mami había un espejo de tres partes. Las puertitas del costado eran movibles y uno podía meterse adentro y fascinarse con el propio reflejo hasta el infinito. Yo pasaba mucho tiempo frente a él y no sé qué miraba. Me miraba de frente, todavía no había aprendido a hacer los mohines que practicaba mi madre cuando se vestía para salir de noche en alguna rara ocasión.

Mi cara era redonda como una luna, me cortaban el flequillo recto y a veces mi madre un poquito borracha, lo trataba de emparejar dejándome una "ese" en la frente. Mi abuela opinaba que mi frente era demasiado ancha. Por lo tanto, habían consultado a una especialista en piel, porque mi mamá decía que yo era pelada. La especialista en piel le había dicho que de ninguna manera, que era una conformación de nacimiento, así nomás, y que nunca iba a tener problemas con eso. Mi abuela repetía que eso era un rasgo negroide, y que toda, toda mi vida estaría signada por un flequillo. Mi abuelo, que era un pintor realmente talentoso, me medía con el pulgar desde lejos, en forma horizontal y vertical, sacando proporciones de mi cara y concluía:

—Un disparate.

Fui creciendo convencida de que era un fenómeno. Enana, ancha y desproporcionada.

—¡Qué rica tu nieta! ¿Es una monada, no? —le comentaba alguna señora vieja a mi abuela.

—Ella es muy independiente, ¿no es cierto, m' hija? La que es mona es la madre. Ella se parece más a la familia del padre. Pero toca el piano.

Mi madre era el paradigma familiar de la belleza. Un mito de absoluta perfección y la verdad es que de joven era preciosa. Morocha, de ojos muy oscuros, con una boca grande y moderna contrastando con la nariz fina y pequeña, tenía muy linda figura y era grácil y ella sí, muy

proporcionada. Cumplía a la perfección con los requisitos de la estética de su grupo social de pertenencia, que era exigente y comparaba a las mujeres con los rostros más bellos de Hollywood.

En cambio la hija, ya a los cinco años, empezaba a ser definida como "inteligente", rasgo que en esa época y puesto en una niña, quería decir lo opuesto a bella.

En aquel espejo de tres hojas buscaba con desesperación una imagen que me sirviera de lago como a Narciso. No parecía pertenecer siquiera a la raza humana, me sentía más parecida a los perros y animales del campo, lugar donde sí encontraba paz. Yo era muy buena imitadora y ladraba, maullaba, aullaba, relinchaba y bailaba frente al espejo. Mami, tirada de costado en su camastro, fumaba distraída, jamás emitiendo un sonido que me alentara sobre cuál camino a seguir, jamás un signo de reconocimiento a ese menos que perro que se contorsionaba ante su mirada de ciega. No encontraba en el reflejo ni una palabra para nombrarme. Mi nombre tampoco me sonaba propio, y eso que era Carmen, el mismo de mi madre y de mi abuela.

Traslados

Muy pocas veces vi llorar en su vida a mi abuela. Era tan fría y contenida, que verla presa de un sentimiento me resultaba impúdico. Algo parecido a encontrarla desnuda saliendo del baño, cosa imposible porque creo que carecía de desnudez. La primera vez que la vi llorar, pensé que anticipaba con su angustia algún terremoto y me acerqué con timidez:

—¿Qué pasa? No quiero que llores.

—No te asustes —me dijo, sus ojos bizcos y verdosos, miopes y sufridos mirándome con pena—, lo que pasa es que me da mucha lástima la casa.

La abuela era fina, ya lo dije, y nunca se le notaba nada. Esta vez solamente el agua de los ojos.

La casa de tres pisos de la calle Quintana, adonde ellos me habían llevado a vivir, estaba en venta. El clima espeso me hacía pensar que mi presencia incidía en la decisión. Hacía poco tiempo que estaba con ellos y las malas caras eran continuas y sin motivo. Se miraban con rabia y me miraban. Las mucamas estaban apuradas, disimulando alguna situación. No me atendían con la alegría de costumbre. Algo pasaba también con mi tío, algo muy malo, los abuelos gritaban su nombre a menudo mientras discutían. Gustavo chico, esto, porque Gustavo

chico, el otro, y por qué no le dices a Gustavo, anímate a decirle a Gustavo chico y vas a ver...

La abuela había estado un largo tiempo en Europa con una amiga. El abuelo quedó solo conmigo y sin el alivio de la abuela para defenderme me producía terror el mano a mano con él. Quedábamos enfrentados en la incomodidad del silencio de esa casa enorme y era muy evidente la diferencia de edad, de sexo y de personalidad para fingir que estábamos a gusto.

A la hora de comer empezaba a dolerme la barriga. Mis manías lo volvían a mi abuelo literalmente loco. Gritaba desaforado:

—¡Ojalá te mueras de hambre, mocosa!

El mucamo Gregorio, otro polaco gigante y bueno con cara de dibujo animado, trataba de poner siempre puré de papas en un costado de la fuente para que yo me sirviera, pero el abuelo se daba cuenta:

—¿No vas a comer croquetas de seso que es riquísimo y además de paso te hace bien a la cabeza tú que eres tan bruta?

—No, gracias. Quiero puré.

—Mira, chiquilina, no puedes vivir solamente a puré. Estás con nosotros y vas a aprender a comer bien, no como la familia de tu padre, tan mal educada que todos comen distinto en la mesa y le ponen azúcar a los fideos. Acá tienes que comer lo que hay, ¿entiendes?

—Quiero que venga la abuela —alcanzaba a balbucear antes del llanto.

El abuelo enfurecido se levantaba, tiraba de mi silla, me tiraba del pelo de paso, y llamaba a Gregorio para que me llevara con las mucamas.

—Tu madre tiene la culpa de todo. Tu abuela nos abandonó porque no aguanta más y tu madre es una calamidad y tú no me quieres a mí y no sé qué hacer contigo.

—...

—¿Por qué no me quieres?

—...

Enmudecía y me paralizaba. Cuando estaba mi tío en casa, a veces se ponía de mi lado para ayudarme, pero el aire se cortaba con tijera. Se los veía a los dos muy enojados entre sí. Cualquier excusa era buena para que se dijeran cosas desagradables.

—Cómo se nota que no tienes nada que hacer —empezaba diciéndole mi abuelo a su hijo.

(En realidad nunca le dejó independencia suficiente para que él necesitara hacer algo por su cuenta.) Yo terminaba deslizándome de la mesa y buscaba a las mucamas gallegas en el cuarto de plancha para que me devolvieran algo de la vida que se me estaba escurriendo. Mientras rociaban la ropa con agua y almidón o "azul"

para blanquearla, dejaban escapar algún dato de lo que estaba sucediendo:

—Pasa que tu abuela se ha hartado, mira. Tu mami la ha cansado, pobre señora. Y tú aquí también la pones nerviosa; ella es una mujer grande y no está acostumbrada, con sus propios hijos tuvo niñera siempre, la inglesa *Mrs.* Howell.

—Tú tienes que ser más cariñosa con tu abuelo, si no se va a morir de tristeza si tu abuela no regresa. Dicen que ella tiene un *surmená* o algo así, nervios, puros nervios y no es para menos. Una noche escuché que tu tío le decía a tu abuelo que si no te paraban a ti de chica con todas las mañas, ibas a ser peor que tu madre.

Ante semejante vaticinio macabro, yo encontraba un solo consuelo: sentarme a caballito en la baranda de la escalera de la casa, señorial e inmensa con escalones de madera alfombrados de color obispo, y dejarme deslizar tomando una velocidad de misil y corriendo el verdadero riesgo de matarme: del otro lado de la escalera. El vacío tenía más de cinco metros de altura.

* * *

(Extracto de una carta del abuelo a la abuela cuando ella viajó a Europa por un síndrome de "crisis nerviosa".)

La chiquita vino ayer tarde y se quedó todo el tiempo conmigo y el gato. A cada momento preguntaba cuánto eran 30 días. Me aburrí de contarle cuentos nuevos y se fue lo más contenta a su hora, pero hoy no quiso entrar a verme, ni mandada por la mucama y se fue a ver a su gato. No hay duda de que ya poco quiere ver conmigo y desde ya empiezo a hacerme mi composición de lugar y a preparar la coraza para más adelante. En parte me viene bien para aprender a no atarme con nada. Te confieso que lo de hoy me dio bastante fastidio. Por supuesto que no quiso quedarse a almorzar conmigo y desde ayer me lo anunció a pesar de haber estado muy amigos.

La abuela volvió de su misterioso viaje después de un período interminable en el que adelgacé, me enfermé de cistitis, angina y urticaria. Cuando me vio no pareció alegrarse y me dijo que había viajado a "ver al Papa". Otra vez un enigma. Las monjas de las Esclavas no habían llegado a ese capítulo, de forma que no sabía quién era. Preferí pensar que se trataba de un amigo de ella.

Volví a dormirme más rápido de noche. La presencia de la abuela calmaba mi inquietud. Sin embargo, se produjo un episodio que sucedió mientras desarmaba las valijas en su dormitorio ni bien llegó.

Ante el entusiasmo que me produce la vuelta de la abuela, salto por el cuarto y en un momento me trepo a sus faldas. Ella, sentada en el borde de su cama, tiene en

la mano un soldadito de la guardia romana de los que cuidan al "Papa", y me lo ha traído de regalo. Lo quiero agarrar y me tiro hacia atrás en un gesto de alegría y le doy un golpe horrible con mi cabeza en su pequeña nariz. Ella se agarra la cara con las dos manos, ahoga una especie de grito y dramatiza bastante la situación pese a su habitual falta de histrionismo. Pone gesto de víctima y viéndome aterrada, suspira:

—No es nada, m' hija.

Creo haberla matado. Me echarían de la casa para siempre. Miro incrédula los ojos iracundos del abuelo. Es un perro rabioso que muestra los dientes y deja caer sobre mi cara su manaza abierta: mi primer bife.

—¡Pavota! ¡Imbécil! Le has roto la nariz a tu abuela. Siempre estás en el camino de todo y ahora esto es lo que faltaba.

Llorando a los gritos corro a refugiarme al cuarto de plancha en donde están las gallegas en amena conversación. Me dan un poco de agua pero no me tranquilizan para nada. Hay que esperar a ver lo que dice el doctor.

El médico de cabecera es convocado en el acto y declara que a partir de la hinchazón podía deducir que se le ha –es decir que *yo* le he– fracturado el hueso de la naricita. A partir de ese momento la abuela me mira con odio y a la vez no acata ninguna de las indicaciones del médico.

No quiso hacerse radiografías, ni pensar en un yeso y se tiró en la cama a establecer un nuevo mito familiar:

ella tenía una nariz perfecta, pero... SE había golpeado contra una puerta y el hueso roto había soldado mal, con calcificaciones que le deformaban la cara y la expresión. Con esa mentira que le contaba a toda la familia, me hizo sentir todavía más culpable; yo no solo era fea, sino que la había afeado a ella de por vida.

Al día siguiente aparecieron una pareja y una señora, compradores posibles de la casa y representante de la inmobiliaria, respectivamente. La abuela tenía la nariz vendada y les mostraba al detalle los salones mientras se tocaba la venda mirándome de costado con un resentimiento caudaloso. Yo asociaba la nariz rota con la venta de nuestra vivienda y mi culpa repetida de hacerlo todo mal.

Fue cuando se concretó la venta del *petit hotel* de la calle Quintana que la abuela lloró delante mío por primera vez. Me dijo:

—La voy a extrañar, pero no hay más remedio.

Nunca supe por qué habían renunciado a aquella casa de tres pisos, tan cómoda, amplia y elegante, para mudarnos a un departamento duplex, de muy mala calidad, en donde yo ocuparía el dormitorio de "soltero" de mi tío Gustavo, que había sido deportado a Ibiza para que no molestara con lo que los abuelos llamaban sus rarezas y las gallegas, "es que a tu tío no le gustan las mujeres, olle". Sin embargo le gustaban el tigre peludo y el oso

koala Tim que me había traído de sendos viajes y que eran mis parejas estables desde entonces.

(Fragmento de una carta de Mami durante el viaje de la abuela contando cómo durante mis visitas dirigía las obras de su casa.)

Acá estamos con la casa llena de obras con Carmen al frente, dirigiéndolas. Íntima de los pintores y contándoles indiscreciones e intimidades de todos nosotros. Es una maravilla porque me hizo cambiar el espejo de un cuarto al otro con los pintores, cosa que no se me había ocurrido a mí. Todo por su cuenta. Por suerte está amable con el abuelo porque no sé si él le habrá contado que los tres primeros días después de su ida no se saludaban ni hablaban porque Carmen se negó rotundamente a almorzar en la mesa con él. Por supuesto él lo tomó a lo trágico.

Hipnosis

Mi madre recibía los servicios de un hipnotizador para que "se le pasara el dolor de cabeza". Me contaba que la tranquilizaba mucho y que era muy bueno. Era médico.

Una tarde, al llegar de visita, escuché a mi piano rubio que emitía acordes ensordecedores y mal tocados a un ritmo de 2 x 4, como hubiera dicho mi profesora de piano. Se suponía que era un tango. Me asomé con cuidado para ver qué novedad me esperaba en el *living*. Allí estaba Mami tirada en el sillón con el infaltable vaso en la mano, sacudiendo la cabeza para todos lados en señal de admirado acompañamiento, y un señor que a mí me pareció mayor, sentado al piano, sacudiendo él también todo su cuerpo, manos y pelo. Cantaban muy desafinados, pero a los gritos, algo parecido a "eeeeeeesta nooooche amiiiiiiiigamííííía" y me trasmitían la conocida inquietud: algo espantoso estaba por pasar. El vaso del hombre descansaba sobre la madera del piano, de la forma en que la abuela había prohibido que yo apoyara mi vaso de Toddy. Sin nada debajo, manchando así la madera tan preciada por la abuela en todos sus muebles. Ella amaba las plantas, los árboles, las flores, los libros y... todos los muebles.

—¡Qué linda! —exclamó el aporreador de teclados, que se llamaba Averbuj—. ¿Así que ésta es tu hija? Yo soy el doctor de tu mamá.

—Hola —contesté tímidamente—. ¿Por qué me usa el piano si es doctor?

—Gorda, él hipnotiza, ¿sabes?, y ahora le vamos a decir que pruebe contigo.

—¿Qué es "hipnotiza"? No quiero —me anticipé.

—Dale, que te va a encantar, te hace sentir divina, vas a ver...

Y procedió a llevarme hacia su dormitorio con el señor mayor que venía cantando a voz en cuello siguiendo nuestros pasos. La mucama había salido, vale decir que estábamos las dos solas en el departamento con el hombre. La situación me dio nervios. Cuando algo no me gustaba se me ponía la nuca dura. Un presagio de catástrofe: había aprendido a respetar esa sensación como un animal que presiente la tormenta.

—Ahora te acuestas y el doctor Averbuj te va a hipnotizar. Yo te espero en el cuarto de al lado.

—No quiero —alcancé a tartamudear mientras me acostaba en la cama de Mami, aterrada y como maniatada por la mirada azul de este hombre rarísimo.

Aun sabiendo que era feo lo que estaba por suceder, no pude negarme. Desde que los pesqué a los dos en el *living* con los vasos y el canto, la imagen de mi madre gimiendo en el sillón debajo de otros hombres me

obligaba a asociar eso con algo prohibido. Eso que las monjas sostenían que era pecado mortal y en vista de lo cual te quemabas para siempre. Ese estado de trance que me impide sustraerme a la maldad de los otros, ese lugar de perro apaleado que me está destinado como a los perros del campo que no son de buen *pedigree*.

—A ver, Carmencita, estáaaas en un lugar hermoso, tranquila, con tus ojitos cerrados, hay árboles en tu camino, todos en fila, olor a flooores, vos vas caminando y está lleno de gente que te mira y te aplaude, por tu belleza, Carmenciiiita. Y ahora que todos te aman y te aplauden vas a sentir las caricias de todos ellos, porque, querida, todos te aman muuuucho...

Y de pronto un calor extraño cerca de mi pecho. Parece una estufa en miniatura. Cosa rara, no puedo abrir los ojos, como en una pesadilla. Alcanzo a pensar en salir corriendo o en gritar para que me oiga mi mamá, sabiendo que es inútil. Como una comadreja que cae del techo lista para matarme, la mano de Averbuj, caliente, inmunda, está sobre mi blusa blanca y mi pecho totalmente chato de nena de jardín de infantes. Su boca, con olor a whisky, me está lamiendo y balbuceando las mismas porquerías: "Déjaaate querer Carmencita por tooodos los que te amaaamos...".

Como un felino dispuesto a asesinarlo, abro los ojos que me explotan y me incorporo en la cama, haciendo

mucha fuerza para sacármelo de encima. Trato de gritar, aunque casi sin voz, con una arcada:

—Maaaami. ¡¡¡Socorro!!!

—No le digas nada porque le va a hacer mal y se va a poner enferma —me dice Averbuj en secreto.

Salté de la cama y me encerré en el baño, llorando. Pensaba en la abuela, en la mucama, en cualquiera que pudiese venir a rescatarme de esos dos asquerosos. Mi mamá y su doctor. Pero sabía perfectamente, a los 6 años, que a ellos les importaba muy poco lo que pasaba por fuera de sus ganas. Andaban con un vaso en la mano y eso para mí ya era sinónimo de tener que arreglármelas sola. Sabía que después ellos dos se tirarían en la cama a gruñir como en el libro de animales salvajes de Walt Disney que me había regalado la abuela, gritando y haciendo algo parecido a lo que el hipnotizador había intentado hacer conmigo.

Yo no tenía la culpa de lo que había hecho ese señor, yo no había querido, pero ¿por qué me había quedado muda con los ojos cerrados? ¿Por qué me había confiado? Él me había dicho que no iba a poder abrir los ojos y a mí me cruzó la mente el cuento del príncipe que despierta a la princesa con un beso y la hace feliz para siempre jamás.

Monólogo

Mira, tuvimos que pensar en cambiar el galón de las cortinas del *living* porque se estaba achicharrando con el sol. Éste me da lástima cambiarlo porque es lindísimo, creo que es portugués y lo trajo la Beba de un viaje que hizo cuando no andaba bien de la cabeza. Precioso. Es marrón, pero un marrón mezclado con *beige* tipo nieve, no popó de bebé, sino fino. Además tiene ese hilito dorado tan bien logrado que repite el dibujo a lo largo tipo flores de lys. Pero distinto, porque lo que me gusta es que no parece simétrico, como si alguien lo hubiera pintado en forma natural. Lo simétrico es menos bonito, parece hecho a máquina. En cambio éste parece hecho a mano y los colores están divinamente mezclados. Es más imperfecto que los que consigues aquí en las tapicerías, ¿entiendes?, la imperfección es lo que lo hace tan único... Tengo que probar en una tapicería que trae pasamanería de afuera, porque el galón es el que al estar en el borde de la cortina, se lleva todo el sol y eso es pésimo y se destiñe todo. No sé. Veré de pedirle a Chichí o a Mecha que me acompañen a ver géneros porque es un opio ir sola, pero no tengo más remedio que ocuparme. ¿Tú sabes dónde compra los galones Chiquita que tiene la casa tan bien puesta? Porque después tengo

que conseguir una persona que lo cosa y ni se note. Mi tapicero que adoraba se murió y ya no queda gente que sepa hacer las cosas con cierta gracia. La caída de las cortinas tiene que ser "a plomo". *À plomb,* como dicen los franceses y no tiene traducción, para describir a los buenos bailarines que están bien plantados en el escenario. La cortina tiene que caer a pique, ser ni muy larga que arrastre mucho y jamás corta. Es un arte. Además estas ventanas son enormes y se ven los árboles divinos de la plaza. Los visillos los dejo, aunque están un poco *fané*, pero no puedo hacer todo junto.

No sé cuándo nos vamos a poder ir a la estancia porque quiero resolver antes lo del galón y además ocuparme de que pongan antipolillas en todos los libros. Hay que limpiar las cinco bibliotecas y da un trabajo chino porque si aparece uuuuuna sola polilla, una sola, sonaste. Te quedas sin los libros que yo adoro, se los devoran en un día y me moriría de pena. Oye, m'hija, ¿te parece que deje el terciopelo y solamente cambie el galón o cambio todo? El terciopelo está de un color ratón que perdió todo el brillo. También puedo pensar en unas borlas, pero me parece más sencillo ponerle algo en el borde. Terciopelos lindos no hay, o son muy brillosos y da guarango o tan opacos que parecen viejos. Sobre todo cuando lo que necesitas es un marrón que no sea caca.

Por *áhi* espero a después de Semana Santa, así podo antes en la estancia las lagerstremias cuando pierdan la

hoja y las hortensias. El jardinero no hay caso. No entiende que hay que contar dos brotes, dos, uno dos, y cortar en chanfle. Tú sabes que yo detesto los géneros nuevos, una lástima lo del sol porque el *chinz* del campo que es inglés tiene veinte años y está como nuevo, ha durado muchísimo. Es el mismo azul que tenía cuando lo encargué a Londres y nunca se te ocurra cambiarlo porque es muy lindo.

—...

Me voy a la misa por el cabo de año de la Nena. ¿Tú has comido algo? ¿Necesitas plata? *Please*, m' hija, no pongas los pies arriba de esa mesa que se raya toda. Siéntate derecha que no es bonito verte así tirada en el sillón. ¿No tienes que cortarte un poco esas mechas? Te vas a quedar bizca con el pelo así en los ojos, es malo para la vista. Y a tu edad tienes que comer porque se están formando los huesos.

Olor a payaso

Odiaba ir a los cumpleaños que se celebraban en las casas de mis amigas. Tenía pavor a los globos de colores. No podía sino imaginarlos reventando como en la guerra que veía en las películas: ruido ensordecedor que no desaparecía aunque me tapara los oídos mientras las chicas me gritaban "¡Tarada!". Si alguien pellizcaba globos para entretenerse, me iba disparando a la cocina o al baño y disimulaba ante las mucamas que tampoco entendían porqué a mí no me gustaban los globos tan bonitos y livianos.

El otro tema desesperante eran los payasos. Se usaban mucho y tenían esos diálogos del estilo de:

—¿Vos sos el payaso Caqui?

—No digas palabrotas, Cuqui.

Esto generaba risas en los chicos e iba seguido por una cachetada propinada por Caqui a Cuqui que sonaba a cualquier cosa menos a un bife. Los payasos llevaban en la mano un adminículo de madera como una castañuela y la hacían sonar cuando simulaban pegarse. Este ritual era para mí un suplicio. Destilaban olor a sudor viejo a través de las vestimentas pesadas con botones enormes; mirar esas caras pintarrajeadas con la boca para arriba, esfumada en los bordes debido a la saliva que los payasos

escupían al gritar... era comparable a las pesadillas que tenía en el cuarto verde al lado del de mi mamá.

Hay una ley que no falla: cuando uno quiere evitar algo, sucede. Trataba de no mirarlos, pero en cuanto precisaban de una "ayudante" para algún número con pelotitas o enseres despreciables, siempre me elegían. El vaho a payaso transpirado me provocaba náuseas que se prolongaban por varios días. Si veía espinacas, por ejemplo, a las que les tenía asco desde siempre, asociaba vertiginosamente la pintura sudada del payaso y tenía que ir al baño hasta encontrar otra imagen para distraerme.

Y después, la comida. Las mesas pantagruélicas rebalsaban de sándwiches y alfajorcitos, medias lunas, masitas de crema y chocolate, todo de la más exquisita repostería y rebosantes de crema pastelera y otras consistencias blandúzcas. Los adultos, que eran igual que los payasos, pescaban inmediatamente que yo no comía ni quería el chocolate caliente que servían en unas tazas dificilísimas de sostener en el aire para una niña de pie y con escasos 5 años. Entonces venían a rescatarme.

—¿No comés nada? Mirá qué delicia que son estos conitos con dulce y estos sándwiches con huevo y pepino. Te sirvo chocolate calentito... ¡Dale! Después tu abuela nos pregunta si comiste, estás flaquita. ¿Te preparo una media luna de grasa con manteca?

Quería morirme como mi bisabuela que parecía dormida en su cama de muerta. Asco me daban esas madres

que hacían lo que no hacía la mía: estar en los cumpleaños ayudando y sirviendo a los chicos. Para colmo me ponían vestidos llenos de botoncitos que me apretaban como los zapatos nuevos que, blancos con botón al costado, me sacaban ampollas mientras las manguitas cortas me oprimían hasta marcarme la piel de los brazos con un pliegue y una marca roja que me ardía y me ponía de mal humor.

Llega la torta. Un mazacote de tres pisos, blanco y oro, con letras celestes y confites de perlas plateadas que dicen con toda falsedad: "Feliz cumpleaños", y la "S" sigue como una serpiente hasta rematar en una flor de mazapán. La sola visión me impresiona. No puede ser que a todos, absolutamente a todos, les guste esa mezcla de sabores y colores que se descubre recién cuando se corta. Y entonces ya es demasiado tarde para decir que no. Estoy con el platito en la mano, con un tenedorcito de plástico y no puedo creer lo que asoma desde adentro de esa caverna triangular de cosas pegoteadas. Hay frutas abrillantadas que me miran. Son como vidrios rotos de colores fuertes incrustados en un relleno sospechoso que afecta ser chocolate. Pero la experiencia me ha enseñado que cuando parece chocolate, nunca lo es. Es mixtura de porquerías que tienen el panadero o la cocinera. Cosas que han ido sobrando. Odio el baño de crema o de *fondant*. No como torta. Quiero que me vengan a buscar ya. Me duele la panza.

Y empieza el cine. Desenrollan una pantalla y nos piden a todas que nos sentemos en el piso frío. Las alfombras han sido removidas para que no reciban los pegotes que los chicos van dejando caer y tirando a medida que comprueban lo que yo ya sé: la comida es asquerosa. El parqué está helado y hay que sentarse igual para ver una película que no se entiende nada y que como todavía leo muy despacito, no alcanzo a ver cuál es la idea a seguir. Después de un dibujo animado del Pájaro Loco que ya vi decenas de veces en otros cumpleaños, las madres solícitas siguen ofreciendo lo que queda en la mesa. Querrán amortizar todo lo que trabajaron. "No, gracias" se convierte en mi frase favorita.

Antes, en el momento en que me preparaba para la fiesta, había aparecido la abuela blandiendo un cepillo de pelo y una cinta blanca.

—M' hija, déjate cepillar ese nido de caranchos, por favor. Te voy a peinar como una chica cuidada, no como si fueras una india. Ven, te voy a poner esta cinta con el pelo para atrás. Pero te dejo el flequillo porque con esa frente enorme quedas tan desproporcionada... Ninguno de nosotros tiene tanta frente. Y la frente de inteligente dicen que es distinta. Que es ancha. Sí. Pero con el nacimiento del pelo al revés de la tuya. Igual cuando eras bebita, tu madre te llevó preocupada al Dr. Kaminsky que sabe mucho de pelo y él le dijo que eras así nomás y no había nada que hacer.

—¡Ay! No me tires, abuela. No quiero ir al cumpleaños. Me aburre.

—Ni lo pienses. Tienes que ir igual. No podemos quedar mal con la dueña de casa que ha sido muy generosa con tu madre y la ha ido a visitar seguido, a pesar de todo.

—¿Por qué?

—Bueno. Cuando seas grande recién vas a entender. Tu madre no está bien y a la gente le da vergüenza y no sabe qué decir. Por eso no la ven.

—¿?

—No hemos tenido suerte con ella. Es una desgracia, mira. Bueno ahora vas a tener que hacerme caso porque te voy a poner esto en la nariz.

Y me muestra un broche de ropa. Es una pinza de madera con un alambre negro alrededor. Lo aprieta poniendo la misma cara que la bruja en la película de Blancanieves, lo abre y lo cierra y se me acerca peligrosamente.

—¡Nooooo! ¿Qué tiene mi nariz?

—Es muy ancha, m' hija, como de negra. Y me dijeron que si desde muy chiquita cuando todavía el cartílago está blandito, te lo frunzo con el broche, se te va a afinar. Así es que ven, porque te lo voy a colocar, te guste o no. El abuelo siempre dice que tu nariz parece un tomacorriente y tiene razón. Eres muy ñata pero la nariz

es ancha. Lo bonito son las narices afinadas y algo más rectas que la tuya. A ver...

Y me tortura con un pellizco de broche logrando que me salgan estrellitas por los ojos. Trato de respirar y tengo que abrir la boca parecido a cuando estoy muy resfriada y me entrego casi con placer a ser martirizada. De más grande le llamaré a la abuela "Síndrome de Estocolmo".

Me peina tan tirante que me arden las sienes. Justo cuando doy un vistazo al espejo y veo la imagen de Pinocho en un pésimo día, la abuela está pidiendo:

—Rolinda, traiga el aceite de hígado de bacalao para que la chica tome su cucharadita. Tiene las piernas taaan flacas...

Sé que algo muy malo debo haber hecho en la vida para merecer la dosis diaria de algo que tiene gusto a pis de zorrino. Sin poder respirar, a punto de quedar pelada por la tensión que provoca el moño en mi cabeza, me pregunto qué pasaría si yo hubiese sido varón, y además, lindo. Seguramente me llamaría con el mismo nombre de mi papá y él se hubiera quedado conmigo. Me hubiera querido igual: con la nariz ancha, la frente ancha y las piernas flacas.

Con pecado original

—Oye, hoy te pesqué leyendo la Biblia protestante y no me gusta nada. Me parece que no está bien que leas esa Biblia en el colegio y que tengas que estudiar de ahí. Nosotros somos católicos y ese colegio lo eligió tu madre que no está nada bien, pobre, pero aunque el colegio es correcto, leer algo protestante es pecado. Porque te voy a contar algo que tú no tienes por qué saber: los textos protestantes vienen con una explicación, como numeritos al pie de la página, y eso es lo peor de todo. Esa explicación es lo que los católicos no necesitamos. Así que puede no ser pecado lo que haces, si te privas de esas notas chiquitas, pero si no, te tienes que ir a confesar. Pregúntale al Padre Minuto del Pilar, vas a ver, porque en tu colegio no quedan casi chicas bien porque no aguantan que sea tan exigente. Hay chicas de otras religiones y tú tienes como una manía de hacerte amiga de las judías o las protestantes... En la Biblia que tú estudias todos los nombres están escritos distinto. Es diferente, por eso yo te puse maestra particular de religión y aunque ella es profesora de liturgia a ti te enseña...

—¿Qué es "liturgia"? —la interrumpo.

—No sé, no importa. Lo que importa es que no tienes que leer ese libro y sus interpretaciones. Por ejemplo

yo sé que tú lees los *Hechos de los apóstoles* y yo te pregunto: "¿Según quién?" porque a mí hay cosas que me las enseñaron distinto. No da lo mismo todo, m' hija, y a la tarde que en tu colegio hablan en español, la religión católica es obligatoria, después de todo ese lío de la laica y la libre quedó obligatoria la religión nuestra. ¿Ves? Mira, tengo la Biblia de Anatildita que es preciosa y está encuadernada en serio y es antiquísima. Esto es EN SERIO. Lo que todo el mundo llama "pergamino", es cualquier cosa. Éste es exactamente papel Biblia y es finito pero las letras no se transparentan. Tú lees el Viejo Testamento de acá y lo entiendes sin que te tengan que explicar ni decir en letra minúscula absolutamente nada. La Biblia es la Biblia, no es cualquier idea que te dan en el colegio. Me agita mucho que sea pecado, porque si bien tú no tienes la culpa, te vendría mejor leer todo eso de otro lado que esté permitido por la Iglesia. Hay libros que están en el Index y a veces me peleo a gritos con tu madre, pobre, porque ella no se da cuenta que es pecado leerlos y que el Vaticano está en contra y además entras en un estado de pecado que sales solamente confesándote. Hasta que no sepamos bien si es pecado o no, trata de leer la Biblia verdadera y en español. Después traduces y...

—Pero, abuela, no es lo mismo para el examen. Los nombres y los cuentos son distintos y me bajan la nota y no quiero —trato de convencerla mientras siento

arcángeles furiosos sobrevolando mi cabeza como mangangás que defienden su nido.

—Me gustaría que no me des más trabajo del que ya da tu madre, no quiero que seas como ella y discutas todo, eres muy chica todavía para saber qué es lo bueno para ti y nosotros sabemos que tienes que respetar lo que nosotros creemos. Si no todo es "tole tole", dile a la maestra de religión o de Biblia...

—"*Scripture*" se llama en el colegio.

—Es claro, las escrituras, pero tienen que tener un permiso especial para obligarte. Si no lo que puedes hacer es ir igual a misa y preguntarle al padre Minuto cuando te confieses, qué es lo que tienes que hacer y si te pueden autorizar especialmente con un papel para estar en gracia de Dios o te tendrás que confesar cada vez, no sé.

—Yo tampoco. Me gusta la historia de la mujer de Lot.

—No sé qué te habrán contado de esa mujer. Mira para atrás y se convierte en sal, ¿no?

—Sí, pero no es tan simple —le contesto yo y agrego—, es más allá de eso, tiene que ver con...

—Ves, eso es lo que digo. Tú ya lo estás interpretando y eso está muy mal. Yo no tengo nada en contra de otras formas de creer. De hecho los judíos son gente muy inteligente y los mismos protestantes son muy sufridos y duros con ellos mismos, más que nosotros. Además

todos creemos en el mismo Dios, pero las encíclicas del Papa dicen que no es lo mismo.

—Mi amiga Ada, que es más chica que yo, es la mejor del grado. El papá es embajador de Israel o algo así y cuando voy a la casa me encanta todo lo que hacen y ella es una genia. Escribió un librito con una historia que inventó y tiene 10 en todas, todas, todas las composiciones. Y ella es buenísima y es judía. ¿Y qué?

—No, m' hija, no entiendes. Eso no tiene nada de malo. Pero también hay unas primas tuyas en el colegio que son una monada y van al catecismo siempre. No sé por qué tú no las quieres. Saben coser y les llevan ropa a los pobres. Estudian menos que tú, eso es cierto, pero son buenísimas.

—Ada también es buenísima. Y Heather también. Y Alicia es bárbara y los padres comen con ella en la mesa y la madre hace tortas y tú nunca entraste a la cocina.

—Bueno, son gente de otra categoría, m' hija. No tienen servicio como nosotros. Eso es una injusticia, pero el mundo está hecho así, y qué le vas a hacer.

—¿Pero no es que Dios o Cristo dicen que somos todos iguales y no sé qué del rico que no puede pasar por el agujero de una aguja, o algo así?

—Nooooo. Eso quiere decir otra cosa, es una manera de exigirnos más a nosotros.

—Entonces tú también interpretas todo como hacen los protestantes —le digo y me estremezco ante el endurecimiento repentino de sus rasgos.

Sé que es suficiente. Traspasé el límite de tolerancia.

—Me voy a estudiar —le digo.

Y cuando ya estoy lejos agrego:

—De la Biblia que me dieron en el colegio, ¡la protestante! —y salgo corriendo escaleras arriba.

Los libros

Todos decían que mi abuela era muy inteligente. Para mí ser inteligente se relacionaba con andar bien en el colegio y sacarme dieses y no aprender de memoria las lecciones y evitar "repetir como loro" lo que aprendíamos. Mi abuela me había convencido de una extraña idea: como yo no era linda, no me quedaba otro remedio que tratar de ser inteligente para conseguir un marido que me quisiera y que a mi vez yo pudiera darle una familia —fea pero inteligente— y hacer una vida normal distinta que la de mi madre.

Mi abuela leía libros gordos y de tapas duras con mucha asiduidad. En realidad casi siempre estaba sentada leyendo y comentaba en voz alta "qué maravilla" o "qué espanto" y no hacía mucho más esfuerzo por buscar otros adjetivos calificativos. En el colegio nos pedían que tratáramos de opinar comenzando la frase con: "Yo pienso, a diferencia del autor, que blablabla" y nos pedían sobre todo que intentáramos exigirnos para encontrar palabras que no fueran "lindo, maravilloso, feo, horrible", sino otras formas de expresarnos que seguramente encontraríamos en buenos libros. Nos empujaban así a la lectura y a la curiosidad.

—No te imaginas la maravilla que es este libro de Flaubert. Se llama *Salambó* y me parece que tú ya tienes edad para leerlo —me comentaba la abuela y seguía pasando las páginas con entusiasmo.

—¿Qué es "salambó"?

—No ES nada, es una sacerdotisa. En las guerras púnicas...

—¿Las quéééé? —interrumpo.

—Déjame hablar, es en las guerras púnicas que a ella le pasa algo con el velo y tiene que recuperarlo.

—Lo voy a leer cuando lo termines —le digo pensando que le miento.

Tenía esa maldita costumbre de hacerme sentir burra. Decía una cosa como "púnica" sin tener en cuenta que yo estaba en segundo grado y que salvo por *Mademoiselle* Samitier o por alguna maestra inglesa del colegio que me hacía pensar, no tenía contacto con nadie que me hablara de cosas difíciles. Me repetía siempre lo mismo: "antes de la primera guerra" o "después de la segunda guerra" y yo nunca entendía de qué hablaba. Así mezclaba yo en mi imaginación, antes de irme a dormir, las guerras con el 25 de Mayo y el cabildo abierto, y creía que la abuela había participado de todo eso. Que la bomba nuclear era algo que ella conocía y que Enola Gay era un amigo de mi tío. Yo, de todas formas, pensaba que los amigos de mi tío no tenían pinta de haber puesto bombas. Más bien todo lo contrario. Les gustaba

bailar flamenco y cantar a los alaridos, nada que ver con las fotos de los soldados que correspondían a alguna de las guerras mencionadas por mi abuela.

Leí *Salambó*. No entendí nada. Pero no porque estuviera en francés, las palabras las sabía todas. Lo que contaba ese cuento era chino para mí. Descubrí que se podían escribir oraciones largas que parecían narrar algo interesante pero a la vez no querían decir nada. Después de sentirme tonta, y no inteligente, y de darme cuenta de que ni pensaba hacer la proeza de una segunda lectura, le dije a mi abuela:

—No entendí el libro de "Flober".

—Pero, m' hija, es muy simple.

Y siguió comentando las peripecias de una diosa y un templo y un velo y ese nombre rarísimo. Sentí que era tarada porque entendí todavía menos cuando ella me explicó. A lo mejor yo tenía mal la cabeza, nomás. Y no iba a conseguir novio porque no era ni linda ni inteligente.

Ella ya tenía otro libro en las piernas, apoyado sobre su panza cubierta por una falda de lana violeta. Estaba pasando por un rarísimo período de "medio luto" y descansaba de su ropa negra. Rara vez llegaba a esa instancia porque a alguien más de la familia se le ocurría morirse y empezaba otra vez desde cero.

—Estoy de medio luto. Tú te tendrías que poner una cinta en el saquito gris, porque a tu tía no le hubiera gustado que no se respetara su muerte.

—Yo no la conocía, abuela. Pero si quieres me pongo la cintita porque me parece canchero.

—¡Qué es esa palabra! Eres superficial como la familia de tu padre. La tía Angélica era un amor y yo la adoraba aunque no la veía nunca. Tenía unas chicas muy buenas que trabajaban en la Sociedad de Beneficiencia y en Alpi como voluntarias. Quedaron muy tristes sin su madre.

—¿Son muy chiquitas?

—No, son casadas con hijos. Pero es lo mismo, la extrañan a la madre, ¿sabes?

"Seguro", pensaba yo con cierto dolor en la panza. Cómo no la iban a extrañar, pero siendo grandes era distinto. Yo era chica y aunque mi mamá no estaba muerta, no había querido estar conmigo y eso era peor y nadie se había vestido de negro. Ni de gris o violeta. Yo la extrañaba muchísimo y sobre todo por las noches. Tenía su voz grave metida adentro del cerebro, la podía escuchar y me regodeaba convocándola con su "gooooorda" arrastrada e interminable. La imaginaba mirándose al espejo de tres caras, cuando estaba por salir. Se observaba con una expresión especial, parecida a las actrices del cine. Se ponía un aro de clip con forma de hoja. Era de oro

y hacía "clap" y brillaba su oreja como un arbolito de navidad. Tomaba un cisne de plumas, enorme, lo pasaba por un polvo clarito, casi talco, y se llenaba la cara de blanco. Su piel quedaba lisita como la parte de adentro de las orejas de mi perro del campo. Se ponía un lápiz de labios rojo estridente, juntaba los labios en un autobeso, y tomaba un aparato plateado.

Ese ritual, parecido peligrosamente al de la jeringa, era, sin embargo, bueno. No terminaba mal a pesar de que se iba con un cigarrillo en la mano y oliendo a perfume fuerte mezclado con el tabaco que nunca la abandonaba. Su escena de seducción terminaba con el aparato endemoniado que le arqueaba las pestañas para arriba.

—Parezco un indio —le decía a su imagen—. Estas pestañas para abajo son inmundas...

Yo la veía hermosa, la recordaba y me dolía el pecho de ganas de volver a verla haciendo exactamente eso frente al espejo. Vestida de negro, un negro distinto al del luto de la abuela.

Educacion sexual

En la vidriera de la librería del barrio, en donde siempre compraba mi abuela, había un libro en inglés que despertaba mi curiosidad. Ya estaba medio marrón y desteñido porque llevaba un largo tiempo en el mismo lugar, lleno de polvo. Su título se puede traducir como *El ajuste sexual en el matrimonio* y en la tapa se veía un pene dibujado en forma abstracta, que era lo que me intrigaba. Pasaba por delante y simulaba mirar gomas, reglas de plástico de colores (que también me atraían muchísimo) pero no me animaba a comprarlo. Tenía la plata porque mi abuela nunca mezquinaba para libros o útiles, pero me daba demasiada vergüenza.

Los animales se apareaban con libertad y frente a mí, durante los largos veranos solitarios en el campo. Me impresionaba el tamaño exageradísimo del miembro de los caballos y más la brutalidad con que montaban a las yeguas. A ellas parecía no importarles nada y proseguían con su comida, indiferentes. Así también los perros, con un órgano chiquito, enhiesto y más rosado, a veces se las agarraban con las piernas de las visitas. Era cómico ver la incomodidad que eso provocaba en los señores y señoras dispuestos a tomar el té al aire libre. Los perros en general saben muy bien con quién están calientes,

y como no entienden razones, es difícil sacarlos de esa situación.

—¡Jack! ¡Camine cucha¡ ¡Jack! ¡Fuera, Jack! —desafinaba mi abuela con desesperación contenida mientras una señora elegante vestida de celeste y con la piel muy blanca a pesar del sol, se sentía culpable como una mujer violada.

También fui testigo de los gallos desatados que se trepaban arriba de las pobres gallinas –bastante tenían ya con poner los huevos– y les picoteaban la cabeza con fuerza. Parecían el pájaro loco, o un pájaro carpintero malintencionado. La gallina ponía cara de "esto es lo que hay". Inmovilizada y con las cejas para arriba, esperaba que el gallo tuviera mejor idea.

Había visto pájaros volar pegados y había preguntado, muy estúpida:

—¿Qué están haciendo? Se van a caer.

—M' hija, la Nena quiere más té. Anda a buscar agua caliente que no hay más.

Yo recordaba a mi madre tirada sobre el sillón, bufando de manera bizarra mientras su novio ciego, de dos metros de altura, trataba de embocar literalmente a ciegas.

Una tarde en que la vi bastante tranquila y lúcida le pregunté:

—¿Cómo es que te quedas embarazada? En el colegio dicen que el hombre te mete el coso que se pone

duro en la colita de adelante. Que duele muchísimo y yo no puedo creer que sea así. ¡¡Me da un asco!!

—¡Ay, gorda, qué horror! No. No es así. Yo te voy a contar todo bien pero no te tienes que asustar.

Empezó a dibujar con una carbonilla –mi madre dibujaba mucho y muy bien– angelitos en un papel blanco. Tipo *puttini*, sonrientes y gorditos, uno al lado del otro. En mi familia era costumbre recurrir al dibujo para entendernos. Esta vez, los angelitos inocentes de mi mamá tenían una particularidad inusual: pito. En una secuencia, muy divertida, éste se iba ensanchando, creciendo, alargando y endureciendo. Una línea de puntos marcaba la dirección en la que se iba parando y, ante mis ojos incrédulos, lo hacía de costado y no como con un resorte, tal como me había imaginado. Los angelitos sonreían picarescos y Mami los numeró. Estaban de perfil y de frente, alineados con fines didácticos. Las fases del milagro de la erección me autorizaban a hablar del tema:

—Dime la verdad. ¿Duele?

—La primera vez no te va a gustar nada. Pero después vas a ver que sí. No es un asco como piensas. Lo que pasa es que todavía eres muy chica y ni te lo puedes imaginar. Pero ya vas a ver —decía, con la naturalidad propia de la gallina que se dejaba servir por el gallo tranquila y con la seguridad de que algo fructífero derivaría de esa entrega mutua.

Una mala noticia

Me iba haciendo más grande. El cuerpo me obedecía con nobleza a todas las órdenes que recibía. Tanto de mis maestros de distintas disciplinas como de mi polifacética voluntad.

Los deportes les sentaban bien a mis piernas flacas y a mi espíritu competitivo. Nadaba ligerísimo. Me había enseñado mi abuelo en los largos veranos solitarios y en la pileta del campo, a la hora en que el personal hacía la siesta. Fuera de esas horas no me era permitido ponerme malla de baño para evitar, decía él, "calentar" a los peones. Corría en campeonatos y ganaba a menudo. Mostraba también mucha destreza para los juegos con pelota: tenis, *hockey*, *volleyball* y un juego en especial que se daba en llamar "pelota al cesto". Parecido al básquet, se embocaba la pelota en la red del adversario sin hacerla rebotar contra el piso. Era como una danza. Más grácil que andar haciendo gambetas. Y efectivamente gozoso de jugar. Una vez atrapada la pelota entre las manos, no nos podíamos mover: o bien pasábamos la pelota de inmediato sin retenerla o, dando un paso hacia el cesto y doblando las rodillas como en un *plié* de *ballet*, tirábamos para anotar un tanto.

Me había convertido en una de las favoritas del equipo. Era buena compañera, rápida y eficiente, jugaba un poco al muchachito rebelde y la simpatía que despertaba me hacía feliz. Confundía los gritos de adhesión en la cancha con manifestaciones de amor y me consideraba querida y elegida. Jugaba en posición de ataque, metía muchos goles y esto me daba seguridad y satisfacción.

—A tu abuelo lo operan mañana de la próstata. Es grave. Se puede morir.

Me recorre electricidad por la espalda. Me dan ganas de ir al baño. Aterrada. Si el abuelo se muere yo también me muero o me suicido como me enseñó mi mamá. No me puedo imaginar quedando sola con la abuela y extrañándolo como cuando se murió mi perrita Greta. Me mareo. Igualmente pregunto desde un lugar lejano dentro de mí:

—¿Qué es una *prósrata*?

—Es algo para hacer pis, m' hija. Y espero que no le pase nada pues si me deja sola contigo y tu madre así como está… no voy a poder… Oye, tú tienes la obligación de estar mientras lo operen mañana a las cinco de la tarde. Me tienes que acompañar. En cuanto llegues del colegio te vienes para el sanatorio.

—Abuela, tengo la final de *net ball* en el colegio. No puedo faltar al campeonato porque no hay suplentes y me matan si no estoy.

Rompo a llorar desconsolada. Me inundan las lágrimas y me da hipo. Otra vez la conocida impotencia de no ser tenida en cuenta y de ser la culpable de todo lo malo que pasa en mi casa.

—M' hija no llores fuerte que te puede escuchar tu abuelo ni me des más trabajo del que tengo. ¡Por favor! No seas desalmada. No puedo creer que estés pensando en esa pavada del colegio cuando tu abuelo se puede quedar muerto en la operación. Déjate de zonceras y mañana estás en el sanatorio como yo te digo.

Ya no puedo hablar. La abuela detenta el poder contra ese animal cansado que soy yo y utiliza la amenaza de la muerte de todos por mi culpa. Si yo estoy en el sanatorio, no va a pasarle nada. Si llego una hora tarde, se muere.

Me paso la manga por la cara y con un esfuerzo casi imposible me repongo y le ruego:

—Por favor, abuela, yo les dije que sí. Soy la capitana del equipo y no puedo faltar. Te juro que me tomo el tren en cuanto termine y me voy directamente al sanatorio...

Y me largo a llorar de nuevo ante sus cejas mefistofélicas arqueadas hacia arriba y la expresión de su cara de cera, detestándome.

—Tú vas a estar adonde yo te diga mañana a las cinco de la tarde mientras operan a tu pobre abuelo que está

viejo y harto de ti y de tu madre. Él te ha mantenido todos estos años. ¿Y tú le vas a devolver toda su paciencia así, no estando? ¡Qué horror!

—Abuela voy a llegar a las seis —imploro—. Te juro por Dios.

—No jures en vano que es pecado y ahora anda a tu cuarto que no te pesque el abuelo llorando que es típico tuyo llamarle la atención. Ten al menos un poco de lástima por eso. Mañana puede ser la última vez que lo veas...

* * *

Me quedé en el colegio a jugar la final. Sabía que esa desobediencia podía costarme casi la vida pero sentía en paralelo cierto orgullo por animarme a hacerlo. Ganamos. Fui vitoreada y llevada en andas pues metí casi todos los goles. Una vez vuelta a la realidad, corrí como una saeta a la estación para tomar el tren a Retiro. Desde allí volé hasta mi casa con el estómago vacío y contraído por el miedo. Cuando llegué vi de inmediato un papel junto al teléfono con letra enorme, de la abuela, que decía: LLÁMAME URGENTE y un número escrito en rojo. Temblando me comuniqué con el sanatorio. Dije el nombre de mi abuelo y en el acto apareció ella:

—Hola, m' hija —me atendió, seca y mal.

—Hola, ¿cómo está?

—Está gravísimo, se está muriendo. No sé si lo alcanzas vivo. Pero como a ti se ve que no te importa nada, ni vengas. Quédate en casa nomás...

Pegué tal grito que apareció una de las gallegas.

—Ale, niña, llama a alguien, no te asustes —trató de tranquilizarme.

Acostumbrada a recomponerme ante una mínima manifestación de interés llamé al teléfono de una amiga de la abuela que sabía de memoria. Lloraba tanto que no podía hablarle.

—Di- ce... di-ce la abue... no puedo... que el abuelo... se se muere... ¿qué hago? Por favor ayudame —le pido desesperada.

—Tranquila, tranquila. Tu abuelo está bien. Acabo de hablar con ella y terminó bien la operación. Está un poco dolorido pero se va a mejorar. Ya está en el cuarto. Te acompaño a verlo, no llores, te paso a buscar y esperame en la puerta.

Esta mujer me llevó de la mano hasta su cama de enfermo. No estaba grave y seguía vivo. Cuando me vio, estiró los brazos y me le tiré encima abrazándolo muy fuerte y sin tener en cuenta que estaba dolorido me quedé así quietita prolongando el momento del alivio.

"Por favor Dios no seas malo te pido que mis abuelos no se mueran antes que yo porque como son viejos se pueden morir. Yo voy a rezar mucho y a hacer todo lo que dice el catecismo. Por las noches tengo pánico de que se mueran y no me puedo dormir. El abuelo siempre me dice que si le pasa algo me queda a mí 'el drama de tu madre', y como todavía no sé nada de bancos ni de cuentas no voy a poder administrar las cosas y se van a aprovechar de mí y me van a robar todo. Que ellos nombraron un tutor que no conozco pero es abogado y se puede ocupar de mí. Dios mío, no voy a poder con eso, te pido por favor que no te lleves al abuelo".

El abuelo me amenaza con que tengo que aprender a cobrar cheques en el banco y yo no sé qué quiere decir "cheque". Que en cuanto cumpla diez años tengo que aprender a tirar con el revólver para protegerlos en el campo y manejar el tractor por si ellos que son viejos tienen alguna urgencia. En realidad el tractor ya lo manejo desde los siete. No lo puedo arrancar porque tiene una palanca que una vez le quebró la muñeca a uno de los peones. Le pido también a la virgen que no se muera Mami, porque siempre está en la cama fumando y parece que me odia cuando la voy a ver, pero dice la abuela que no tiene la culpa y que en el fondo es buena.

Una noche, en el campo, pasé al oscuro por el cuarto de la abuela. Ella dormía. Tenía toda la cabeza llena de manchas rojas y yo pensé que le había explotado el cerebro. Me dio vueltas todo y pensé que a lo mejor le habían pegado un tiro mientras yo estaba distraída.

Enseguida me di cuenta de que la abuela tenía un pañuelo en la cabeza y los "bigudíes" puestos. El pañuelo

era clarito y estampado con unas grandes bocas, de labios rojos debajo de las cuales se leía "Elizabeth Arden" con letra manuscrita. Lo raro es que no me alivió que estuviera viva. Te pido perdón, Dios mío, Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día. A ninguna de mis amigas les pasa esto. Señor mío y Dios mío. En el nombre del padre... ¿Dónde está mi padre?

Tres vírgenes

—Cuando vayas a ver a tu madre dile que no se olvide del día del Carmen. Que trate de estar bien para que vayamos a misa las tres juntas. Como hacemos todos los años.

—¡Dale! ¡A mí me encanta ir porque hay roscas de anís!

—La cuestión va a ser si tu madre puede dejar el egoísmo de lado al menos para estar las tres Cármenes juntas una vez por año...

—Abuela... ¿Qué es lo que le pasa a Mami? —pregunto con verdadero temor de escuchar la respuesta.

La abuela hace un silencio grave y profundo. Sin mirarme. Presiento que algo tiembla dentro de su cuerpo y la escucho carraspear.

—Mira... Es difícil. Lo único que le importa es ella misma y es incapaz de arreglarse sola. No te pudo criar ni a ti. Es una pena pero Dios me va a dar fuerzas siempre para aguantar. Es típico de ella que nos va a arruinar el día de la Virgen del Carmen, vas a ver.

—Bueno —digo con timidez—, vamos nosotras dos solas.

—¡No! No es lo mismo. Las tres nos llamamos "Carmen" y ella cumple los años al día siguiente de su

santo. Nació el día después de la fiesta de la Virgen. ¿Entiendes?

El año anterior habíamos ido las tres en un día muy frío a la parroquia de la calle Rodríguez Peña. La abuela compró unos escapularios pequeños de género bordado con la virgen y el niño a upa flotando sobre una corona de nubes, lindísimos, con paño lenci por detrás de la imagen, de color celeste, y una cinta dorada para colocarse alrededor del cuello. Adquirió además unas medallitas para las parientas y estampas con la imagen preciosa de la virgen.

Mami se tambaleaba un poco y prendía un cigarrillo atrás del otro mientras estábamos en el patio de entrada a la iglesia. Habíamos pasado unas rejas enormes y ese lugar era como una plaza donde vendían los recuerdos de la virgencita... y las rosquitas de anís. Temí que se terminaran: la abuela no las compró antes de entrar a misa.

Carmen, Carmen y Carmen. Carmencita, Carmen madre y Carmen chiquita. Lo curioso era que a la abuela le decían Carmencita. La abuela era Carmen María, por la virgen, pero le decían Carmencita. Mami era Carmen Victoria, por la madre de mi abuelo. Y yo era Carmen a secas porque era un "opio" tener más de un nombre. Mi abuela paterna había querido que me pusieran Teresa, pero Mami se resistió como si temiera perder la guerra contra los Hunos.

Lo cierto era que estábamos las tres sentadas en el tercer banco de la izquierda de la iglesia. La mezcla de humedad con frío no me quitaba la alegría de estar con mi madre y mi abuela, juntas. Éramos una familia normal. Rezábamos como los otros y Dios la iba a convencer a mi madre de no ser tan egoísta. La Virgen iba a ayudarnos a que ese milagro sucediera. La voz del cura que decía *"oremus"*; la misa en un idioma raro que yo memorizaba con atención y después sabría que era latín, me apaciguaban. *"Et cum spiritu tuo"*... Era feliz. Estaba protegida allí adentro de todos los demonios. Lo mejor era el calorcito que sentía en mis piernas contra las piernas de ellas. De un lado la pierna de la abuela, extrañísimo efecto de amor el que emanaba de aquella temperatura cálida. Su pierna era gordita y la mía parecía la de un pajarito flaco. La de mami, más inquieta, también estaba calentita. Yo hacía fuerza en contra de su cuerpo y a la vez me quedaba casi sin respirar, inmóvil, para que esa figura de las tres no se deshiciera nunca más. Sabía que al llegar el evangelio, todos se pararían. Se pondrían de pie de golpe como si hubieran recibido un mensaje del cielo. Y allí las piernas se iban a separar. Sentir a las dos juntas a cada lado me permitía imaginar una escena en donde contaba cosas normales en el colegio: "Ayer fuimos a misa con mi abuela y mi mamá porque era nuestro santo. El día del Carmen".

Al sonido del órgano, que desafinaba mucho, la gente cantaba casi a los gritos. Las mujeres con voz nasal y agudísima parecían los corderitos del campo encerrados en el corral: Aaaaaaaaaveeeeeeeee, aaaaaaaaaaveeeee, aaaaveeeeeeeeeemaríííííía. Yo aprovechaba la posibilidad de cantar fuerte y como lo hacía bastante bien, trataba de convencer a otra vecina de banco para que siguiera mi afinación. Ante mi sorpresa, Mami sonreía y me miraba con bastante cariño. La abuela, como siempre, tenía una expresión dura en la boca. Y apenas susurraba algún "amén" con inhibición y pudor. Mami ignoraba cuándo pararse, cuándo sentarse, y las letras de los rezos. Estaba distraída pero cerca de mí. "Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada", anunciaba el momento de la comunión. La abuela se acercaba a recibir la comunión y yo me recostaba contra Mami, quien, después aprendería en Las Esclavas, estaba en pecado mortal y no podía comulgar. Estar separada de mi papá la enviaba directamente al infierno. La gente miraba para abajo cuando el cura mostraba la hostia, yo copiaba todo pero espiando a los otros con curiosidad ante esas caras de exaltación. Parecían todos enamorados de alguien... ¿Sufrían? ¿O les gustaba? A la abuela le salía un gesto que era nuevo, una especie de cara entre babosa y excitada, con la boca entreabierta y los ojos algo desviados. ¿Se estaba por desmayar? A mí me daba un poco de vergüenza mirarla mientras las rodillas de

tero se me incrustaban en el reclinatorio. Mami tenía olor rico. Una macedonia de cigarrillo con perfume y jabón que yo podía oler desde el ascensor cuando la iba a visitar. Olor a Mami. El cura estaba invitando a la "imposición" de los escapularios. La misa había terminado. La abuela empujaba hacia delante conmigo de la mano y las tres nos colocábamos el escapulario en el cuello. El cura sacudía por el aire un cilindro plateado lleno de agua bendita que nos mojaba como una regadera serpenteando por encima de nuestras cabezas. Se suponía que quedábamos todos bañados y libres del mal. Mi madre sonreía mirándome con picardía. En el momento en que el cura decía que sacáramos todo lo que queríamos bendecir, yo tomé la mano de Mami y la sentí tan adentro de mi propia palma que simulaba ser la mía. No las podía distinguir. Era una sola mano y yo era ella.

Sin saber mucho cómo habíamos salido afuera, cantábamos y comíamos rosquitas de anís. La abuela, harta, buscaba al chofer para que Mami no fumara más delante de todas esas señoras tan devotas. Me empezaba a molestar algo en la panza, una rosquita atravesada y la tristeza del final de fiesta. El día del Carmen era un día único donde se manifestaba eso que decían los curas en la religión. Se aparecía el amor para mí. Sabía que, ni bien subiéramos al auto, Mami se quedaría sola en su departamento sombrío de la calle Montevideo y yo

ingresaría otra vez al enigma de la calle Quintana con la abuela de muy mal humor!

—Hola, Gustavo —saludaba la abuela—. No te imaginas qué pesadilla hoy Carmen madre en la iglesia. No paró de fumar y de reírse de todo. Ni siquiera puede portarse bien por la chica. Es un pésimo ejemplo para ella.

Yo subía la escalera hacia el encuentro de las mucamas gallegas para bañarme. Me parecía que Mami se había portado regio. En mis ojos descendía un velo igual al de los pájaros antes de dormir, pero de tristeza. Así me sucedía cada vez que terminaba un libro que me gustaba mucho. Esta vez, tendría que esperar un año más para que se repitiera la sensación de estrenar un libro nuevo.

En la mano izquierda, todavía sentía el cosquilleo del contacto con la mano de mi madre. Cada 16 de julio, día del Carmen, la Virgen me tomaba de la otra mano, la derecha, con amor.

Mi caballo, un padre

Dos cosas me gustaban con locura: la danza y el caballo. Me miraba en los ojos de los caballos como si fueran Dios, buscando respuestas a los misterios privados. ¿Qué verán? ¿Me verán humana o caballar? ¿Deformada, según el reflejo de mi imagen en el ojo marrón inmenso con pestañas llovidas hacia abajo? ¿O como en los espejos de los parques de diversiones? Engordada. Chata. Enana. Con la nariz ancha como un enchufe triple. Una lombriz humana con cara larga. Pintada por Modigliani. Ese pintor le gustaba a mi mamá y a mí me daba tristeza. El Greco también pintaba caras largas y la abuela las atribuía a un defecto "congénito" en la vista del pintor. "Congénito" quería decir que era de nacimiento y que no había nada en este mundo que hacer para arreglarlo. Ese tema respondía a la misma duda que me generaba el ojo del caballo. Si el caballo fuera El Greco, ¿me pintaría gorda o flaca? Además, si El Greco siempre hubiera visto las caras así de largas, entonces las hubiera dibujado normales porque no se hubiera dado cuenta...

Mi caballo –o mi yegua para el caso– me miraba fijo con el ojo frente al cual me paraba. Me observaba con ese ojo muy asustado y colocado casi para atrás, mirando hacia la cola, como perseguido por un fantasma del

campo. Por la mañana tempranito, cuando lo iba a agarrar en el medio del potrero desértico, relinchaba muy bajito ni bien me presentía, y se quedaba quieto. Me iba acercando despacio, tal como me había enseñado el tambero, e imitaba su relincho para saludarlo. Él recostaba las orejas, desconfiando. Yo le hablaba:

—Buen día. No me pongas esa cara de culo. Vamos a pasear un poco para el lado del laguito. ¿Dale? —y los dos nos íbamos reconociendo y estudiando.

Ni un novio me trataría tan bien y con tanto cuidado. Ni qué decir yo a él.

Semejante ritual por las mañanas era lo mismo, yo suponía, que ir a misa. Siempre igual. La abuela contaba que en la iglesia se "relajaba". A mí me "relajaba" acercarme a mi caballo. Olerlo. Ponerle el bozal con delicadeza. Mirarle los dientes grandes teñidos de verde-pasto cuando masticaba el freno de metal adosado a las riendas. Interrumpir su desayuno. Tocarle la parte interna de las orejas, suavecita y cerosa. Acariciarle su nariz de goma negra. (Me enamoraba de los hocicos de los caballos y los perros). Lo palmeaba en el cuello y le acariciaba el pelo siguiendo la corriente de su crecimiento. Brillaba su pelaje al sol, simulaba ser el cabello hindú y resplandeciente de una compañera de colegio a la que peinaban con un aceite especial todos los días. La crin cortita me producía felicidad de sólo mirarla, y adoraba tocarla para un lado y para otro. Me hacía cosquillas en la palma de la mano y me

sorprendía lo grueso y tupido de esa crin, tan distinta al pelo de las personas. Aunque una vez había tocado el pelo de un chico que estaba haciendo la conscripción como soldado, y lo tenía cortito como un puerco espín. Igual que un cepillo "carísimo" de la abuela que yo no dejaba de toquetear mientras ella me retaba una y mil veces.

—Tienes olor a sudor de caballo. Te vas a enfermar si no te pones un abrigo. Además no nos gusta que te quedes siempre a comer con los peones. Van a pensar que no te cuidamos —repetía todas las tardes la abuela como si fuera el Padre Nuestro.

* * *

Me tomaba fuerte de las crines largas a la altura de la cruz y montaba mi gateado preferido, previo envión, de un solo salto altísimo. Dada la levedad casi absoluta de mi cuerpo y mi agilidad proveniente de la danza clásica, volaba como las hadas de los cuentos infantiles que la abuela me leía de noche: una estrella fugaz al revés. En el salto sentía un vacío en la panza como si me elevara hasta el más allá. Era la excitación de la obediencia del cuerpo y la ofrenda del logro al abuelo. Había aprendido además a pasar de un lado al otro con el caballo en movimiento. El caballo al paso. Con el salto pasaba hacia el otro lado. Esperaba tres pasos. Y volvía a saltar. El abuelo me llevaba a ver unas exhibiciones en donde la Policía Montada hacía esta misma acrobacia pero con

el caballo al galope. Se trepaban además en pirámides interminables sobre un solo y pobre caballo y los hacían bailar y estirar las patitas, como en una danza de salón. Los caballos marchaban con sometimiento. Si no, no hubieran bailado ni hubieran cargado con tanto peso. Era divertido ver a un militar o a un policía galopando parado como las *ecuyères* de los circos. Los señores de uniforme ejercían fascinación sobre mí. Eran modelos de fortaleza a la vez que me provocaban desconfianza, pero sin duda organizaban el mundo en "hombres" y "mujeres". Por ese motivo, mi habilidad con los saltos y el caballo me resultaba confusa. El abuelo me aplaudía. A la vez que me decía en un mensaje doble:

—No quiero que se calienten los peones contigo saltando y parada arriba del caballo en pelo. Pareces una india. ¡Pero la verdad es que lo haces tan bien!

No pensaba más que en esas asociaciones: ¿cómo podía ser que una señorita con plumas blancas en la cabeza y media desnuda con una tira dorada en el ombligo, hiciera la misma prueba que un policía vestido de azul marino con charreteras y escudos y una panza incipiente? Los policías corrían sosteniéndose el arma en la cartuchera. ¿Por qué hacían todas esas pruebas arriba de los caballos con una pistola en la cintura? Cuando hacían acrobacias no iba a ser el momento de matar a un ladrón...

El abuelo no perdía oportunidad de obligarme a saltar de un lado al otro del caballo frente a cualquier visita

ocasional. Lo hacía con una aparente indiferencia pero yo sabía que le entusiasmaba mi destreza.

Cuando en los veranos decidían que yo estaba muy sola y demasiado salvaje, la abuela invitaba a una amiga de Buenos Aires para volver a disciplinarme y limpiarme y peinarme y civilizarme. Mis amigas solían llorar a gritos ante la visión impúdica de un animal abierto y en proceso de ser carneado. Ante la vacunación de novillos. Frente a las pezuñas de las ovejas infectadas con pietín. Todas situaciones que eran absolutamente normales para mí. Diariamente, a las cinco en punto de la tarde, se carneaba una oveja y yo participaba de la faena con toda naturalidad. Héctor, el peón encargado, me facilitaba su cuchillo, y yo lo ayudaba a despegar primero el cuero del animal, luego con un serrucho cortaba el pecho y con las dos manos y la ayuda de él, separaba el costillar en dos empujando fuerte hacia abajo. Era siempre la encargada de cortar y sacar el corazón, al que se le rebanaba la punta y se abría en dos partes con un facón muy afilado, antes de colgarlo en la carnicería. Con la lata de dulce de membrillo en desuso que contenía la sangre coagulada del degüello de la oveja apoyada sobre mis manos como una bandeja de banquete, partía yo feliz a posarla sobre el suelo del chiquero. Los chanchos gritaban borrachos de alegría en cuanto me descubrían y se peleaban por comer primero de ese flan carmesí.

Mi prima del alma tuvo que ser internada la primera vez que me acompañó a ver carnear. Se desmayó y pegó

con la cabeza para atrás. Nunca más quiso ir. Y eso que era más grande que yo. Héctor el peón me dijo que era maricona. Invité entonces a María Luisa, amiga a la que se le había muerto la mamá cuando era chiquitita y tenía una madrastra como en los cuentos. Por eso era muy corajuda y nunca tenía nervios. Estaba acostumbrada como yo a andar sola y a veces se atrevía más que yo a portarse mal. Una tarde, el abuelo nos pidió que hiciéramos la prueba de los policías. Comencé yo, en una barranca que conducía a los galpones. Mi caballo casi trotaba por lo empinado de la barranca hacia abajo y se me hizo muy difícil no enredarme con las patas. Logré ir y volver a destino sin pausa y saltando de un lado al otro a tiempo y con éxito.

—Ahora le toca a María Luisa —ordenó el abuelo—. Seguro que te gana.

Pero María Luisa solamente saltó arriba del caballo en pelo y se bajó del otro lado. Eso fue todo. Y ante mi asombro, el abuelo aplaudió.

—¡Muy bien m' hija! —la estimuló—. ¡Mejor que Carmen!

Sin poder creer lo que escuchaba me subí de un salto al caballo y me acerqué al abuelo. Cuando lo tuve cerquita le propuse, articulando cada palabra:

—¿Por qué no te vas a la mierda? —y salí disparando para los galpones.

Sabía que no era posible volver a la casa. Lloraba desesperada arriba del caballo mientras iba anocheciendo y

hacía frío. Galopaba sin rumbo tratando de tranquilizarme y de decidir dónde pasar la noche. Si iba a lo del mayordomo, me llevarían a casa. Tenía hambre y sed. ¿Y si trataba de volver? Cabalgué hacia la luz prendida de la casa grande. Estaban cerradas con llave sus dos puertas de entrada. Con los nudillos helados le di dos golpes suaves a la puerta principal. Nada. Otra vez un poco más fuerte. Nada. Me dejaron afuera toda la noche. Me descontrolé. Le lancé patadas a la puerta. Grité. Llamé a María Luisa. Nada. Me quedé dormida al amanecer sobre la piedra dura del porche de mi casa. Cuando me desperté, estaba el abuelo mirándome con odio.

—¿Por qué no te vas a mandar a la mierda a tu otro abuelo? —gritó.

La pelea duró un mes. No nos hablamos más y cuando nos cruzábamos yo daba vuelta ostensiblemente la cara. En la mesa, no cambiamos palabra. Y un día cualquiera, nos encontramos en el descanso de la escalera. Nos miramos y nos enroscamos de un golpe en un abrazo fuertísimo. Los dos lloramos con ruido y mi abuelo, sollozando como un chico, me pidió que no lo hiciera nunca más. Que no lo insultara más en toda mi vida. Le dolía demasiado. Yo le pedí perdones y disculpas entre lágrimas y mocos y olor al abuelo. Siempre fue rico el olor al abuelo.

Cuando al final del verano me tocaba despedirme de los caballos, lagrimeaba de pura desazón. Parecía que

ellos se daban cuenta. El gateado siempre pateaba la tierra, enojado, con la manaza delantera golpeando el suelo con un ruido sordo: había dioses debajo de la tierra que también se enojaban por la despedida. Una vez en el colegio, los extrañaba hasta el dolor. Dibujaba cabecitas de caballo en los cuadernos, en los libros, en el pupitre. Y eso me daba placer porque era solamente mío, privado y nadie me lo podía sacar. Ninguna de mis compañeritas gozaba de ese privilegio de andar sola por la inmensidad del campo galopando a todo lo que da durante horas y horas. Sin que nadie me molestara con órdenes. Yo era muy valiente.

—Me encanta verte sucia —se admiraba el abuelo mientras escudriñaba la roña de mi cuerpo.

Yo volvía a la casa al atardecer luego de una jornada intensa de cabalgata y labores en el campo. Llena de tierra o de barro, las alpargatas verdosas por las caídas en el pasto y a la vez manchadas de grasa. El pelo imposible, dividido en rastas arcillosas. Tieso y muy, muy largo. Los ojos enrojecidos por el viento y lastimados de andar a toda velocidad. En algún caballo, carro, rastrín o chata con caballos de tiro. Mis uñas renegridas que no cedían ni con una hora completa de remojo en agua jabonosa.

—Me encanta que te ensucies —repetía el abuelo.

Él me quería de todas maneras: limpia o sucia. Mala o buena. Fea o linda. Como mi caballo que era también muy fuerte y no me hacía caer.

Zapatillas de punta

La danza clásica, el *ballet*, mi otra pasión, por el contrario, hacía las veces de mi madre. Desempeñaba esa función porque me enseñaba cosas de mujer.

Cumplo cinco años. Mi tío Gustavo entra al departamento de mi madre con un envoltorio de papel de seda. Sonriendo me lo entrega. El corazón me da un salto. Imagino todo: puede ser un perrito o un secador de pelo. Lo abro atropellada y me encuentro con un par de zapatillas de punta color rosado langostino y diminutas como mis pies. Están, a su vez, tapadas por un mantón de Manila auténtico, en miniatura, para niña. Es rojo despampanante con flores bordadas en amarillo y verde que sobresalen en otra dimensión como en el jardín de mi abuela. La excitación me ahueca el estómago. Tomo las zapatillas con ambas manos calzándolas en los dedos. Comienzo a aplaudir con ellas puestas en las manos. Toc. Tac toc tac, toctoctactoctac. Le voy dando un ritmo. Mi tío se contagia y empieza a bailar. Yo lo sigo y me río contenta. Mi madre me coloca el mantón sobre los hombros y yo comienzo a zapatear como el bailarín español que era amigo de mi tío y se llamaba Alfredo Alaria. Soy feliz. Soy famosa.

Pocos días después de esta improvisación coreográfica, me "apuntaron" (así decía la abuela en vez de "inscribieron") en lo de *Madame* Bideleux, viuda de Mayne. Una inglesa adorable que enseñaba danzas clásicas y escocesas. Me habían acompañado hasta el instituto, lo que nunca, mi abuela, mi madre y mi tío. Jamás hacían actividades juntos y este lujo me hacía sentir eufórica. Mami y mi tío me sostenían de las manos y me acuerdo el número de la calle: 1234. Pensé que era tan fácil que si me perdía lo iba a recordar para siempre. Se abrieron dos puertas de vidrio esmerilado y opaco y un grupo de chicas, vestidas con mallas de danza oscuras pegadas al cuerpo y medias rosadas, saltaban alrededor de una señora mayor, delgada y muy graciosa. Seguían el ritmo de una música que me sonaba conocida. De las que la abuela catalogaba como una "maraviiiiilla", obligándome a poner atención.

Los salones de *ballet* cuentan con barras de madera horizontales de alturas diferentes, a nivel de la cintura, adosadas a las paredes. Con esa visión una se percata de un futuro en donde el ser más grande le permitirá tomarse de la barra más alta, y escalar vaya a saber qué posiciones bajo la mirada de vaya a saber quién. Los espejos abarcan por lo menos tres de las paredes de la sala y reflejan un horizonte sin límites en el piso mullido. Un buen piso de danza está construido sobre un colchón de aire, para que cuando las bailarinas salten, no se lastimen los tendones

de Aquiles. Parece que a Aquiles, creo que era en Grecia, su mamá lo bañó en un río para protegerlo de la muerte, pero le quedó un taloncito afuera mientras ella lo sostenía boca abajo, y por eso esa parte del talón se llama así. Era el lugar débil del guerrero Aquiles. Según mi abuela, todos lo tenemos. Yo nunca lo encontré.

Supe, ni bien entré en el estudio de *Madame* Bideleux, que quería estar mirándome en esos espejos con un rodete en la cabeza, atando por un rato tanta melena suelta y desatendida; emprolijar las cosas malas que la abuela criticaba en mí; y que una maestra bailarina se diera cuenta de que yo era buena para algo. Un estudio de danza huele al cuero de las zapatillas, a una cosa que se llama "resina" y se pone en cajoncitos para refregar las puntas y evitar las caídas. También hay un cierto vapor sudoroso con un fondo de olor a transpiración y a perfume, a desodorante barato, aunque se abran las ventanas y se limpie todo el tiempo. Eso le da apariencia de película de suspenso, donde la niebla sugiere que hay sucesos por ocurrir. No me importaba que el salón oliera a zoológico. Si hasta me gustaba el hedor a caballo sudado y a pis de zorrino.

Casi me hago pis en serio al ver esa ronda de bailarinas de cajita de música. Explotaba en ganas de que me invitaran a participar. Hice fuerza para que eso sucediera (lo hacía muchas veces). Así vestida de calle como estaba. Mis deseos, como si pudiera frotar la lámpara de

Aladino, se hicieron realidad: *Madame* Bideleux estiró su brazo largo y me tomó de la mano muy fuerte. Ella seguía bailando con un paso que me resultó sencillo y en una décima de segundo me había convertido en una participante más de ese círculo de deidades. Al cruzar las piernas para desplazarme, siempre de la mano de *Madame*, sentía el placer de los muslos al tocarse. Como tenía las piernas tan delgadas, nunca me había sucedido antes que se tocaran entre sí. El movimiento en ronda se parecía al del "fideo fino" que se jugaba entre dos chicas dando vueltas a todo lo que da estirando los brazos, pero de reojo en el espejo se veía un grupo de chicas perfectas haciendo lo mismo y siguiendo el compás.

—¡A la barra! —gritó *Madame* palmeando las manos y agregó mirándome con picardía—: ¿Te animás?

Copié a las otras chicas y agarré la barra con la mano izquierda como si de ella dependiera mi supervivencia. Todas abrían los pies para afuera con bastante naturalidad. Intenté hacerlo con mis zapatos blancos de tirita y casi me caigo para atrás. Los pies se me cerraron como con un resorte. Era difícil y creía que no iba a poder. La abuela, Gustavo y Mami charlaban distraídos en unas sillitas chicas. Me alivió que no se dieran cuenta de que había empezado a sufrir.

—Vamos a hacer dos *demi pliés* y un *grand plié* mirándonos bien la mano. Bien derechitas en primera

posición... Carmen, vos no te preocupes. *Just look* —majestuosamente indicaba la profesora.

La pianista, porque había pianista, tocó dos acordes. Uno, dos. Mi cuerpo comenzó a bajar involuntariamente, a doblar las rodillas, a llegar con la cola al suelo y a volver a subir siguiendo la música tan bella que me hacía doler la nuez de la garganta. Torpe, intentaba seguir con los ojos mi mano huesuda y finita. No me gustaba verla pero la tenía que mirar igual porque así se bailaba. *Plier* quería decir doblarse, y yo lo sabía por *Mademoiselle* Samitier, y en ese momento me di cuenta de que en la danza se trataba de repetir y repetir lo mismo hasta agotarse. Hasta que saliera bien. Y nunca salía del todo bien.

—*Elle est douée* —le informó *Madame* Bideleux al grupo familiar que no pareció atender demasiado.

Yo estaba segura de que la profesora había dicho algo bueno de mí. Pero ya habíamos hecho muchos pasos en la barra y estaba mareada. Un poco de dolor de panza comenzaba a invadirme. Cuando estaba por aflojar, me salvó otra vez Aladino:

—Suficiente para ti, Carmen. Nos vemos la próxima —me saludó de lejos levantando su brazo.

Fui corriendo y me tiré en la falda de la abuela. No era en general efusiva pero estaba tan excitada, que hasta sentía atracción por ella. Tímidamente me tocó la cabeza, casi acariciándome y en secreto me dijo:

—Qué suerte que te ha gustado.

Al volver a casa, los pasos se me agolpaban en la cabeza. El entusiasmo se transformaba en obsesión y las imágenes de la clase de baile aparecían una y otra vez mientras la gallega de la abuela pretendía bañarme y yo estiraba los pies como hacía *Madame*.

En la cama, no pude parar de llorar. Por primera vez, de alegría.

Amor de hombres

Oigo muy a menudo el nombre "Donovan". El abuelo comienza las conversaciones diciendo: "Donovan dice" o "tengo que preguntarle a Donovan" y se arma otro misterio para mi lista de casos a resolver. La detective vuelve a ponerse en acción.

En el campo, los peones hablaban de "Donová" y cuchicheaban entre sí ese nombre inglés. Era un secreto y yo entraba otra vez en camino barroso. Pero igualmente, la curiosidad me superaba:

—Héctor, pasame el rebenque. ¿Quién es Donová?

—¿No te contó tu abuelo? —me preguntaba incómodo y salía galopando torpe adelante mío.

Héctor tenía dos hijos: el Pocho y la Cristina Yolanda. A mí me asignaban tareas de campo junto con el Pocho tales como limpiar bebederos, acomodar bolsas en el galpón, barrerlo, chequear los molinos, curar ovejas agusanadas, contar corderos recién nacidos o lavar los caballos después de desensillarlos.

El Pocho permanecía mudo y galopaba a mi lado durante horas. Callado como los escarabajos y los choclos, y ensimismado igual que esos pájaros que se adormecen parados en una rama con los ojos que no se sabe si ven. Él estaba en su mundo. Los dos trabajábamos en un

silencio de trapa, nos entendíamos con señas mínimas, y era muy agradable no tener que conversar. Una tarde aproveché su distracción ensimismada y le lancé:

—¿Pocho, vos sabés quién es Donová?

—Ej un hombre que puso tu agüelo pa enseñarle a tu tío a no ser maricón —contestó con su verdad el Pocho Divasón.

Y volvió a enmudecer mientras a mí se me nublaban los ojos por algo que me sonaba a que a mi tío lo trataban mal.

A la hora de la cena, mi habitual mal humor hizo que el abuelo me preguntara, algo nervioso:

—¿Y ahora qué te pasa?

—Nada —rezongué.

—¿Y la cara de fondis?

—Quiero saber quién es Donovan —me atreví.

La abuela respiró hondo y se puso blanca, el abuelo se tomó la panza, nervioso y mascullando acerca de su úlcera.

Yo sabía en todo mi ser que Donovan le pegaba a Gustavo porque no le gustaban las chicas y no tenía novia. Yo lo adoraba a mi tío y no iba a dejarlo a Donovan que le gritara o lo maltratara. Me dormí pensando en una estrategia para que se muriera envenenado con una semilla que se conocía en el campo como "revienta caballos". Y si no, le cavaría un pozo para que cayera en una trampa: había aprendido a hacer trampas con cañas

cruzadas sobre un foso y tierrita y hojas para disimular por arriba. Y si no, aunque fuera presa, lo iba a matar yo con el rebenque o le iba a pedir ayuda al Pocho. Pero a mi tío nadie le iba a pegar. Mi tío era bueno y lindo y me hacía reír. Mi tío me había regalado mis primeras zapatillas de punta. Y por las mañanas, me invitaba a su cuarto a tomar el desayuno.

Pasados unos días, vino mi tío a la estancia. En la mesa empezaron a vociferar él y mi abuelo. Terminó mal. Muy mal.

—Te vas, hijo de puta, te vas de acá para siempre. ¡Fuera de acá!

Con el tiempo se supo. Mi tío se fue caminando al pueblo más cercano. No tenía plata ni abrigo. Pero sí tenía un novio en Buenos Aires que se llamaba Derek.

Mi madre me contó que Donovan lo tenía a mi tío a latigazo limpio. Lo obligaba a trabajar en el campo y al atardecer, le imponía tirar al blanco contra una loma en donde colocaba una silueta de lata. Luego debía cazar alguna perdiz con escopeta o una liebre o zorro con rifle 22. Si no lo conseguía, Donovan se ponía furioso y, paf, un latigazo.—¿Pero en serio le pegaba con un látigo?

—Sí, en serio.

Yo pensaba que era más de maricón pegar con un rebenque que con el puño, que a mí me decían los peones que era más de macho. De no creer. Que mi abuelo contratara a un "matón", como lo llamaba mi mamá, para

que le pegara a una persona grande. Mi tío tenía veinte años más que yo y era un señor mayor. Mi mamá pensaba que si a él no le gustaban las chicas, eso no estaba mal. Las chicas sí gustaban de él porque era buen mozo y simpático. A los golpes, repetía Mami, el abuelo iba a conseguir solamente lágrimas. Cuando oía esta frase imaginaba las gotas de rocío que salpicaban el pasto, un poco celeste por la helada del amanecer. Florecían esas gotas y eso me entristecía. La palabra "lágrima" me daba dolor de garganta. A mí me resultaba fácil y divertido trabajar en el campo. No podía imaginar que pudiera existir alguien que me pegara para hacerlo. Mi niñera Amalia, de hecho, duró poco porque me pegó muy fuerte en la mano.

Amalia había querido seguirme por el campo diciendo que era peligrosísimo lo que yo hacía con los hombres. Me escapé arriba de una chata que conducía el Pocho con unos caballos blancos gordos y fuertes, similares a los de las películas de *cow-boys*. Cuando regresé a la tardecita cometí una falta grave a los ojos de la niñera: me lavé las manos negras de tierra y sin querer salpiqué con agua sucia una pilita de ropa blanca recién lavada por Amalia. Ella tomó mi muñeca derecha con su mano enorme, fuerte y rugosa. Con la otra mano me golpeó sobre las venas y me hizo doler muchísimo. Gritando, la amenacé:

—Vas a ver cuando se entere mi mamá —y enseguida—. Maaaamii, Amalia me pegó. Me lastimó las manitos y yo lo hice sin querer —lloraba desconsolada.

—¡Amalia! —la llamó Mami—, pase al cuarto que vamos a conversar usted y yo.

Amalia me fulminó con la mirada y entró al cuarto de mi madre. Salió cabizbaja y me sopló entre dientes apretados por el odio:

—Tu madre me acaba de echar, chiquilina de mierda.

—Vaya ligero a buscar sus cosas, Amalia —le ordenó mi madre.

La única vez que la vi actuar con fuerza y decisión. Toda una señora dueña de sí y dueña de su casa.

Por esa razón me resultaba impensable que a Gustavo le pegaran para que tuviera una novia. Yo no tenía novio y tampoco entendía demasiado el asunto de los besos y los bebitos. Mi madre no había permitido que me pegaran. No podía ser que lo quisieran corregir a mi tío por algo que no tenía maldad. ¿Qué podía estar pasando por la cabeza de mi abuelo para hacerle pegar a su hijo por otra persona? ¿Por qué no le pegaba él que era el padre, si estaba tan enojado?

—¿Qué es ser maricón, Mami?

—Es cuando te gusta alguien de tu mismo sexo. Por ejemplo, si a ti te gustara María Luisa o a mi Silvia,

¿entiendes? A tu tío le gusta Derek y dice que lo ama. Y para mí está muy bien.

—Pero para el abuelo, no.

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto
Dirección General de Relaciones Culturales
Director General

Buenos Aires, 9 de Enero de 1957.-

Mis queridos amigos:

Con Anita hemos estado por ir a visitarlos varias veces, pero tanto mi increíble acumulación de tareas como el hecho de que no recibieran cuando Anita trató de verlos, nos han impedido llegar allí y abrazarlos con todo nuestro cariño.

No pude decirles, la noche del velorio del pobre Gustavo, la tremenda impresión que me causó su muerte. Yo lo quería y valoraba lo que tenía de mejor: el sentido del artista y un raro don de gracia que se reflejaba en sus observaciones inteligentes. ¡Pobre Gustavo! ¡Qué extraña vida!

Me pregunto hasta dónde lo hemos comprendido totalmente; hasta dónde nos comprendemos los unos a los otros. En verdad, pasamos por la vida aislados, repitiendo viejos gestos.

Si en algo puede contribuir a mitigar su pena frente a un destino desconcertante, el saber que

sus amigos sinceros los recuerdan afectuosamente en estos momentos tristísimos, aquí está nuestra amistad invariable.

Los abrazo

MANUCHO

Sr. D. Gustavo Pueyrredón y Sra.

(Carta manuscrita de Manuel Mujica Láinez a mis abuelos con motivo de la muerte secreta y trágica de mi tío a los treinta años de edad.)

Dios castiga pero no a palos

—¿Qué haces ahí tirada todo el día sin hacer nada? ¿Te sientes bien o te duele algo? No es bueno a tu edad no moverte. Al menos podrías leer un libro, habiendo unos *Annuals* preciosos que yo te regalé para que hagas ejercicios con las letras y las matemáticas. Y palabras cruzadas para que te sirva para algo la cabeza. O puedes hacer solitarios con esas cartas Kem que le trajeron al abuelo de Estados Unidos. Me tienes preocupada. Estás color verde y con ojeras negras. Te voy a llevar al médico, a Norbertito, porque te estás pareciendo a tu madre...

—¡Abuela, la semana pasada me retaste porque dijiste que yo no paraba de moverme!

—¡Cuidadito con hablarme así! —se enoja con las cejas para arriba, igualita a Lucifer, la abuela, y me levanto como un gato para desaparecer de su amenaza.

—Estás muy delgada y de mal humor, m'hija. Tirada en los sillones, recostada en el suelo, sin *stamina* para nada, despatarrada sobre la cama y deberías darle gracias a Dios por todo lo que tienes. Además, como dice Gustavo, solamente se aburren los tontos.

—Yo no estoy aburrida hoy. Estaba mirando unos gusanos comerse las hojas de "tu" olmo. Me preguntaba

si tienen dientitos como alfileres y si muerden a los humanos. O los queman, como las gatas peludas verdes.

—Qué pava. Bueno, anda, arriba, anda a bañarte a la pileta o a andar a caballo. No sé, haz algo, porque así pareces tísica. Cuando yo tuve tuberculosis estaba así desganada. Di que ahora no hay más esa enfermedad, pero ni te imaginas cómo sufrí. Tú tienes suerte porque te vacunamos.

—A mí no me duele nada, abuela.

—Tu madre es la que me preocupaba antes, porque es la que te enseña y tú le copias la inactividad. Ella no se levanta de la cama porque dice que se siente mal. Pero tú, francamente, no tienes derecho a estar con esa cara de opio.

Salgo al jardín y hay viento. De inmediato me intriga cómo se produce el viento. ¿Quién sopla? ¿O son las ramas de los árboles que abanican el mundo? Empiezo a correr y hago la "media luna" con las manos apoyadas en el suelo y las piernas arriba en forma de molino, figura que me enseñaron en el colegio y me sale impecable. El tubo interior que une la garganta con la panza se me llena de aire caliente. Una nube espesa tapa el sol y lo puedo mirar a través como un disco mágico. Ploc, plac, hacen las ciruelas que caen maduras invitadas por las ráfagas de ese viento misterioso. Llego hasta el patio donde está mi bicicleta colorada. Estoy feliz. Me subo y salgo como un bólido rumbo a la bajada abrupta que

termina en la casa de Jorge Pedro. Suelto las manos y el viento me cachetea la cara y me revuelve el pelo como a las matas de paja de los potreros. Lo llevo largísimo y la abuela lo odia. Se me pega a los ojos, quedo ciega. Me choco contra un árbol enorme. Un tronco de *sequoia* gigante. Este árbol, me contó la abuela, es tan ancho que en EE. UU. hay un parque por donde los autos pasan a través de los troncos agujereados en forma de arco. Despierto con la sensación de que esto me pasó otra vez, acostada en la cama camera de la mamá de Jorge Pedro. Boca arriba en un charco de hielos y agua helada.

—¡Ay, nena! ¡Qué susto que nos distessss! No me respirabas, tesoro. Mamita, tomá un poquito de agua. ¿Querés mate? Mirá qué chichón, madre, qué desastre.

—No... le cuentes... a la abuela...

—Estoy acá —me sorprende con firmeza— y estoy furiosa, m' hija. No sabes qué hacer para llamar la atención. Igual a tu madre. No puedes estar un minuto quieta, tienes hormigas en el *fondis*... En vez de quedarte descansando en tu casa, leyendo, contemplando la naturaleza o escuchando música tienes que andar como un varón en esa bicicleta a todo lo que da. Te llega a pasar algo y nosotros somos los responsables. Ante tu madre, que es una fresca. Te pido que te quedes adentro de casa, que no te escapes así y que te acostumbres a no aburrirte cuando estás sola. El otro día tuve que pedir ayuda para que bajaras del molino que es peligrosísimo.

Estabas a veinte metros de altura y te reías de nosotros. Muy insolente. Otro día te trepas en un árbol tan alto que te puedes matar. Y cuando agarran el carro, tú lo manejas sola con esos dos caballos gigantes. Te puedes morir aplastada. Es típico de guaranga tener que estar todo el tiempo en movimiento sin vida interior. Deberías aprender a comportarte más como una señorita y ayudarme un poco con las flores a poner las semillas que hago traer de Londres. Mira cómo tienes la frente hinchada y negra. Encima esa frente: tan pero tan enorme... Eres un monstruo degenerado. ¿Y si quedas opa por el golpe? ¿O paralítica? Estamos viejos nosotros para llevarte en silla de ruedas. No quiero que tu pobre abuelo se preocupe también por más dramas. Ya tiene bastante con el horror de tu madre.

—Abuela, tú me mandaste a moverme, ¿te acuerdas? —exploto de nervios—. ¡Te odio! ¡Los odio! No hay nada que les venga bien. ¿Si no me quieren, por qué no me regalaron cuando nací? ¡Basta, basta! Si como porque como, si no como porque no como. Si duermo porque duermo, si salto porque salto. ¡Ojalá me muera pronto, abuela!...

—Dios te va a castigar. Vergüenza te debería dar; tener de todo como tienes, y quejarte y protestar. Dios castiga, pero no a palos. No lo amenaces nunca porque no sabes qué desgracias puede crear para castigarte en el

futuro. Si tú nos odias a nosotros, la única que se embroma eres tú. Nosotros podemos vivir regio sin ti.

La madre de Jorge Pedro me toma muy fuerte de la mano.

—Y tú no puedes ni ir a la esquina sin nosotros —agrega la abuela con crueldad.

—Me voy a suicidar —la prevengo, refregándome con la mano libre la cara acartonada por la sal de mi llanto.

Y sé muy bien que puedo ir más lejos de la esquina sin ella: a la copa de los árboles, al alambrado en donde termina el campo, lejos, lejísimos. Al sol y a la escalera estrecha del molino que se conecta con las nubes con forma de soplido. Las que soplan para que los árboles me abaniquen. Las que impiden, distrayéndome, que yo me corte las venas ese día.

¿Qué tenés ahí?

—Hijo, Jorge Pedro querido, ponete el gorrito de tela que hay mucho sol y te puede agarrar hemorragia nasal. Después vienen los sustos, ¿no? Hace muchísimo calor al mediodía, vos tenés que cuidarte por la alergia, hijo —repetía como una lora la mamá de Jorge Pedro caminando desesperada detrás de su único hijo.

Jorge Pedro era hijo del mayordomo del campo de mi abuelo. El abuelo lo llamaba "Georges Pierre", usando siempre una pronunciación exagerada y un tono irónico para referirse tanto a sus cualidades como a sus defectos. Decía que la mamá era "agobiante" y lo sobreprotegía tanto que iba a terminar como una nena, asustado por todo. El sombrerito de los ruegos de su mamá era con visera. Según mi abuelo, estilo "Pocho", con lo que me confundía muchísimo pues yo creía que se refería al Pocho Divasón, mi compañero de correrías. En cambio, el abuelo hablaba de Perón. Decía que era la única persona que podía usar esas gorritas tan espantosas.

A la madre de Jorge Pedro le faltaba un diente. Una paleta importante de las de arriba y el abuelo la apodaba "Portillito" y se reía mucho porque ella tomaba sol recostada en una toalla con algodones mojados en los

ojos y los brazos abiertos exponiendo el interior para quemárselos por dentro.

—Nene —volvía a llamar Portillito—, limpiate esa nariz, no ves que ya empezaste con la alergia porque el sol está muy fuerte al mediodía. La chica es medio india y no le dicen nada, pero vos, hijo, cuidate la sinusitis que es tan difícil conseguir hora en el pediatra del pueblo. Dale, hijo, que ya están listos los sánguches de media mañana. Y cuidado, hijo, ponete el gorrito y vení a alimentarte. Vení con Carmen si ella quiere, que está tan flaquita que parece un ratón —monologaba en una letanía caminando rápido detrás nuestro.

Yo nunca en toda mi vida había usado sombrero ni gorro, salvo cuando me obligaban en el colegio como parte del uniforme completo y cuando era muy chiquita, que la abuela me forzaba a usar unos sombreros grises con ala y cinta que me cortaban la mandíbula con un elástico tirante. Esos modelos eran para ir a misa o a algún entierro o cumpleaños, pero para cubrir el sol, jamás.

Adoraba el sol. Me pegaba en mi frente ancha, un portaaviones según la abuela. Decía que mi cara era tan desproporcionada que le preocupaba mi futuro cuando comenzara a salir con "mocitos". Cuando el sol me quemaba la frente enorme, ese calor iba derecho por mi columna vertebral a darme ganas. Ganas de gritar, de reírme, de jugar y de vivir.

Algún día invitaba a Jorge Pedro a bañarse a la pileta y el abuelo me cuchicheaba que se iba a hacer pis. Me preguntaba si no me daba asco la mezcla de mocos y pipí. Yo le contestaba que no, bastante enojada. Lo quería y lo odiaba a J. P.

J. P. nadaba pésimo y yo muy bien. El abuelo había comenzado mi bautismo de pileta empujándome en lo hondo a los cuatro años, previniéndome antes de no respirar con la cabeza dentro del agua y de copiar el nado de los perros en la laguna. La cabeza bien afuera y las manitos haciendo un movimiento circular sin sacar espuma. La vida de campo me había convertido en una buenísima imitadora de los animales. Un camaleón al revés. Enseguida salí a flote y fui sacando los brazos en sucesivas sesiones de pileta hasta que, como decía el abuelo, empezara a nadar *crawl*. "Crol" se pronunciaba. Y era un estilo. Me salió tan bien que en un futuro gané copas y medallas en la escuela por correr los 100 metros como un delfín. La patada me salía natural. Parecía un paso de danza clásica. Y el agua me hacía buenas cosquillas.

Con J. P. jugábamos al matrimonio, que consistía en poner dos sillitas y un tronco seco debajo de un árbol llamado "sófora". Es un árbol con forma de paraguas verde que llega colgando casi hasta el suelo. La llamábamos la "casita del árbol". Allí sentados, pasábamos las tardes calurosas haciendo de cuenta que nos alcanzábamos el

mate, las tortas fritas, las masitas y los churros. Como yo le había visto hacer en el teatro a un hombre extrañísimo llamado Marcel Marceau que era, según la abuela, mimo. Mientras nos pasábamos las fuentes de mentira, J. P. decía con voz de radioteatro:

—Qué lindo día, ¿verdad?

—Síííí —le respondía yo con voz de flauta—, qué suerte que hoy no hayas tenido que trabajar tanto y puedas quedarte en casa. Te cociné una tarta de queso riquísima.

—Muchas gracias, querida. ¡Qué hacendosa!

Los peones nos espiaban de costado. Me hacían una intensa oposición a mi relación con J. P. Lo consideraban "gringo", lo cual significaba que era poco de a caballo y por supuesto no querían a su papá porque era quien los mandaba en forma directa a todos ellos. Lo llamaban "Él" y compartían conmigo ese secreto. Como yo era mujer, no se enojaban nunca conmigo a pesar de ser la nieta del patrón. Y consideraban que yo era corajuda y machaza.

J. P. exhibía sin pudor una bicicleta de carrera a la que no le faltaba nada. El abuelo decía que por esos regalos que le hacían todo el tiempo, de grande sería ministro de Economía. Nunca comprendí esa deducción. La bicicleta tenía bocinas de colores, cambios, luces con dínamo, manubrios pintados de plateado y con unas tiras de plástico en las manijas, calcomanías, banderines

colgando, timbres, asiento importado de Italia con resortes enormes, suspensión en las ruedas, guardabarros especiales para la tierra, pararrayos de colores que impedían los accidentes. Casi se hablaban, la bici y su dueño, con verdadero amor.

Mi bicicleta era chiquita pero hermosa. Pintada de rojo por mi abuelo con esmalte sintético, sin ningún aditamento y rápida como una bala. Yo andaba parada en el asiento, sin manos y amaba la velocidad pero no el aparato bicicleta.

Un día J. P. ingresó en el paroxismo exaltado. Un primo de la ciudad había traído al campo un motor para adosarle a la bicicleta.

—¡Una bici-moto! —gritó con los ojos dados vuelta.

—Qué horror —murmuró el abuelo—. No quiero que me espanten los pajaritos con ese ruido atroz.

El primo de J. P. se llamaba Guillermo y despertó en mí una curiosidad casi de pecado. Más allá de que era varón, venía de Necochea, de donde era oriundo. Muy bronceado, tenía los pelitos de los brazos casi blancos sobre la piel casi negra. Esa sola visión me trasladó en una fantasía inmediata a la casita del árbol. En ella, estábamos sentados allí los dos, él con los pelitos brillantes y conversábamos:

—Querida, ¿qué me vas a dar de comer ahora?

—Preparé un guiso de rechupete, Guillermo. Dame unos minutitos.

Una sombra a mi derecha me sorprende y despierta del ensueño. Es Jorge Pedro. Sostiene entre sus dedos y a la altura de su entrepierna una tripita blanca de la cual sale pipí. Está haciendo pis. Incrédula, me dedico a mirarlo sin disimular mi espanto.

—¿Qué tenés ahí?

—¿Cómo que qué tengo? —y siguió meando en un arco perfecto.

Un arcoiris incoloro que movía la tierra con un chorro impecable.

—Eh, no, nada —simulé una distracción y velozmente cambié el tema.

No puedo dejar de pensar. He visto animales haciendo pipí. Todos los animales que conozco. Pero ésa fue la primera vez que me confronté con un pito de persona. Jorge Pedro y Guillermo se van levantando un brazo apenas como despedida. Tengo puesto un *overall* de tela de vaquero con un cierre relámpago en el frente. Me sorprendo abriéndolo y pellizcando los labios de lo que yo llamo mi "colita" de adelante. Convencida de que voy a producir un chorro mejor que el de Jorge Pedro, hago pis. En vez de eso, siento el líquido caliente caer dentro de mi pantalón. Me hago encima. Invento que me caí dentro de un bebedero de las ovejas. A la noche, el abuelo entra al baño. Abre la ducha y silba en su cuarto mientras se calienta el agua. Yo me agazapo y espero. Entra. Aguardo unos instantes, hasta que el agua cambia

de sonido porque él está debajo. Me acerco despacio a la puerta. Me agacho y con un ojo cerrado, espío por la cerradura. Necesito con urgencia saber si le pasa igual que a Jorge Pedro. El vapor de la ducha no me permite ver bien. Abro el ojo enorme y por detrás, me tiran del pelo como nunca en mi vida. Es la abuela.

—Sal de ahí. ¡Mala! ¡Qué horror! ¿Cómo se te ocurre? Qué porquería eres, m' hija. Eso sí que es pecado mortal.

Magia libre

Durante el largo verano de ostracismo, las plantas y los insectos me servían de títeres. El abuelo había construido en su cuarto de trabajo, al que llamaba "mi cuarto de bochinche", un teatro de títeres de madera. En la parte superior estaba grabado y pintado el nombre "Guignol". Por supuesto, yo no tenía idea de lo que quería decir. El telón era rojo, de terciopelo avejentado, resto de alguna cortina de la abuela cambiada después de largas deliberaciones con sus parientas. Los títeres eran también una construcción de mi abuelo, quien además de pintar muy bien era un carpintero talentoso e inventor. Él era quien se metía detrás del telón y los movía y hacía hablar para mí.

—Hooola, queriiido claviiiito de tu abuelo, aquí la vaquita te va a preguntar algunas cosas de lo que has aprendido hoy. Si no, está la guillotina lista para cortarte la cabeza como a María Antonieta —hablaba con movimientos espásticos.

Y era verdad que en el escenario en miniatura había una guillotina de confección de mi abuelo con una media luna plateada para guillotinar la cabeza de cualquiera que se atreviera a oponerse a lo establecido. ¿Como mi tío Gustavo?

Mi abuelo, como un mago, al darle vida a sus muñecos y pequeños muebles y aparatos que inventaba para distraerme y distraerse me había enseñado otra vez algo esencial. Cualquier elemento podía servir para darle animación, enojarlo, hacerlo bailar, matarlo, arroparlo y engañarlo. Uno se podía sentir poderoso. ¿Después de todo, no era Dios el que había creado el mundo así? Soplando y decidiendo y descansando después...

Mi fantasía era frondosa y sin demasiado esfuerzo me llevaba a buscar excusas para movilizar bichos y plantas según mi voluntad. Yo hablaba mucho sola, y en ocasiones los hacía decir a ellos, haciendo voces diferentes, los cuentos que yo quería contar. A la salida de la casa el pasto era muy tupido y de buena calidad, una gramilla especial para parques, espesa y acolchonada. Unas lajas de piedra, hundidas en la tierra, conducían por un caminito chueco hasta la pileta. Esparcidos cada tanto, montículos diminutos de tierra renegrida, con la consistencia del azúcar molido, oficiaban de casitas para los escarabajos.

Entre las castas de los escarabajos había varios estamentos. Los de clase social más importante, diría mi abuela, eran los escarabajos "cornudos". No porque les fueran infieles las escarabajas, sino a causa de su prestancia física. Y de la complejidad del cuerno que salía redondeado de su naricita y contaba con un mecanismo perfecto de cierre que el bicho decidía cuándo y cómo

utilizar. A veces llevaba un pasto tomado de la pinza, otras, lo movía mientras yo le hablaba, pero nunca se me hizo clara la intención de ese cuerno. Parecía casi un adorno, como son las obras de arte. No sirven para nada, pero sí para mirarlas con delicia.

Yo me acostaba de panza en el suelo y lo escudriñaba de cerca, casi bizca para enfocar bien mi mirada en su cuerpo. El escarabajo caminaba muy lentamente, a los tumbos cuando tenía que subir a las piedras del camino. De golpe, abría el cuerno a su máxima extensión y caminaba un trecho así hasta que lo cerraba de nuevo.

—¿Qué CUERNO te pasa? ¿Qué viste? —le preguntaba colocándole pastitos para generarle problemas y ver cómo los resolvía.

Otras veces juntaba hormigas negras y se las cruzaba en el camino para mirar cómo reaccionaban ambos. Las hormigas odiaban ser interrumpidas en su caminar obsesivo en busca de hojas que almacenarían en el nido de sus huevos blancos. Ni se inmutaban con la presencia del escarabajo. Éste tampoco se preocupaba. A lo sumo torcía su rumbo y lo recuperaba una vez salvado el obstáculo.

—No te entiendo. Sos igual que mis abuelos. Nunca entiendo qué quieren o por qué hacen las cosas. ¿Te dan miedo las hormigas? —le preguntaba.

Tomándolo de los costaditos con dos dedos, lo llevaba de nuevo a su casita de tierra revuelta y el escarabajo

reconocía perfectamente el lugar y cavaba hasta desaparecer como si nunca hubiese existido.

Una semilla chata igual a las hélices de un helicóptero caía de un árbol especial. Después de mucho ensayo había logrado tirarla por el aire y que cayera dando vueltas a la perfección. No era tarea fácil conseguir esa caída perfecta y que se posara levemente en la tierra con naturalidad. En el césped crecían unas florcitas blancas silvestres. Con ellas hacía collares interminables. Un agujerito en el tallo, y pasaba una flor con otro tallo. Otro agujerito, otra flor. A veces confeccionaba tiras interminables y me las ponía en el cuello con varias vueltas moviendo la cintura como las hawaianas. Me imaginaba que me rescataban de un barco enorme, y me llevaban a conocer la ciudad. Las personas que me rescataban eran indefinidas. Ni hombres ni mujeres, casi dioses a los que les atribuía siempre la gracia de cuidarme.

Mi caballo estaba atado esperándome. Tranquila lo montaba y galopaba hasta el trigo de principios de enero. Listo para ser cosechado, tieso y caliente por el sol de verano. Me zambullía con el caballo en las flechas amarillas, repletas de granos y con ese penacho durísimo apuntando hacia el cielo. Frenaba. Me bajaba. Sacaba el cuerito. Lo ponía en la tierra y me acostaba mirando para arriba. El cielo azul con alguna nube ridícula en movimiento aparecía en todo su esplendor. Y a los costados ese mar amarillo que se abría en dos por mi presencia.

Parecía el mar ése de la Biblia que se abría para que pasaran los buenos. Me sentía Sansón. Zeus. La reina Isabel. Y también esa nieta "vivaracha", tal como me adjetivaban los abuelos, espiando lo más valioso que me habían regalado ellos mismos: el cielo. Dejarme en paz devorando el cielo.

El maíz iba creciendo lentamente pero verde y seguro. Ya había algunos choclos para comer; uno de mis platos favoritos. Me daban una canasta con manija y me encargaban los choclos maduros. Un maíz americano era el más comestible. Yo entraba de costado y la tierra debajo dibujaba ondas negras, en esa época se sembraba en surcos muy marcados. Las plantas de choclos estaban libres de yuyos, bien fumigadas, limpias, y comenzaba lo más divertido para mí. La búsqueda del tesoro. Como las aves de rapiña, los divisaba de lejos. Me tropezaba, inestable por la ansiedad, y cortaba el primer choclo para la mesa. Barbudo, con una chala que terminaba en pelos claritos, ondeados, que se movían de un lado al otro. Cuando descubrí ese don que tenían los choclos, inventé hacerlos hablar entre sí. Igual que los títeres. La forma de la barba me indicaba a quién se parecía cada uno. Los agitaba a ambos lados y las barbas bailaban a contra luz.

Contra el sol dejaban pasar los rayos y cuando terminaban de bailar, conversaban. A veces, nacía un romance. Yo le robaba a una casera unos libros de Corín Tellado

que me encantaban. Todos los capítulos terminaban igual: "Sus labios se unieron en un apasionado beso".

Me parecía que eso era lo que la abuela llamaba "verde". Y "verde" significaba que "no es para chicos". A Corín Tellado la leía a escondidas. Y a los choclos también porque se unían en besos apasionados después de la danza de salón. Una vez los hice bailar el vals, como en los salones vieneses; las barbas eran las polleras de los vestidos largos de las señoras. Un, dos, tres. Ún, dós, trés, como en la clase de danza. A lo lejos y entre pájaros, sonaba una campana. Ésa era la forma en que me llamaban desde la casa grande para almorzar o cuando estaba listo el té. También era la forma en la que me despertaban del más bendito de los sueños. Un hipnotizador que chasqueaba los dedos y me traía violentamente a la realidad: los abuelos con cara de drama sentados a la mesa.

¡Carnaval!

—¡Posho no! ¡Posho no! ¡Posho no! —me debatía sin éxito ante la sola visión de un disfraz amarillo, mezcla de ornitorrinco y Papageno, que colgaba de una percha. La abuela me desafiaba:

—Pollo sí, m'hija. Pollo sí.

Ni bien se acercaba la primera fecha del carnaval, la abuela procedía a contarme un cuento indescifrable acerca del Miércoles de Ceniza y la Cuaresma. A mí se me mezclaban otra vez las historias y asociaba el carnaval con la falla valenciana y la "cremá": la quema de un muñeco que tanto me aterraba cuando asistía a esas explosiones en la Bristol marplatense. Me venía en simultáneo a la mente una historia sobre el volcán Vesubio que había dejado a la gente transformada en formas rígidas interrumpiendo la acción que llevaban a cabo cuando el volcán explotó. Cubiertos de ceniza, unos comiendo, otros caminando y otros... (una vez la abuela le secreteó a una amiga y yo escuché en inglés "*doing what you imagine*") y deduje que era teniendo sexo, como me había contado mi mamá. Me preguntaba, muy confundida, si esta catástrofe había tenido lugar un Miércoles de Ceniza.

—¿Están de carnestolendas? —preguntaba el abuelo burlándose de mi espanto ante la visión del ave amarilla.

—No. Posho no... —contestaba yo desesperada.

La abuela sentía que parte de su misión en la vida era disfrazarme. El carnaval debía ser muy "divertido" para una chiquita de mi edad y un paseo por la rambla de la Bristol de Mar del Plata, lo máximo en materia de entretenimiento. Jamás se colocó en mi lugar o pensó cuáles eran mis gustos verdaderos. Yo detestaba las máscaras y los trajes con olor a humedad. Me hacían acordar a la careta que se había puesto mi padre la noche antes de abandonarnos.

En sus roperos varios, la abuela guardaba también un disfraz de niña suiza. Inexplicable. Nada nos unía a Suiza y menos a una camisa blanca impecable con un *jumper* negro repleto de botones de metal con cintas que se entrecruzaban en el pecho. En los pies, unas alpargatas con tiras que subían cual sandalia romana, cruzando por mis piernas flacas.

Coronaba mi cabeza una vincha por encima del flequillo, otra vez con cintas de colores que parecían salirme de las orejas. Dos años antes, la abuela había probado en mi cuerpo ese cambio a la identidad suiza, para pasear con mis primas (hawaianas, pastoras, piratas) por la Rambla. Nunca nadie me miró, jamás exclamaron "qué rica" o "mirá qué original", cosa que sí ocurría con el pollo.

El disfraz de pollo era una causa mayor. Tenía que pasar las dos piernas por los agujeros angostos de un enterito corto de plumas teñidas de amarillo huevo. De tanto estar guardadas, esas plumas pintadas olían justamente a huevo podrido, a cloaca y a veneno para hormigas. Se asemejaban a las de un pájaro muerto e iban pegadas sobre un paño lenci que daba calor como traje de astronauta. La cabeza entraba por otro agujero igualmente apretado; las plumitas blancas del cuello se despeluzaban como las almohadas antiguas. Me hacían estornudar. La cabeza de pollo dejaba libre los ojos pero el resto de la cara quedaba oprimida por un pico rojo, rígido, abierto como en una arcada. (Mi mamá hacía arcadas y vomitaba muy seguido.) Los pollitos y los pichoncitos abrían el pico y me hacían acordar a cuando el médico me obligaba a abrir la boca y me metía una cuchara hasta las amígdalas o en su defecto, un elemento de tortura que se llamaba "bajalenguas". A través de mis ojos, veía rojo: la cresta se unía al pico con un pegamento que invadía mis lagrimales y los convertía en lava volcánica.

Le rogaba a la abuela, me deshacía en sufrimiento, me retorcía como un tirabuzón y no había caso. Ella luchaba como un peleador de sumo y, con una fuerza que le desconocía, me doblegaba dentro del traje.

—¡Posho no! ¡Sé buenita, posho no! ¡Abuela posho no! ¡Me pica! ¡Me pincha! Tiene olor feo.

La abuela procedía. Un verdugo con la certeza del castigo merecido:

—¡Pollo sí y te quedas quieta! —tirando del cierre relámpago y asfixiándome con el pico rojo por encima de la nariz.

—¡Qué divina la nena de pollito! ¡Ay! Pero mirá que amorosa, parece un pollito de verdad. ¿Viste como grita? Cacarea, qué rica, como una gallinita.

Enfermera

En lo de mi padre me encontraba con mis primos. A mis dos primas mujeres las apasionaban las muñecas y yo las aborrecía. No sabía cómo se jugaba a la mamá, no tenía bebés cercanos, me daban miedo y prefería, sin dudarlo, hacer de madre de mi tigre, mi oso koala o algún cordero huérfano y de verdad en el campo. Mi abuela Tere, a quien le gustaban los volados, el hule y los bebés, me regalaba una muñeca Mariquita Pérez para todos los eventos a festejar. Nunca supo que yo las detestaba. Las llevaba al campo y las ponía en fila en una repisa que el abuelo había construido con la finalidad de que no anduvieran tiradas por el suelo. Él tampoco estaba convencido de que esas presencias fueran agradables.

La abuela tituló un día como el juego *Cerebro Mágico* que se encendía cada vez que uno acertaba las respuestas, con el descubrimiento ideal para que yo fuese feliz: inventó que nos disfrazaría a ambas, la Mariquita Pérez y yo, de lo mismo. El primer disfraz que imaginó fue el de enfermera. Llevaba una cartera colgada con todos los enseres: agujitas con jeringuitas, igual que las que usaba mi mamá para darse las inyecciones de Morfinol; un aparatito cortante minúsculo para serruchar la ampolla del remedio; un estetoscopio para mí y otro para

la muñeca; algodón; alcohol en miniatura, pero que era agua. Vendas, curitas, tira emplástica. Las dos con una cofia y en la frente una cruz roja. Yo, con flequillo para disimular la frente. La Mariquita, con el pelo rubio y tirante para atrás. Nos sentábamos en el parque. Me sacaban fotos. Era parecido a volverse loca. Miraba a esa enfermerita muerta, incapaz de moverse y hablar, y era igual que la gorda bestia que cuidaba a mi mamá y le hablaba de "nosotras".

—Sabe, Carmen —le sugería la enfermera verdadera a Mami—, vamos ahora a la camucha que le voy a colocar el Morfinol de la noche así descansamos bien. ¿Sí? No nos empacamos, ¿sí? Alcohol hoy no tomamos porque después nos ponemos nerviosas y su mamá nos reta. Ponemos en la colita, ¿sí?

No podía entender qué era lo que andaba tan mal con mi mamá. No tenía gripe, ni sarampión, ni urticaria. La abuela se refería a ella como a una enferma, lo que sí le pasaba era que hablaba de una manera muy extraña, como si la lengua le sobrara adentro de la boca. Cuando se levantaba de golpe, volvía a caer como un flan arriba de la cama, y a veces yo la miraba torcerse para un costado, un árbol acostumbrado al viento desde el mismo lugar, agarrada de las paredes y de los marcos de las puertas. Esquivaba casi siempre mi mirada, fumaba un cigarrillo atrás del otro, despatarrada sobre su cama. Aparentemente, nada le interesaba. ¿Sería eso

estar enferma? Cuando yo fuera grande, estudiaría medicina para poder curarla.

—Abuela, ya está —le rogaba—. ¿Puedo sacarme el traje de enfermera?

—M' hija, la modista se ha pasado cosiendo tu traje que es una maraviiiiiilla y el de la muñeca. Déjatelo un ratito más y te sacás una foto para el álbum. Pareces una enfermera de la Segunda Guerra, copiada de un grabado de un libro de cuentos.

—Abuela, quiero irme con el Pocho, no quiero estar vestida de enfermera. Me hace doler la panza.

—Bueh... Pero antes despídete de tu madre que está en el cuarto.

Mami nunca iba al campo. Ese verano, como excepción, estaba allí con la enfermera de verdad y enojándose paulatinamente contra su enorme figura de guardapolvo blanco. Me miraba muy mal también a mí y criticaba la idea china de la abuela de vestirme de enfermera. Ella también las odiaba. Una vez me gritó:

—¡Nunca dejes que te hagan un electroshock! Es una cosa inhumana. No dejes que me internen otra vez, gorda. Por favor. No te imaginas el miedo que da. Te tragas la lengua. Es una tortura. Con corriente eléctrica te lo hacen. Y después quedas tarada, opa, sin ganas de vivir.

Pienso en los enchufes, en las inyecciones, en mi muñeca disfrazada, en mis ganas sin freno de subirme rápido a un caballo, en mi mamá loca como Giselle en

el teatro Colón, en mi tío golpeado por Donovan. Me desmayo.

Despierto en la Clínica del Niño y la Familia bajo la mirada atenta de un médico de guardapolvo blanco con un nombre bordado en punto cadena e hilo azul: Dr. Salama. Lo confundo con Dios. Estoy en el cielo y por suerte, ahora sí, voy a ser feliz a la diestra de Dios Padre. Y San Pedro me va a mostrar su llavero y va a abrirme la puerta para ir a jugar con San Pocho que me está esperando arriba de un caballo blanco. En el cielo no hay agujas ni terapias electro-convulsivas. Las madres no vomitan y las abuelas no esgrimen disfraces ni máscaras de tortura para carnaval. Le voy a poder preguntar a ese triángulo con un ojo que es Dios:

—¿Por qué me pasa todo esto?

Monólogo bis

—Oye m' hija, tengo un drama. No sé qué hacer con el almuerzo de los lunes porque la cocinera me ha pedido ir al hospital a ver a su madre y no va a estar. Rolinda, la suplente, cocina pésimo y yo había pensado que debo reemplazar el *soufflé* por otra cosa. El *soufflé* se baja y es una tragedia y no cualquier *maid* te lo infla bien, tiene que llegar perfecto a la mesa. Tostado, inflado y no pegado a la fuente. Hay gente que lo deja en la misma Pirex pero a mí no me convence, me gusta más usar alguna fuente de porcelana bonita, o algún recipiente de loza de buena calidad. Como la cocinera no va a estar, Felisa, la otra mucama que viene los lunes a planchar me dijo que se anima, pero yo no puedo tirarme ese lance y que haga un *soufflé* que se achate y quede tipo trapo rejilla sobre el fondo de la fuente. Cuando viene Bebecita a comer, jamás pido *soufflé* porque es tardera: llega tardísimo y en cuestión de minutos has visto que el *soufflé* se baja todo y además se quema y la cocinera se deprime muchísimo... Puedo hacer peceto con papitas redondas, pero no quiero que corte la carne gruesa, o que lo haga duro y lo ponga así nomás, todo mezclado, en la fuente. Quiero las rodajitas finas en fila y al costado las papitas bien redondas al horno, las "alverjas" en círculo y las zanahorias

apenas *glacé* al costadito. Es muy importante VER la comida. Los japoneses dicen que eso es lo que despierta el hambre, el color de la comida. Ponte vincha, m' hija, estás con todos los pelos arriba de los ojos y te vas a quedar ciega. Le dije a tu abuelo de suspender el almuerzo pero viene Manucho con su anillo y me da no sé qué pedirles que no vengan. He leído un libro de él que me parece que es verde. Habla de unos muchachitos que hacen cosas horribles y no es un libro para tu edad. Tú sabes que el almuerzo de los lunes al que también vienen siempre Francisco y Tito y Elvirita es sagrado. Tampoco le puedo decir a la pobre cocinera que la deje sola a su mamá en el hospital, y pienso y pienso y no se me ocurre otro menú. El melón con jamón me aterra. Lo compran verde y te quieres morir. Además el jamón tiene que ser perfecto y cuando no saben, compran unas fetas de algo grasoso y blanco y te lo hacen pasar por jamón. Se llama distinto, ahora no me acuerdo. No es "mondiola", es un pedazo del chancho. Bueno, tengo que cambiar el primer plato. ¡Ah! Ahora sí me acordé: se llama algo como "paleta" y ni sabes que existe en el mercado... Los huevos con "alverjas" y crema son ricos. Los potecitos de cerámica que tengo son preciosos. Pero si se pasan no tienen nada de gracia y si no saben hacerlos, no falla que estén duros y paso un mal momento. Tú no sabes lo que sufro cuando la cocinera no está. Los tallarines *parisienne*, por ejemplo. ¿Has visto que van con pavita y salsa blanca? No sé

dónde se compra pavita de la buena ni cómo se cocina la salsa blanca, entonces me preguntan y ellas son las que debieran saber, ¿no? Oye, ¿a ti qué te parece que le pida que haga zapallitos rellenos o esos bifes que tienen panceta alrededor? Pero eso debe ser muy difícil. Me da terror que usen un escarbadientes para que la panceta no se caiga. Tipo niño envuelto. Me contaron que un señor paquetísimo murió al tragarse el escarbadientes del niño envuelto. Creyó que era un fideo duro, porque el hombre era corto de vista. ¿Te parece que pida melón y me tire el lance? Y yo justo te pregunto a ti que eres tan burra para comer que no te gusta nada. Comes solamente papa o dulce de leche y te vas a terminar muriendo por falta de vitaminas. En mi época la gente que era como tú se moría del pulmón. Al abuelo le encantan las croquetas de seso, pero esta mucama que no sabe mucho no debe tener idea de qué son los sesos, y por ahí le pasa como a ti y le dan asco. Estoy realmente preocupada, no sé qué hacer. Te acuerdas la última vez que llegó a la mesa un pollo cortado con tijera en pedazos enormes y para servir había solamente cuchara SIN el tenedor... ¡Qué horror! Cuando me levanté a pedir un tenedor, me tropecé con la alfombra y apreté el timbre que tengo debajo del pie y entró enseguida el mucamo Jacobo aterrado de haber hecho algo mal. Yo me caí al suelo y me agarré del individual de hilo y tiré arriba mío el vaso de vino, el de agua y el plato vacío. La señora de Cerloni, pobre,

encima de que no está acostumbrada a los almuerzos, se levantó para ayudarme. Me extendió su mano y no pudo con mi peso y despacio se fue sumergiendo conmigo, en cámara lenta, debajo de la mesa. Los pedazos de pollo blancos, sin gracia, se enfriaban y endurecían sin remedio y la gente estaba tan incómoda que hablaba de política. Un vértigo, mira, porque había un señor que era medio peronista, y yo me aterré de que empezara a hablar de la que sabemos ...

—De quién?

—De quién va a ser, m'hija. La innombrable, la mujer de Perón, que cada vez que se la nombra, al abuelo se le abre la úlcera y tiene que tomar bicarbonato. ¿Ves? Podría ver si Chucha me puede traer perdices del campo. Me acordé porque tu abuelo la última vez que comió copetonas no pudo dormir de la acidez, pero estaba riquísima la salsita. Creo que tenía un poquito de ajo, mira que lo tengo prohibido en la cocina, pero un gustito sospechoso a ajito tenía.

—Abuela, yo estuve cuando estaba Evita muerta en un lugar grande.

—¿¿¿Quééé??? ¡Ni en broma digas eso!

—Sí, te prometo. Fui con Rafaela la mucama de Mami y no sabes cuánta gente lloraba en la calle y había muchos chicos. Nos empapamos con la lluvia y Rafaela me pidió que nunca les contara, pero a mí me parece que no tiene nada de malo. Pasamos al lado de la señora

muerta que era muy linda y muy rubia, todos empujaban y había que pasar muy rápido, las viejitas rezaban el Ave María y lloraban a los gritos y había médicos y enfermeras de blanco iguales a mi disfraz que se secaban los ojos y...

—Tu madre está completamente loca de dejarte ir ahí —me interrumpe—, y tú, qué pava y qué desobediente.

—Pero la gente la quería mucho a Evita, abuela, te juro que era triste. Esa señora debe haber sido muy buena, ¿no?

—Eres muy chica para que te cuente la desgracia de haber padecido a esa gente en el gobierno. No vas a entender, pero no, no era buena. Era un monstruo.

—Para mí sí era buena con los chic... —alcanzo a decir y me corta, enérgica:

—Estábamos hablando de otra cosa. Creo que voy a suspender el almuerzo y voy a dar parte de enferma. Me das mucho trabajo tú, y tu madre que te deja suelta para que te lleven a cualquier parte sin permiso.

—¿Por qué no hacer milanesas con puré? —pregunto seductora y jugando.

—No digas más estupideces, por favor. Y que tu abuelo no se entere nunca de lo que me has contado hoy. Ten cuidado con lo que hablas porque le va a hacer mal a la salud, pobre viejo. Y tu madre te deja tirada porque está enferma. ¡Qué mala suerte hemos tenido!

El salto

El queso me daba asco. La sangre coagulada obtenida en la faena de una oveja recién degollada en una lata de dulce de batata me gustaba. Sobre todo ver que hacía las delicias de los chanchos. Odiaba la espinaca, prefería morir antes de comerla. No me producía ningún rechazo la bosta de vaca o de caballo. Los menudos de pollo sobre la mesada de la cocina me daban miedo, parecían los restos de un asesinato. El corazón calentito y recién sacado de adentro de una oveja lo sentía agradable en mis manos. Las lombrices en la tierra me parecían bellas. Tiraba de ellas para ponerlas en la boca de los pichones hambrientos. Los sesos empanados en croquetas que hacía preparar la abuela eran una tortura lenta. Me desvanecía por la náusea. No podía asomarme de las ventanas o balcones más altos que un segundo piso. Me gustaba saltar por los techos y subirme a los árboles altísimos.

En la escuela descubrí que se podían hacer saltos ornamentales desde el trampolín de la pileta. Y que en los campeonatos, en los que siempre calificaba, esta disciplina agregaba puntos y era similar a la danza, peligrosa y exquisita. Me anoté en el curso para aprender la técnica. Pausadamente, derechita, con los dedos gordos del

pie abrazados al borde del trampolín cubierto con una alfombra áspera de crin, subía los brazos con lentitud hasta la altura de la nariz, los abría con los omóplatos bien atrás, como un cisne de *ballet*, doblaba las rodillas, y plop, de un salto intentaba entrar al agua de cabeza sin provocar una sola ola, una sola espuma. Un delfín hembra, muy convencido, dispuesto a pescar un tesoro subterráneo en una Atlantis sin ruido. Lejos de mis penas.

Aprendo a saltar más alto. A tomar envión, como los carneros del campo que lo hacen para topar más fuerte. En el borde justo del trampolín salto altísimo y como un avión Concorde, voy hacia arriba, abro los brazos e inmediatamente, al cerrarlos, me hundo en la vaselina de esa pileta repleta de cloro y de promesas de reconocimiento. Mis ojos debajo del agua parecen saltarse hacia afuera y adquirir la forma achinada de lo que en fotografía se llama "lente de pescado". A pesar de estar acostumbrada al golpe contra la superficie, la nariz a veces se me colma de agua con un extraño ardor que me punza el cerebro y los oídos se me tapan. Como en los ascensores modernos, voy hacia abajo, hacia el infierno helado. Giro en el fondo y pateo, sacando el aire repleto de globos porque sé que pronto voy a poder respirar. Salgo como una saeta, un fuego artificial empapado, hacia el exterior. Las caras de alegría lo dicen todo: un salto óptimo. Mi entrenadora con aspecto de hombre opina que puedo pasar al trampolín siguiente, un poquito más alto.

* * *

Estoy menstruando y mi malla es de lana. Me tiene muy preocupada que se note algo sospechoso, y que mientras me introduzco como un pez liviano en agua dulce, un reguero de sangre delate mi estado, como si un tiburón hubiera tironeado la carne de mis piernas.

Procedo a debutar con un salto recién aprendido. Tengo que tocarme las puntas de los dedos de los pies con las puntas de los dedos de la mano en el aire, chatita mi nariz contra las rodillas y con la rapidez de un látigo, de un solo chasquido enderezarme y penetrar en el círculo concéntrico de las ondas, como una bala que da en el blanco pero sin ruido, sin agitar ningún elemento, en aire leve, en agua blanda, flotando en la ilusión de que lo difícil es fácil...

Entro bien, pero algo tiene el sabor de un accidente, ya que casi en el fondo mi cuerpo se arquea como una V hacia afuera. La columna vertebral se me traba en una curva aguda, hacia atrás. Veo el agua revuelta, quiero gritar y el sol me enceguece a través de la película transparente que, como la tapa de una olla traslúcida, me encierra.

Me despierto en el borde de la pileta, congelada y tiritando. Las chicas gritan, las profesoras están llorando, alguien me ruega "No te mueras, por favor" y una doctora tiene un estetoscopio sobre mi pecho desnudo. Me siento violada, sin ropa, con mi menstruación

coloreando el borde de cemento de la pileta olímpica del colegio. Rompo en un llanto punzante y doloroso. Vagamente pienso en que hubiese sido mejor morir como una heroína y no pasar otra vez, como tantas veces en mi vida, por esta humillación involuntaria. A Mami le hubiese hecho un favor. La abuela estaría furiosa, nunca quiso que me luzca ni me exhiba.

Despacio, como en un tálamo resbaloso y húmedo, me doy vuelta panza abajo, como un sapo que se recupera al revés. Prefiero que me miren la espalda y el pelo, dos de las únicas partes que me gustan de mi cuerpo. Me sacudo en sollozos por la vergüenza y el terror a quedar en esa posición para siempre. Dentro del agua me creí paralítica: no podía mover las piernas ni patalear hacia la vida.

* * *

Pero a pesar de todo, salté. Había saltado.

Saltaría después las vallas del tiempo aprendiendo a zambullirme en el amor. Saltaría atravesando los riesgos de la entrega.

Saltaré por siempre en sueños a través del campo amigo.

Una colcha de lanita blanca

El aire de primavera huele a un remoto pasto recién cortado. La calle Libertad vuela con la brisa que siempre está presente en la placita de la Avenida Alvear donde el viento se arremolina. Voy a visitar a mi mamá que se está muriendo de cáncer de pulmón. El miedo habitual me enloquece: entrar y encontrarla muerta. ¿Cómo puede ser –me pregunto con verdadera inocencia– que esta mujer haya corrido una carrera tan eficaz hacia la destrucción? ¿Cómo es que en su caso, el "logro" sea morirse?

Toco el timbre de esta planta baja que ella ha elegido porque no soporta subir ni un piso por ascensor. Por su "panfobia". Me abre la puerta la cuidadora regordeta de sonrisa eternamente falsa, que le devuelvo con más mentira todavía.

Mami agoniza. Finalmente esta mujer menuda, de cara aniñada, naricita chata y pelo renegrido, se sale con la suya. Va a morir muy pronto y luce de la manera más atroz que le haya visto nunca. Medio cuerpo paralizado. Media cara totalmente rígida. Con dificultades para respirar. Con bubones en la zona del estómago que parecen de película de guerra. Quiero morir con ella y que todo termine pronto. A lo mejor en ese cielo que me contaron

en el catecismo, ella me quiera y yo pueda vivir una vida "eterna", sin desgarros.

Es el tercer domingo del mes. El Día de la Madre. En el colegio sufría esa fecha como si tuviera lepra: me estigmatizaban y me torturaban con preguntas. En primer grado le fabriqué a mamá de regalo un colador que simulaba ser una muñeca de paño lenci. Al recibirla, me preguntó despreciativa:

—¿Cómo se te ocurre que yo voy a usar esto?

En esta ocasión le compro un camisón muy bordado y suelto para que use en su cama sempiterna. Se lo coloco sobre el cuerpo y balbucea:

—Yo también... compré... —y la mira a la enfermera.

La enfermera se va y aparece con un paquete grande.

—Feliz día, gorda —me desea mi mamá con voz bastante clara.

Desconcertadísima, abro el paquete y me sorprende una colcha blanca de lanita para cama de dos plazas. La miro a los ojos. Está sonriendo con la mirada. Me inundo de compasión y de amor postergado.

—Mami, es TU día.

—Tú hiciste de mi madre también —comienza a respirar mal y pide el oxígeno por señas.

Junto a la cama hay un enorme tubo de oxígeno. Debemos cerrarlo cada vez que pide un cigarrillo. Ya

ni puede fumar pero exige que se lo acerquen a la boca. Cuando inhala el humo parece dichosa durante un segundo suspendido. Un *picaflor* sobre una flor azul, vital e ilusionado. Después, ahogada, vira, con lo poco que queda de movilidad en su cuerpo, hacia el botellón de *whisky*. Mi propio cuerpo, al borde de romperse en cristalitos, registra las náuseas de siempre frente al alcohol.

Está prendida muy fuerte de mi mano y no me había dado cuenta. En las películas de terror los esqueletos se despiertan para tocar a los vivos. Trato de no estallar en esquirlas de descontrol y digo alguna estupidez:

—¿No quieres descansar un rato?

Niega con la cabeza y me hace notar que se enoja. Yo quiero correr y abrazar a mis hijos. Que nunca tengan que pasar por esto. Este pánico que me acompaña desde que tengo memoria y a la vez esta pena que se llama amor.

Con muchísimo cuidado, destrabo sus deditos. Delgados como los míos pero menos huesudos. Manos que jamás trabajaron. Que no supieron de manualidades, de lavar platos, de trabajar la tierra ni de caricias. Manos blancas de la muerte. Uno por uno, como el juego de "este chanchito fue al mercado y éste compró azúcar", estiro sus dedos aferrados a mí como los de un bebé que acaba de nacer. Su fuerza está ausente pero no su voracidad. Necesita hundirme con ella. Tomada de mi mano me invita otra vez, como en la infancia, a su paseo por

el goce suicida. Quiere que la acompañe y se le nota la envidia por mi vitalidad.

—Me voy, Mami. Los chicos están solos. Tomo el avión en un ratito.

El cuerpo de mi mamá se desborda. Exasperada, tiende su brazo útil para agarrarme de nuevo. Una garra de pájaro gigante que intenta levantarme con las patas para llevarme a su guarida y darse un festín. "No, no, no", repite con su voz ronquísima y me doy cuenta de que jamás quiso que me fuera.

Si no me voy, nos morimos juntas. Le doy un beso rápido en la mano y me despego de un tirón:

—Pierdo el avión. Hasta luego.

Salgo a la calle. Por pura paradoja, parezco drogada. Llevo el paquete desarmado con la colcha adentro. ¿Me regaló una colcha para ahogarme debajo o para cubrirme del frío? Levanto el brazo útil y detengo el primer taxi que pasa.

—Al Aeroparque —alcanzo a decir y exploto en un llanto sonoro y parejo.

—¿Necesitás algo? —me pregunta el chofer y no le contesto.

Ya en el avión, desde la ventanilla contemplo la oscuridad de una tormenta. Mientras el avión carretea por la pista, tengo verdaderos deseos de que explote o se caiga. Cuando sube se sacude con fuerza, yo espero, igual que Mami, morirme rápido.

A pesar de los sacudones y gritos en la cabina, el avión aterriza de manera impecable.

Llego a casa y el teléfono está sonando:

—Señora Carmen —anuncia la enfermera—, su mamá.

Decido volver en auto a Buenos Aires porque es tarde para cualquier otro medio de transporte. Llueve fuertísimo a lo largo de los 400 kilómetros. Llego frente al departamento que dejé despavorida unas horas atrás.

Mi abuela está sentada muy erguida junto a ella. La observa con curiosidad y tristeza. No se veían seguido y verlas juntas, fijas, me recuerda a esos bichitos que quedan atrapados en el ámbar. Reaparecen intactos después de miles de años conservados en la transparencia del mineral. Lloro con la exclusa de mis entrañas abierta. Toso y toso como si copiara la eterna tos materna. Soy una gárgola en la lluvia, enojada y con la cara deforme.

Mami siempre tuvo volados en su cama. Bajo esas transparencias su vida parecía más romántica. Los angelitos de bronce, insertados en el dosel, daban cuenta de su sentido del humor. Ella los llamaba "mis *puttini*".

Linda y tranquila, Mami es una niña dormida luciendo el camisón que le regaló su "mamá" hija, en el último Día de la Madre.

Índice

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres
Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en mayo de 2009.